

2019-04-05

La Conciencia: su singularidad y lugar conceptual en Psicoanálisis

Ferrero, Fernando

<http://rpsico.mdp.edu.ar/handle/123456789/888>

Descargado de RPsico, Repositorio de Psicología. Facultad de Psicología - Universidad Nacional de Mar del Plata. Inni



UNIVERSIDAD NACIONAL
de MAR DEL PLATA
.....

Facultad de Psicología



MAESTRÍA EN PSICOANÁLISIS

Tesis:

“La Conciencia: Su singularidad y lugar conceptual en Psicoanálisis”

Autor: Lic. Fernando Ferrero

Director: Mg. Horacio Martínez

A Montserrat Ferrero Fux

ÍNDICE

Introducción	7
Formulación del Problema	13
Objetivos	15
Características del presente estudio	17
Novedad y aportes fundamentales	19
Capítulo I: Antecedentes del concepto de conciencia en Filosofía y Psicología.....	23
Capítulo II: Tras el rastro de la conciencia en la teoría freudiana.....	39
<i>Las neuropsicosis de defensa.....</i>	39
<i>Estudios sobre la histeria.....</i>	41
<i>Proyecto de una psicología para neurólogos</i>	45
<i>Carta 52</i>	48
<i>La etiología de la histeria.....</i>	51
<i>La interpretación de los sueños</i>	51
<i>El chiste y su relación con el Inconsciente.....</i>	58
<i>Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión.....</i>	59
<i>Los dos principios del funcionamiento mental.....</i>	61
<i>Introducción al narcisismo.....</i>	64
<i>Los instintos y sus destinos.....</i>	69
<i>La represión.....</i>	71
<i>Lo inconsciente.....</i>	73
<i>Adición metapsicológica a la teoría de los sueños.....</i>	79
<i>Duelo y melancolía.....</i>	82
<i>Lecciones introductorias al Psicoanálisis.....</i>	84
<i>Más allá del principio del placer.....</i>	86
<i>El yo y el ello.....</i>	92
<i>El block maravilloso.....</i>	97
<i>La negación.....</i>	99
<i>Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis.....</i>	100
<i>Compendio del Psicoanálisis.....</i>	102
Capítulo III: Consideraciones lacanianas sobre la conciencia.....	107
<i>La conciencia según Lacan.....</i>	107
<i>El sistema Percepción-Pulsión/Conciencia.....</i>	118

Capítulo IV: La conciencia en su laberinto.	123
<i>Conciencia y memoria se excluyen mutuamente</i>	123
<i>La conciencia (perceptiva) es una imagen</i>	127
<i>El Sujeto no es el Yo</i>	129
<i>R, S, I</i>	131
<i>¿Quién sueña?</i>	132
<i>Conciencia de todo</i>	134
Conclusiones	137
Agradecimientos	141
Bibliografía	143

*“Sin las luces de la conciencia,
estaríamos perdidos en las tinieblas
de la psicología abisal”*

*Sigmund Freud*¹

¹ Freud, S. (1932) *“Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis”*. Obras Completas. p. 3140. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

INTRODUCCIÓN

Hacia el final de su producción teórica, en el artículo inconcluso de 1938 titulado *Compendio del psicoanálisis*² Freud intenta una síntesis del ya extenso corpus conceptual de la teoría concentrándose en las ideas que considera fundamentales y estructurales de su edificio teórico y en referencia a ese escrito dice: “el propósito de este trabajo es reunir los principios del psicoanálisis y confirmarlos, como si de dogmas se tratara, en una forma la más concisa posible y expuestos en los términos más inequívocos”.³ Allí hace una consideración que resulta al menos inquietante por las implicaciones que a priori podrían sugerir al lector incauto; habiendo descripto la estructura del aparato anímico y las energías involucradas en su funcionamiento, refiriéndose a esto mismo precisa:

“Nada había en todo ello que expresase el particularísimo carácter de lo psíquico, salvo, naturalmente, el hecho empírico de que aquel aparato y aquellas energías constituyen el fundamento de las funciones que denominamos nuestra vida anímica. Nos ocuparemos ahora de cuanto es únicamente característico de ese psiquismo, de lo que, según opinión muy generalizada, hasta coincide realmente con lo psíquico, a exclusión de todo lo demás. El punto de partida de dicho estudio está dado por el singular fenómeno de la conciencia, un hecho refractario a toda explicación y descripción. No obstante, cuando alguien se refiere a la conciencia, sabemos al punto por propia experiencia lo que con ello se quiere significar.”⁴

La conciencia sería, pues, algo que a esa altura de la evolución teórica del psicoanálisis se resistía tenazmente a ser explicada e integrada cabalmente en la red conceptual de la teoría freudiana. Sin embargo a Freud esto no se le presentaba como una dificultad o una aporía y lo resolvió sencillamente manifestando que “no es necesario caracterizar lo que denominamos

² “*Abriss der Psychoanalyse*”, Publicado por la revista *Imago* en 1940.

³ Freud, S. (1938 [1940]) “*Compendio del Psicoanálisis*”. Obras Completas, p. 3379. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

⁴ Freud, S. “*Compendio del Psicoanálisis*”. p. 3386.

consciente, pues coincide con la conciencia de los filósofos y del habla cotidiana. Para nosotros todo lo psíquico restante constituye lo inconsciente”.⁵

Como podemos ver, la utilización que Freud hace aquí del término conciencia es meramente práctica, exaltando su dimensión adjetiva para simplemente referirse a la experiencia subjetiva opuesta a los procesos incapaces de tal manifestación palmaria y directa. Aquí la conciencia es aquel “espacio” donde distintos procesos psíquicos y representaciones merced a mecanismos desconocidos se tornan “concientes” sin perjuicio de resguardar cierta “movilidad” que les permitiría en determinadas condiciones perder tal cualidad.

Si bien esto le resulta suficiente para sostener una descripción metapsicológica del inconsciente, el cual será profusamente descrito y analizado a lo largo de los años hasta la actualidad, la conciencia como concepto y experiencia subjetiva queda en el psicoanálisis como un parámetro de oposición al inconsciente sin mayores delimitaciones, siendo al mismo tiempo, curiosamente, sostén de uno de los más fundamentales ladrillos del edificio teórico psicoanalítico.

Freud lidió con el problema de la conciencia desde, por lo menos, 1895 en el *“Proyecto de una psicología para neurólogos”*, pasando obviamente por las obras centrales de la teoría, *“La interpretación de los sueños”*, *“Lo Inconsciente”* y *“El Yo y el Ello”*, por sólo nombrar un puñado de ellas, hasta el fin de su obra sin dejarnos nada más que algunos jirones sobre lo que sería verdaderamente característico de la conciencia. Lacan advierte ello y reflexiona sobre la dificultad que representó la “conciencia” para Freud señalando que “el problema queda para él sin resolver, y deja al futuro la tarea de aportar al respecto una claridad que se le escapa. Tropieza, manifiestamente, con un callejón sin salida”.⁶

Desde la vieja hipnosis hasta los sueños, desde las fantasías hasta la transferencia, desde la pulsión hasta la represión, desde el ideal del yo hasta el superyó, desde la división subjetiva hasta el insight, la conciencia, sea por cualidad, grado o ausencia, está presente en toda la red conceptual de la teoría

⁵ Freud, S. *“Compendio del Psicoanálisis”*. p. 3388.

⁶ Lacan, J. (1954) *“El Seminario: Libro 2: El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica”*. p. 93. Buenos Aires. Paidós.

sin que se precise satisfactoriamente qué es y cómo funciona. De esta manera, el problema comienza a presentarse en la insuficiente rigurosidad teórica con la que se ha tratado a la conciencia (al menos comparativamente con el concepto de Inconsciente) y en las lagunas que se descubren en la teoría a poco de empezar a preguntarse de qué hablamos cuando hablamos de “conciencia” en psicoanálisis.

“Hoy en día, la existencia y el funcionamiento de la conciencia se han vuelto un interrogante. Inmerso en su descubrimiento, Freud nunca trató estos temas específicamente, cosa que tampoco hicieron mucho más la mayor parte de sus sucesores. Sin embargo, no puede definirse la conciencia como lo que el inconsciente no es, ¡y menos aún considerarla como una evidencia, puesta una vez más al cuidado de lo sensible!”

Gérard Pommier⁷

⁷ Pommier, G. (2010) “Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis”. p. 109. Buenos Aires. Letra Viva.

FORMULACIÓN DEL PROBLEMA

¿Resultaría posible delimitar claramente en Psicoanálisis la noción de conciencia, elevarla a la categoría de concepto teórico, e imbricarla sólidamente dentro de la red conceptual de la Teoría Psicoanalítica?

OBJETIVOS

Objetivo general:

- Delimitar la noción de conciencia en Psicoanálisis, elevarla a la categoría de concepto teórico e imbricarla sólidamente dentro de la red conceptual de la Teoría Psicoanalítica

Objetivos específicos:

- Llevar a cabo una lectura de las diferentes producciones teóricas relacionadas a la conciencia y sus características metapsicológicas en el corpus teórico freudiano.
- Determinar por medio de la lectura de las obras lacanianas señaladas y de distintos autores afines lo desarrollado en relación a la conciencia como noción psicoanalítica.
- Analizar y establecer un mapa conceptual que dé cuenta de las relaciones del concepto de conciencia con los conceptos centrales del psicoanálisis.
- Realizar una síntesis del concepto de conciencia y establecer su rol y valor conceptual dentro de la teoría psicoanalítica.

CARACTERÍSTICAS DEL PRESENTE ESTUDIO

La presente investigación se propone, en un primer tiempo, indagar brevemente sobre el pensamiento teórico dominante sobre la conciencia tanto en los ámbitos científicos como filosóficos en los albores de los primeros desarrollos psicoanalíticos (incluyendo las obras “pre-psicoanalíticas”) y las influencias que éstos hayan ejercido sobre la producción freudiana temprana. Luego de ello, en un segundo momento, se recorrerá el corpus teórico freudiano, teniendo como hilo conductor los “*trabajos de metapsicología*” y los textos donde la reflexión metapsicológica sea la privilegiada o esté presente aún de manera secundaria, a los fines de ubicar, circunscribir y relacionar lo escrito directa o indirectamente sobre la noción de conciencia.

Habiendo alcanzado lo anterior es intención de esta investigación, en un tercer tiempo, analizar la producción freudiana de la conciencia bajo la luz de desarrollos teóricos posteriores, tomando como parámetros principales lo desarrollado por Lacan sobre la conciencia en los Seminarios 2, “*El Yo en la teoría de Freud*” de 1954, y 7 “*La ética del psicoanálisis*” de 1959-1960 y otros aportes de reconocidos autores psicoanalíticos.

NOVEDAD Y APORTES FUNDAMENTALES

Del proceso de revisión bibliográfica previa a la formalización del problema de investigación resultó notable la escasa cantidad de artículos o ensayos específicamente psicoanalíticos, tanto en inglés como en castellano, sobre el “problema” de la conciencia. En su gran mayoría la conciencia era convocada de manera secundaria o como auxiliar para describir otros fenómenos, dando por entendidas su naturaleza, funcionamiento y propiedades.

Como efecto de ello emerge la novedad de esta investigación que consiste finalmente en dedicarse por entero a la pesquisa del concepto de conciencia tanto desde la vertiente freudiana como de la lacaniana del pensamiento psicoanalítico, intentando un esclarecimiento de su desarrollo y transformaciones a lo largo del tiempo.

En tanto aportes, este estudio pretende señalar las paradojas de la noción de conciencia en el corpus teórico freudiano, entre ellas, las alternancias adjetivas y sustantivas, por tramos confusas, de los términos “conciencia” y “conciente”, buscando diferenciar con mayor eficacia el plano perceptivo del fenómeno de su contrapartida subjetiva proponiendo una nomenclatura superadora de tal escollo teórico para finalmente ensayar una síntesis general del concepto de conciencia en psicoanálisis.

“Diría que el carácter inasequible, irreductible de la conciencia en relación con el funcionamiento del viviente es algo tan importante de comprender en la obra de Freud como lo que nos aportó acerca del inconsciente”⁸

⁸ Lacan, J. (1954) *“El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica”*, p. 179. Buenos Aires. Paidós.



CAPÍTULO I

Antecedentes del concepto de conciencia en Filosofía y Psicología

Desde un estricto punto de vista filosófico, el concepto de conciencia puede tomar dos sentidos claramente distinguidos. Primero, como el acto mismo donde se ejerce una “percatación o reconocimiento de algo, sea de algo exterior, como un objeto, una cualidad, una situación, etc., sea de algo interior, como las modificaciones experimentadas por el propio yo”⁹, y en segundo término, como el discernimiento entre el bien y el mal, acción más reconocida bajo el título de “conciencia moral”. A su vez, del primer sentido pueden desprenderse otros tres sentidos derivados a saber: el psicológico, el epistemológico y el metafísico. Tomando como fuente preliminar a Ferrater Mora, diremos que el sentido psicológico de la conciencia en el saber filosófico responde al acto de percepción del yo por sí mismo, lo que es conocido también con el término *apercepción*, concepto al cual el autor define a su vez como “la percepción atenta acompañada de conciencia”.¹⁰ El sentido epistemológico hace referencia a la conciencia como constituyendo el sujeto del conocimiento que entabla relación con el objeto de percepción conciente, vínculo equivalente al conocido sujeto-objeto. Finalmente, en el sentido metafísico el Yo es identificado a la conciencia: “Se trata a veces de una hipótesis de la conciencia psicológica o gnoseológica y a veces de una realidad que se supone previa a toda esfera psicológica o gnoseológica”.¹¹

El autor propone dividir en dos grandes categorías el curso del pensamiento filosófico sobre la conciencia, en donde en una vía se la concibe de manera “sustancial” carente de intencionalidad, mientras que por la otra se evita pensar a la conciencia como una “cosa” poniendo en relieve como su valor esencial su carácter “intencional”. En la primera postura, “la conciencia es

⁹ Ferrater Mora, J. (1970) “*Diccionario de Filosofía*”, p. 322. Buenos Aires. Editorial Sudamericana.

¹⁰ Ferrater Mora, J. “*Diccionario de Filosofía*”, p. 116.

¹¹ Ferrater Mora, J. “*Diccionario de Filosofía*”, p. 323.

entonces descrita como una “facultad” que posee ciertas características relativamente fijas. Las operaciones de tal conciencia se hallan determinadas por sus supuestas características”.¹² En la segunda, “la conciencia es entonces descrita como una función o conjunto de funciones, como un foco de actividades o, mejor dicho, como un conjunto de actos encaminados hacia algo”.¹³

Habiendo establecido una escueta y preliminar definición de lo que se entiende por conciencia en filosofía, recorreremos ahora de manera breve algunas de las conceptualizaciones más destacadas de diversos autores e investigadores referidas a la conciencia a lo largo del desarrollo del conocimiento filosófico y psicológico hasta los tiempos inmediatamente anteriores al desarrollo del psicoanálisis.

La conciencia en la evolución histórica del saber filosófico y psicológico

Una de las primeras ideas sobre la naturaleza del fenómeno de la percepción carecía de la necesidad de conciencia. Esta fue propuesta por **Demócrito** (460-370) quien sostenía que la mente estaba constituida por *átomos*. Según su concepción, la estructura atómica propia de la mente resultaba idéntica a la del fuego, por lo que Demócrito concluye que la percepción es resultado de la interacción entre los efluvios de los objetos y los átomos de fuego constituyentes de la mente, que deja por resultado la impresión de *imágenes* o representaciones del objeto real.

En la misma corriente atomística, el ateniense **Anaxágoras** (499-428), agregó a la tesis de Demócrito que la función de la percepción requiere de la distinción o contraste entre los objetos a ser percibidos. En este aspecto, podemos decir que fue pionero en la concepción del sentido a partir de pares de opuestos.

El tracio **Protágoras** (481-411) sostenía que la percepción es una resultante de dos movimientos en sentido opuesto, el del objeto percibido y del órgano receptor. Según su pensamiento, el conocimiento es tal más en

¹² Ferrater Mora, J. “Diccionario de Filosofía”, p. 323.

¹³ Ferrater Mora, J. “Diccionario de Filosofía”, p. 323.

dependencia de la experiencia privada de la percepción que del correlato del objeto en la realidad. Estrictamente, no existía, a estas alturas, una diferenciación cabal entre sensación y percepción.

Aristóteles (384-322) sostenía que nada hay en la mente que no haya estado primero en los sentidos. En lo relativo a la conciencia y la percepción dice Aristóteles: “Nadie puede aprender o entender nada en ausencia del sentido y, en segundo, cuando la mente es activamente conciente de algo, de manera necesaria es conciente de ello junto con una imagen, pues las imágenes son como contenidos sensibles a excepción de que no incluyan materia”.¹⁴

Para la **filosofía estoica**, de corte aristotélico en este punto, la percepción consistía en procesos meramente físicos y mecánicos a partir de los cuales los objetos dejan *impresiones* en el alma.

Plotino (205-270) es considerado como aquél que, a pesar de su impronta introspectiva, abordó por primera vez el estudio del alma de modo empírico. Su pensamiento dividía a la naturaleza humana en dos “almas”, en el *alma superior*, que reúne a los procesos cognitivos y la actividad consciente, y en el *alma inferior*, correlativa al cuerpo, los sentidos, las pasiones y las sensaciones. La percepción consciente es, para Plotino, la *reflexión*, por lo que “se vio llevado a la experiencia de la autoconsciencia donde la mente es conciente de su propio estado, función, ser y contenido. La autoconsciencia no es sino el intelecto activamente conciente de sí mismo como existencia y conocimiento”.¹⁵

San Agustín (354-430) se interesó en el fenómeno de autoconsciencia descrito por Plotino, lo que conjuntamente con su concepción subjetiva del tiempo¹⁶, harán de él un precursor del *cogito* cartesiano, tal es así que dirá: “En efecto, nada conoce el hombre que le sea más cercano: ni que le sea más inmediato a su mente, que su identidad consigo mismo”.¹⁷ Agustín sostuvo que “el acto de dudar establece la existencia de quien duda y, por tanto, la realidad

¹⁴ Aristóteles (2010) “*Acerca del alma*”. Buenos Aires. Colihue.

¹⁵ Sahakian, W. (1982) “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 46. Madrid. Tecnos.

¹⁶ “El tiempo, para Agustín, es un presente triple. El presente propiamente dicho es la única cosa que realmente es. El pasado existe como un recuerdo presente, y el futuro, como una expectación presente. (...) el quid de la cuestión consiste en subrayar el carácter subjetivo del tiempo, como parte integrante de la experiencia mental del hombre, que es un ser creado”. Russell, B. (1962) “*La sabiduría de occidente*”, p. 135. Madrid. Aguilar.

¹⁷ San Agustín, (2009) “*Contra los académicos*”. Madrid. Encuentro.

de la persona como ser consciente. Una persona podría estar equivocada con respecto a todas las cosas del universo a excepción de su propia existencia, pues, para errar, es necesario existir”.¹⁸ Agustín arguyó la existencia de un sentido adicional a los cinco descriptos por Aristóteles, dirigido exclusivamente a la percepción de la actividad interna que permitirá al individuo acceder a la conciencia de su pensamiento. Para Agustín, de manera análoga a como en virtud de los sentidos del cuerpo la mente se anoticia del mundo exterior, a través de este sentido adicional la mente se conoce a sí misma. Finalmente diremos de Agustín que fue un férreo adepto a un dualismo antropológico mente-cuerpo.

Dando un gran salto sobre la oscuridad de la edad media, ya entrados en el renacimiento, contando con el antecedente de Agustín, **René Descartes** (1596-1650) introduce en 1637 el método de la duda sistemática para probar la existencia del yo o conciencia. Dado que la duda es un ejercicio subjetivo, por el mero acto de dudar se deduce la necesidad de la existencia. El cogito cartesiano puede desplegarse de este modo: Dudo, por lo tanto pienso, y si pienso, por lo tanto existo. Pero esta *duda metódica* solo lo lleva a comprobar la existencia del yo consciente, quedando en lo improbable los objetos y realidad del mundo exterior, asunto por el cual acudirá en busca de garantía a la buena voluntad de un Dios perfecto que no engañaría a los sentidos. Descartes fue el primer filósofo en intentar un entendimiento de los procesos subjetivos por medio un análisis de orden fisiológico, lo que lo llevó a sostener una postura dualista con respecto a la relación mente-cuerpo; para él, la realidad se compone por dos sustancias diversas, la *res cogitans*, la cosa insustancial que piensa, y la *res extensa*, la cosa sustancial que ocupa espacio y le sirve de soporte a la primera. Proponía que “a diferencia de la mente, el cuerpo es una máquina sujeta a la causalidad según leyes mecánicas. La máquina, llamada cuerpo, actúa indirectamente merced a la mente, en tanto que el alma está situada en la glándula pineal del cerebro”.¹⁹

Se le concede a Descartes ser el primero en pensar el concepto de conciencia en el sentido moderno del término. Aunque no zanje estrictamente diferencias entre conciencia y pensamiento, la vinculación entre términos es

¹⁸ Sahakian, W. “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 51.

¹⁹ Sahakian, W. “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 61.

clara: “Mediante el término “pensamiento” entiendo cualquier cosa de la cual nos percatamos sucediendo dentro de nosotros en tanto tenemos percatación de ello”.²⁰

En oposición a la postura dualista cartesiana se ubicó **Baruch Spinoza** (1632-1677), quien sostuvo que no habría más que una sola sustancia, de las cuales mente y cuerpo representan sólo un par de sus atributos, por lo que mente y cuerpo resultan interdependientes entre sí.

Gottfried Leibniz (1646-1716), también monista, partiendo de su teoría de las *mónadas* o *monadología*²¹, postuló su *Ley de la continuidad*, la que establece que no habría “saltos” en las manifestaciones de la naturaleza, sino que ésta se desarrollaría por medio de incrementos graduales. En su obra *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, establece un continuo que lleva desde la actividad inconsciente hasta la conciencia. Allí dice lo siguiente: “En todo momento hay en nosotros un número infinito de percepciones, pero sin apercepción ni reflexión, como cambios en la misma alma de los que no somos muy conscientes porque las impresiones no son ni demasiado ligeras ni demasiado grandes en número, ni demasiado niveladas, de tal modo que no tienen nada que las distinga suficientemente entre sí; pero, unidas a otras, no dejan de producir su efecto y de hacerse al menos sentir confusamente en la masa... Así, hay percepciones de las que no fuimos conscientes enseguida, surgiendo la conciencia en este caso, solamente al aperebirse tras cierto intervalo, por pequeño que éste pueda ser”.²²

Dando nuevo impulso a las concepciones aristotélicas, los empiristas británicos sostuvieron que la mente era una “superficie en blanco” al momento del nacimiento. **Thomas Hobbes** (1588-1679) consideró que la naturaleza de la conciencia era de orden corpóreo; todas las funciones mentales resultarían de la actividad del cuerpo físico: “al considerar que los elementos de la conciencia eran meras impresiones sensibles, procedió a explicar la memoria y el pensamiento como la combinación y transformación de los sentidos”.²³

²⁰ Descartes, R. (2004) “*Discurso del método*”. Buenos Aires. Colihue.

²¹ “La teoría de Leibniz se basa en la reflexión de que una sustancia, siendo una, no puede tener extensión, ya que esto sugiere pluralidad y solamente puede caracterizar a una colección de sustancias. De ello infiere Leibniz que existen sustancias infinitamente numerosas, cada una de las cuales es inextensa y, por consiguiente inmaterial”. Russell, B. “*La sabiduría de occidente*”, p. 202.

²² Cita de Leibniz en Sahakian, W. “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 65.

²³ Sahakian, W. “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 77.

Sostuvo al individuo como una máquina que transforma los movimientos captados por los sentidos en movimiento muscular, operación regulada por el cerebro, por lo que la mente era una resultante del trabajo físico. “La mayor incongruencia de la postura de Hobbes radica en su noción del consciente. Su secuencia de pensamiento implica la conciencia de un contenido cognoscitivo pero no aclara el paso de las sensaciones físicas al pensamiento no físico”.²⁴

Por su parte, **John Locke** (1632-1704), considerado uno de los padres del asociacionismo, concebía dos clases de ideas diferenciadas por sus fuentes, las ideas de sensación e ideas de reflexión. Estas ideas son fijadas en la memoria por medio de la repetición y la atención. Locke sostenía que primero se experimenta la sensación para luego, a partir de ella, experimentar la reflexión, ya que consideraba que sólo a partir de la percepción, y por el material aportado por ella, es posible desarrollar ideas. Para Locke “la realidad no se percibe. Lo que se denomina sustancia es meramente una ‘colección de un determinado número de ideas simples’ apiñadas en unidad”.²⁵ De este modo, Locke colocó a la mente en una posición pasiva con respecto al mundo al reducir su función a la mera reacción ante los estímulos del entorno. Aún así, Locke le reservó a la mente dos importantes funciones, la primera, la asociación: “la mente vincula las sensaciones para crear percepciones según los principios de posición lógica y casualidad”²⁶, y la segunda operación, la reflexión: “por ella, las operaciones de la mente sobre sí mismas producen una idea nueva o compuesta basada en las ideas simples derivadas de la sensación”.²⁷ En resumen, Locke difiere con Hobbes esencialmente en considerar a la reflexión como una operación sin mayor dependencia de los sentidos.

George Berkeley (1685-1735), llevando las cosas al extremo, consideraba que nada ofrecía pruebas contundentes de la existencia del mundo exterior, lo que nos deja sólo con las impresiones y sensaciones suministradas por nuestros sentidos: “sólo tenemos acceso a ideas, imágenes perceptivas para las cuales imaginamos una causa, un garante exterior a

²⁴ Brennan, J. (1999) “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 112. México. Prentice Hall.

²⁵ Sahakian, W. “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 81.

²⁶ Brennan, J. “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 113.

²⁷ Brennan, J. “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 113.

nosotros, de cuya existencia no hay ninguna prueba; ser es percibir o ser percibido; lo demás es pura construcción”.²⁸

David Hume (1711-1776), modificando la visión de Locke, sostuvo que el contenido de la conciencia se constituye por *impresiones*, efecto directo de la percepción, e *ideas*, copias de las primeras con un nivel de intensidad menor a las originales, estableciendo de este modo que la idea resulta representativa no de la cosa sino de la impresión perceptiva. La “repetición de impresiones idénticas explica la creencia en la existencia del mundo exterior y de las cosas, que *imaginamos* permanentes en los intervalos durante los cuales las percibimos más: así nacen las ideas de sustancia. Del mismo modo, la idea de permanencia y de la identidad de nuestro yo tiene su origen en la ligazón que se establece entre los estados de conciencia sucesivos que lo sustentan y que están vinculados por su semejanza, su sucesión y sus conexiones causales; la imaginación crea entonces la ficción de esa sustancia íntima y constante que sería nuestra conciencia”.²⁹

Desde el llamado *sensacionismo francés*, **Ettiene Bonnot de Condillac** (1715-1780) apoyándose en el pensamiento de Locke, sostuvo que el lenguaje es el responsable del desarrollo de la mente humana, ya que, según él, las ideas son imposibles si no son expresadas por medio de palabras, por lo tanto sin la adquisición del lenguaje no resulta posible el desarrollo de la reflexión mental.

Immanuel Kant (1724-1804), integrando el pensamiento de sus antecesores, concluyó que la experiencia está determinada por dos formas necesarias dadas a priori, el espacio y el tiempo. Ninguna experiencia podría ser tal sin desplegarse a través de esas dos dimensiones. Kant adjudicó estas dos dimensiones o categorías del entendimiento al sujeto; es el sujeto quien activamente organiza la experiencia según relaciones espaciales y temporales. El espacio y el tiempo no están en el objeto, en el mundo, sino que son dimensiones básicas de la manera que tiene el sujeto de organizar y percibir al mundo. Kant distinguió dos tipos de conciencia, la *empírica* y la *trascendental*. La primera, de orden psicológico, “pertenece al mundo fenoménico; su unidad sólo puede ser proporcionada por las síntesis llevadas a cabo mediante las

²⁸ Bercherie, P. (1988) “*Génesis de los conceptos freudianos*”. p. 126. Buenos Aires. Paidós.

²⁹ Bercherie, P. “*Génesis de los conceptos freudianos*”. p. 127.

intuiciones del espacio y el tiempo y los conceptos del entendimiento. La segunda es la posibilidad de la unificación de toda conciencia empírica y, por lo tanto, de su identidad, y, en último término, la posibilidad de todo conocimiento”.³⁰ Para Kant, la mente humana no es una *tabula rasa*, sino que es capaz de operar en tras niveles de síntesis diversos. En el primer caso, la *estética trascendental*, la percepción “es una síntesis de los datos sensibles, por un lado, y el espacio y el tiempo, por otro”.³¹ La *analítica trascendental* comprende el orden del entendimiento lógico, y, por último, la *dialéctica trascendental* se trata de la acción de “razonar con el fin de integrar sistemáticamente los hechos de la experiencia en un todo coherente”.³² El yo trascendental no es para Kant un objeto de percepción, no está dado a los sentidos, sino que es una condición necesaria, *a priori*, previa a todo conocimiento y experiencia posible. “No podría en consecuencia pensarse a sí mismo, es decir pensar su propia esencia, tan oscura e incognoscible como las de las realidades en sí del mundo exterior. (...) la disparidad de espíritu y cuerpo no es la de dos sustancias, sino la de dos registros fenoménicos: el de los sentidos externos, estructurado en el espacio, y el del sentido interno, que sólo está relacionado con el tiempo”.³³

Kant concluye que la razón sólo puede desentrañar aquello que construye activamente, los *fenómenos* a los que el sujeto organiza según las categorías a priori de tiempo y espacio, quedando por fuera de su capacidad el poder acceder a la verdad absoluta de las cosas, a la cosa en sí, al *noúmeno*. El fenómeno es el objeto percibido cuya construcción se debe a las particularidades de la función del entendimiento, mientras que el noúmeno, la cosa en sí misma, es aquello *real* del objeto, sin las vestiduras que el entendimiento del sujeto coloca sobre él. Kant consideró que era este el punto hasta donde el conocimiento humano podía llegar. No obstante, **Georg W. F. Hegel** (1770-1831) no lo consideró así y sostuvo que no habría una cosa en sí que se ocultaría detrás del fenómeno, y derribando el límite impuesto por Kant, concluyó que de plantearse bien el problema, el hombre podría alcanzar a conocer lo absoluto. En su obra cumbre, *La fenomenología del espíritu*, “Hegel

³⁰ Ferrater Mora, J. “Diccionario de Filosofía”, p. 324.

³¹ Sahakian, W. “Historia y sistemas de la Psicología”, p. 68.

³² Sahakian, W. “Historia y sistemas de la Psicología”, p. 68.

³³ Bercherie, P. “Génesis de los conceptos freudianos”. p. 161.

va a querer contar allí el pasaje del animal superior al hombre y va a querer relatar –ya instalado lo humano– cómo todo fue necesario para que el hombre se constituyese finalmente como sujeto y el calvario que significó el reencuentro final de la razón con la realidad. Lo cual cierra, para él, el camino de la conciencia”.³⁴ Hegel distingue la *conciencia general* de la *conciencia de sí* o *autoconsciencia*, en donde la conciencia se establece en el conocimiento del objeto y de la palabra que lo designa, mientras que la autoconsciencia requiere de algo más que eso. Para alcanzar el pasaje de la conciencia general a la conciencia de sí es necesario el intermedio del *Trieb*, término alemán que contiene los conceptos de los términos castellanos deseo, instinto y pulsión.³⁵ La conciencia general es *conciencia enajenada* en la cual el sujeto queda absorbido por el objeto en el mismo acto de conocerlo y nombrarlo aunque aún sin saber nada sobre sí mismo. Aquí lo que se revela es el objeto y no el sujeto. “A través del deseo –dirá Hegel– el hombre se constituye y se revela a sí mismo y a los otros como un “yo”. La simple conciencia todavía no es un yo, es un simple percibir natural. El deseo permite al hombre que se constituya como “yo” y a la cosa simultáneamente como un *objeto*”.³⁶ Entonces, la conciencia general es primero conciencia sensible, siendo inmediata su relación con el objeto. Luego, y merced al deseo, impulso, fuerza vital instaurada por la dimensión del otro, el sujeto se percibe a sí mismo como tal. El deseo impulsa al sujeto a apoderarse del objeto que lo satisfaga, lo que implica el inicio de una lucha entre conciencias, donde el objeto de deseo en pugna es el deseo del otro. El deseo impone a la autoconsciencia como objeto de su satisfacción el reconocimiento por parte de otra autoconsciencia. La particularidad del deseo humano es ser deseo de otro deseo, y si la autoconsciencia es deseo en acto, el deseo es el deseo de otra autoconsciencia, es decir, deseo del deseo del otro. Hegel despliega esta lógica en la reconocida *Dialéctica del Amo y del Esclavo*, donde coloca a la resolución de la lucha por el reconocimiento del otro como condición del surgimiento de la subjetividad y la intersubjetividad psicológica.

A fines del siglo XVIII, desde una postura materialista-fisiológica, **Pierre J. G. Cabanis** (1757-1808) sostenía la existencia de “una sensibilidad orgánica

³⁴ Casalla, M. (1995) “*El sujeto cartesiano*”. p. 99. Buenos Aires. Serie Materiales de Cátedra. UBA.

³⁵ En este caso, tomaremos como la más representativa del propósito hegeliano la acepción *Deseo*.

³⁶ Casalla, M. “*El sujeto cartesiano*”. p. 109.

independiente de la conciencia, de una “sensibilidad sin sensación” y por lo tanto de una reactividad propia de los órganos vivos”.³⁷ Rechazando la postura “mentalista” de Condillac, Cabanis consideró que sin la contrapartida orgánica no era posible el desarrollo del pensamiento. Paralelamente a las sensaciones externas había que dar cuenta de la infinidad de sensaciones internas “más o menos claras para la conciencia, pero de influencia preponderante en el pensamiento. Ellas dominaban por cierto el instinto, esa reactividad primitiva y hereditaria que traducía el desarrollo y el estado de los órganos, pero también, más oscuramente, la conciencia y el curso de las ideas”.³⁸ Cabanis no creía en una mente pasiva del tipo *tabula rasa* y propuso la existencia de un *Ego central* cerebral que tiene por función integrar y sintetizar los datos de los sentidos para luego ser dados a conocer a la conciencia. Cabanis, contrariamente a Kant, no admitía una mente con categorías innatas independientes de la fisiología.

En la línea de los asociacionistas destacaremos a **James Mill** (1773-1836) quien redujo todos los fenómenos mentales a sensaciones (a las que consideraba como “estados de conciencia primarios”), e ideas, siendo éstas producto de las primeras. “a diferencia de las sensaciones, las ideas no se derivan de los objetos sino de sensaciones y responden a la ley general de la asociación de ideas (...) La asociación no es una fuerza, ni una potencia, ni una causa, sino simple contigüidad”.³⁹ Continuando el trabajo de su padre, **John Stuart Mill** (1806-1873) enunció las *leyes de asociación*: “1) Fenómenos similares tienden a ser pensados juntos. 2) Los fenómenos que han sido pensados o concebidos en estrecha contigüidad tienden a ser pensados juntos. La contigüidad es de dos tipos: simultaneidad y sucesión inmediata. (...). 3) Las asociaciones producidas por contigüidad se hacen más ciertas y rápidas por la repetición. (...). 4) Cuando una asociación ha adquirido este carácter de inseparabilidad, cuando el límite entre las dos ideas ha sido firmemente remachado, no solamente ocurre que la idea evocada mediante la asociación, en nuestra conciencia, se vuelve inseparable de la idea de la que surgió, sino

³⁷ Bercherie, P. “*Génesis de los conceptos freudianos*”. p. 142.

³⁸ Bercherie, P. “*Génesis de los conceptos freudianos*”. p. 143.

³⁹ Sahakian, W. “*Historia y sistemas de la Psicología*”. p. 102.

también que los hechos o fenómenos que responden a esas ideas vienen a ser al final inseparables en la existencia”.⁴⁰

En Alemania, **Johann Friedrich Herbart** (1776-1841), estableció su investigación apoyándose sobre las bases de la experiencia, la matemática, la metafísica y la introspección, pretendiendo otorgar a la psicología el estatuto de ciencia, contrariamente a Kant quien consideraba que la psicología nunca podría constituirse como tal. Sostenía que la mente tenía por unidades básicas a las ideas, las cuales poseen características de intensidad, cualidad y tiempo. Herbart parte de la metafísica de Leibniz, la *monadología*, retomando la concepción de un mundo constituido por sustancias simples que entran de manera secundaria en combinación para formar sustancias complejas. El alma, sustancia simple, se llena de *impresiones*, es decir, sensaciones, imágenes e ideas a partir de la interferencia entre las mónadas que constituyen el alma y el cuerpo (y que pugnan por su conservación) con las del mundo exterior. Para Herbart “las representaciones mentales (...) obedecen a su turno a las leyes de las mónadas: una vez que han nacido, no desaparecen nunca; el olvido no es más que una ocultación momentánea, y la reaparición de lo que se olvidó siempre es posible. La unidad y simplicidad del alma implica en efecto la estrechez de ese campo de conciencia que las representaciones se disputan: de ese modo éstas oscilan entre la plena conciencia, la libertad completa y la completa inhibición, o bien, *reprimidas*, se convierten en simples tendencias inconscientes, pasando por diversos grados posibles de *oscurecimiento*”.⁴¹

Herbart concebía a las representaciones como *fuerzas* portadoras de diversas intensidades cuyas relaciones resultaban susceptibles de ser matematizadas: “creía poder construir así una mecánica psíquica que incluía una estática (estudio de las relaciones intensivas de las representaciones en su lucha por llegar a la conciencia) y una dinámica (con el añadido de la dimensión temporal), y determinar leyes científicamente formuladas”.⁴² En el esquema de Herbart, por debajo de cierto nivel de intensidad las representaciones quedan *reprimidas* convirtiéndose en tendencias inconscientes, y señala que incluso las

⁴⁰ Sahakian, W. “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 103.

⁴¹ Bercherie, P. “*Génesis de los conceptos freudianos*”. p. 162.

⁴² Bercherie, P. “*Génesis de los conceptos freudianos*”. p. 162.

percepciones conscientes más simples son ya grandes conglomerados de “percepciones insensibles” o inconscientes. El yo para Herbart está constituido por “la suma de las representaciones *actualmente conscientes*”.⁴³

Finalmente señalaremos que una de las concepciones herbartianas que más influyó en la psicología alemana posterior es la de un campo de conciencia estrecho, espacio por el que las representaciones pugnan por acceder, dejando entrever que buena parte de lo psíquico *no es consciente* quedando por fuera del campo de apercepción del sujeto.

En el proyecto de construcción de una psicología científica, grande fue el avance producido por **Gustav Fechner** (1801-1887) a quien se lo tiene por fundador de lo que se llamó *Psicofísica*. Sin pretender ser una disciplina nueva, la psicofísica estudiaba esencialmente las relaciones entre los estímulos y las sensaciones por medio de un método matemático y experimental, donde el concepto de *umbral* resultaba central para la comprensión del vínculo entre la mente y el cuerpo. Basándose en trabajos de otros investigadores tales como *Weber* y *Herbart*, Fechner investigó las magnitudes mínimas (umbrales) de estímulos que son necesarias para generar diversas sensaciones, estableciendo entre ellas relaciones matemáticas. La novedad radicó en que Fechner desconfiando en la experiencia introspectiva relativa a las intensidades de las sensaciones se propuso evitar el problema ideando un método que le permitiera trabajar con la única variable objetivamente mensurable, el estímulo externo: “a diferencia de la física, que mide sus causas por sus efectos, la psicofísica medirá los efectos por sus causas”⁴⁴, y para ello, dado que no resultaba posible medir objetivamente una sensación, estableció como método la medición de diferencias entre sensaciones de la misma categoría según diferentes criterios, que estrictamente le ofrecían como resultado el valor de una *sensibilidad diferencial*. Señala Assoun: “Fechner logra deducir la ley que expresa la relación general de la excitación y de la sensación, estableciendo que la sensación aumenta como el logaritmo de la excitación. (...) Ahora se volvía posible pasar por un logaritmo de un fenómeno físico a un fenómeno psíquico”.⁴⁵ Fechner sostenía que aunque oscilara en intensidad de manera

⁴³ Bercherie, P. “*Génesis de los conceptos freudianos*”. p. 163.

⁴⁴ Bercherie, P. “*Génesis de los conceptos freudianos*”. p. 165.

⁴⁵ Assoun, P. (1982) “*Introducción a la epistemología freudiana*”. p. 148. México. Siglo XXI.

permanente, entre la conciencia y los estados inconscientes, el sueño y la vigilia, la actividad psicofísica nunca desaparecía. Bercherie resalta la convicción de Fechner en considerar a los fenómenos psíquicos compartiendo la misma naturaleza que los fenómenos físicos y la consecuencia de poder utilizar el mismo lenguaje matemático para los dos órdenes. “De allí derivó en particular la costumbre de concebir en términos de cantidad, de energía, los fenómenos psíquicos y los fenómenos nerviosos que constituyen su base material”.⁴⁶

Hermann von Helmholtz (1821-1894), se diferenció de Fechner implementado un método inverso al de éste, en el cual se concentraba en medir los determinantes externos de la actividad sensorial, para contar así con dos parámetros mensurables, el externo y el interno. Helmholtz, junto con otros relevantes investigadores de la época tales como Brücke y Dubois-Reymond, sostenía la idea que a nivel del organismo no habría más fuerzas operantes que las físico-químicas ordinarias ya conocidas. Dice Assoun: “El doble interés por la física y la fisiología, dato de la época, indica por sí solo el sentido de la empresa de Helmholtz. Éste afirma su proyecto, desde su trabajo *Acerca de la conservación de la energía* (1847), en que aplica el principio de la conservación de la energía a los hechos fisiológicos”⁴⁷ Partiendo de este principio, estos investigadores consideraban al organismo como un sistema físico en equilibrio que tiende a conservar tal estado de cosas, es decir que pretende conservar de manera *constante* su energía potencial. Esta concepción del organismo se ve plasmada en la idea del sistema nervioso como un *arco reflejo* en donde los estímulos externos percibidos por el polo sensible del aparato son derivados a través del polo motor en virtud de descargas musculares.

Helmholtz entendía al acto perceptivo no como una acción pura, sino como la culminación de una integración de percepciones anteriores asociadas por la experiencia a lo largo del tiempo. “Helmholtz argüía que inferimos las características perceptuales como resultado de la repetición de las experiencias; las inferencias son inconscientes en la medida en que las hacemos instantáneamente sin cálculos ni soluciones conscientes. Helmholtz las llamaba “irresistibles” porque, ya formadas, no puede modificarlas la

⁴⁶ Bercherie, P. “*Génesis de los conceptos freudianos*”. p. 167.

⁴⁷ Assoun, P. “*Introducción a la epistemología freudiana*”, p. 156.

conciencia”.⁴⁸ Brücke, representante en Berlín de la escuela de Helmholtz, fue, en el Instituto de Fisiología de esa ciudad, el encargado de transmitir finalmente al Freud estudiante, estas consideraciones.

Se sustrae del interés de este trabajo el dilucidar el modo en que las obras de los pensadores mencionados más arriba han influido en el pensamiento de Freud, pero resulta de interés señalar, al menos algunas de aquellas influencias manifiestas del joven Freud estudiante de medicina que luego harían las veces de sedimento de base para la construcción de la teoría psicoanalítica.

Assoun en su *Introducción a la epistemología freudiana* indica algo sobre la vía de influencia que pudo establecerse entre Herbart y Freud. Señala que en el manual utilizado por Freud en su último año de formación secundaria predominaba la visión de la escuela herbartiana: “El manual usual del joven Freud lleva, pues, la marca de esa corriente: se lee en él, a manera de prefacio, que en la medida en que la escuela herbartiana es la única considerable en psicología contemporánea, el libro puede considerarse un resumen de la filosofía herbartiana. ¡No puede decirse más directamente que Herbart, en la época de la formación de Freud, es la psicología!”.⁴⁹ Y luego agrega: “Herbart no lega simplemente a Freud algunas herramientas conceptuales, le transmite cierta concepción del conocimiento mismo basada en problemáticas metafísicas”.⁵⁰

Por su parte, Ernest Jones destaca en *Vida y obra de Sigmund Freud* el influjo que la escuela de Helmholtz y la propia persona de éste que dejó marca en el joven Freud. Describe Jones: “esta escuela había impuesto un completo dominio sobre el pensamiento de los filósofos y los profesores de medicina alemanes, impreso un intenso estímulo a la ciencia en todo el mundo y resuelto para siempre algunos de los viejos problemas. La figura más destacada de este grupo de hombres importantes era sin duda Helmholtz. Algunos años más tarde hizo una breve visita a Viena, y Freud lamentó no haber tenido la suerte

⁴⁸ Brennan, J. “*Historia y sistemas de la Psicología*”, p. 156.

⁴⁹ Assoun, P. “*Introducción a la epistemología freudiana*”, p. 134.

⁵⁰ Assoun, P. “*Introducción a la epistemología freudiana*”, p. 135.

de verlo personalmente. “Es, agregaba, uno de mis ídolos”.⁵¹ Tal es así que Assoun dice al respecto: “Cuando, en 1883, Freud confiesa su idolatría por el gran maestro berlinés, adopta efectivamente una actitud de adhesión a un modelo que confirma su pertenencia epistemológica”.⁵²

No menos importante resultó ser la figura de Ernst Brücke, del cual refiere Jones lo siguiente: “Se ha dado por supuesto a menudo que las teorías psicológicas de Freud datan de su contacto con Charcot o con Breuer o aún antes. Se puede demostrar, por el contrario, que los principios sobre los cuales edificó sus teorías los adquirió en su época de estudiante de medicina, y bajo la influencia de Brücke”.⁵³

Y finalmente, también respecto a los autores señalados en este capítulo, el mismo Freud en su *Autobiografía* resalta: “Siempre me han atraído, sin embargo, las ideas de G. Th. Fechner, pensador al que le debo interesantísimas sugerencias”.⁵⁴ Esto se comprueba si se lee la *Carta 83* del 9 de febrero de 1898, en donde comentándole a Fliess sus avances en su investigación sobre los sueños, dice: “La única cosa razonable se le ocurrió nada menos que al viejo Fechner, en su sublime ingenuidad: el proceso del sueño se desenvolvería en un terreno psíquico distinto. Seré yo quien trace el primer mapa grosero de ese terreno...”.⁵⁵ Y finalmente, sobre esto, Assoun asegura sin ambages: “Los principios fundamentales de la energética freudiana derivan directamente de la energética fechneriana”.⁵⁶

⁵¹ Jones, E. (1953) “*Vida y obra de Sigmund Freud*”, Tomo 1, p. 64. Barcelona. Anagrama.

⁵² Assoun, P. “*Introducción a la epistemología freudiana*”, p. 156.

⁵³ Jones, E. “*Vida y obra de Sigmund Freud*”, Tomo 1, p. 66.

⁵⁴ Freud, S. (1924) “*Autobiografía*”, Obras Completas, Tomo 3, p. 2791. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

⁵⁵ Freud, S. (1898) “*Carta 83*” en “*Los orígenes del psicoanálisis*”, Obras Completas, Tomo 3, p. 3597. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

⁵⁶ Assoun, P. “*Introducción a la epistemología freudiana*”, p. 149.

CAPÍTULO II

Tras el rastro de la conciencia en la teoría freudiana

“Las neuropsicosis de defensa” (1894)

En este temprano ensayo Freud busca exponer la naturaleza de las “neurosis histéricas adquiridas” en donde conceptos como *conversión* y *disociación de la conciencia* resultan claves para su comprensión.

Freud considera a la disociación de la conciencia como un proceso adquirido que permite el funcionamiento de la *histeria de defensa*: “podemos presentar ahora dos o tres formas extremas de la histeria, en las cuales no puede considerarse primaria, en el sentido de Janet⁵⁷, la disociación de la conciencia. En la primera de dichas formas nos ha sido posible demostrar repetidas veces que la disociación del contenido de la conciencia es consecuencia de una volición del enfermo siendo iniciada por un esfuerzo de la voluntad, cuyo motivo puede ser determinado. Naturalmente, no afirmamos con esto que el enfermo se proponga provocar una disociación de la conciencia. La intención del enfermo es muy otra, y no llega a cumplirse, acarreado, en cambio, una disociación de la conciencia”.⁵⁸

Freud describe el mecanismo subyacente y responsable de la histeria de defensa del siguiente modo: “la labor que el yo se plantea de considerar como *non arrivée* la representación intolerable es directamente insoluble para él; ni la huella mnémica ni el afecto a ella inherente pueden ser hechos desaparecer una vez surgidos. Pero hay algo que puede considerarse equivalente a la solución deseada, y es lograr debilitar la representación de que se trate,

⁵⁷ Pierre Janet consideraba que la disociación de la conciencia constituía un rasgo primario en la constitución de la histeria debida a “una debilidad congénita de la capacidad de síntesis psíquica”.

⁵⁸ Freud, S. (1894) “*Las neuropsicosis de defensa*” en *Obras Completas*, Tomo 1, p. 170. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

despojándola del afecto a ella inherente; esto es, de la magnitud de estímulo que consigo trae. *La representación así debilitada no aspirará ya a la asociación.* Mas la magnitud de estímulo de ella separada habrá de encontrar un distinto empleo”.⁵⁹ Este empleo será finalmente la inervación de un órgano, somatización llamada *conversión*.

Esta sustracción del afecto impide a la representación en conflicto entrar en lazo asociativo con las demás representaciones, quedando, por así decirlo, aislada, disociada del resto de los contenidos psíquicos, ella “forma a partir de aquí el nódulo de un segundo grupo psíquico”.⁶⁰

El énfasis en este ensayo recae pues, sobre la *capacidad asociativa* de la representación conflictiva que según las circunstancias obstaculizan su llegada a la conciencia, quedando aquella entonces disociada de ésta. En relación a la neurosis obsesiva describe que “cuando en una persona de disposición nerviosa no existe la aptitud a la conversión, y es, no obstante, emprendida para rechazar una representación intolerable la separación de la misma de su afecto concomitante, este afecto tiene que permanecer existiendo en lo psíquico. *La representación así debilitada queda apartada de toda asociación en la conciencia,* pero su afecto devenido libre se adhiere a otras representaciones no intolerables en sí, a las que este «*falso enlace*» convierte en representaciones obsesivas”.⁶¹

Hasta aquí la patología se deposita en la obstaculización de la asociatividad por medio del retiro del monto de afecto ligado a la representación conflictiva cuyo efecto es su debilitamiento y posterior desconexión con el resto de las representaciones concientes.

Sobre el final del ensayo Freud señala la existencia de otro tipo de defensa a la que considera más radical en sus efectos: “Hay aún otra forma de la defensa mucho más enérgica y eficaz, consistente en que el yo⁶² rechaza la representación intolerable conjuntamente con su afecto y se conduce como si la representación no hubiese jamás llegado a él. En el momento en que esto queda conseguido sucumbe el sujeto a una psicosis que hemos de calificar de

⁵⁹ Freud, S. “*Las neuropsicosis de defensa*”, p. 171. De aquí en adelante las cursivas en las citas siempre son nuestras excepto que se explicita lo contrario.

⁶⁰ Freud, S. “*Las neuropsicosis de defensa*”, p. 171.

⁶¹ Freud, S. “*Las neuropsicosis de defensa*”, p. 172.

⁶² Por estas alturas el yo era aún identificado con la conciencia.

«locura alucinatoria»⁶³ Freud lo explica del siguiente modo: “el yo ha rechazado la representación intolerable por medio de la huida a la psicosis. (...) el yo se separa de la representación intolerable, pero ésta se halla inseparablemente unida a un trozo de la realidad, y al desligarse de ella, el yo se desliga también, total o parcialmente, de la realidad”⁶⁴

En síntesis, en los tres modos posibles de defensa, el histérico, el obsesivo y la psicosis, se trataría de rechazos ejercidos a través de cortes en la asociatividad entre representaciones, permaneciendo estas dentro de los márgenes del yo. La figura del rechazo no remite a una concepción tópica sino exclusivamente dinámica.

“Estudios sobre la histeria” (1895)

En el último apartado de este libro, “*Psicoterapia de la histeria*”, Freud resume sucintamente lo descubierto en relación a la naturaleza de la histeria: “Hemos hallado, en efecto, y para sorpresa nuestra, al principio, que los distintos síntomas histéricos desaparecían inmediata y definitivamente en cuanto se conseguía despertar con toda claridad el recuerdo del proceso provocador, y con él el afecto concomitante, y describía el paciente, con el mayor detalle posible, dicho proceso, dando expresión verbal al afecto”⁶⁵. Luego describe cómo funciona el método terapéutico propuesto detallando que éste “Anula la eficacia de la representación no descargada por reacción en un principio, dando salida, por medio de la expresión verbal, al afecto concomitante, que había quedado estancado, y llevándola a la reacción asociativa por medio de su atracción a la conciencia normal (en una ligera hipnosis) o de su supresión por sugestión médica, como sucede en los casos de somnambulismo con amnesia”⁶⁶.

La concepción freudiana sobre el funcionamiento de lo psíquico y su estructura abreva aquí, como mencionamos más arriba, en la noción de la

⁶³ Freud, S. “*Las neuropsicosis de defensa*”, p. 175.

⁶⁴ Freud, S. “*Las neuropsicosis de defensa*”, p. 176.

⁶⁵ Freud, S. (1895) “*Estudios sobre la histeria*”, Obras Completas, p. 138. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

⁶⁶ Freud, S. “*Estudios sobre la histeria*”. p.138.

defensa: el síntoma histérico sería efecto de un movimiento defensivo que en un primer tiempo ha rechazado de la conciencia a aquellas representaciones traumáticas y que mantiene a posteriori la restricción a su retorno a la conciencia. El Yo ejercería entonces una *resistencia* sobre las *representaciones patógenas* que pugnan por recobrar acceso a la conciencia. Esto se ejecuta, respetando el criterio del ensayo anterior, por medio del retiro del intenso monto de afecto asociado a la representación traumática, el cual finalmente será quien por *conversión* termine por inervar un órgano dando origen al síntoma.

Estos fenómenos hacían sospechar a Freud sobre la existencia de lo que denominó “*segunda inteligencia*” que sería responsable de estos efectos y sus síntomas derivados.

El curso de la lectura presenta algunas dificultades atribuibles a los recursos descriptivos de los fenómenos que adopta Freud. Esta intención descriptiva resulta por pasajes problemática por el lenguaje metafórico que Freud ha considerado adecuado utilizar y que por momentos parece aplicar *movimiento* a las representaciones y por otros dejando fijas a éstas y hacer recaer la lógica global sobre las restricciones en los nexos asociativos entre representaciones.

En el curso de la descripción hay momentos donde la conciencia, como decíamos, se representa de manera tópica, como si fuera el extremo de un continuo, que por sus características se figura como una especie de *ranura* de una angostura tal que no permitiría el “*emerger*” más que de una representación o recuerdo a la vez⁶⁷: “Si una vez resuelto el caso pudiéramos mostrar el material patógeno en su descubierta organización complicadísima y de varias dimensiones a un tercero, nos plantearía éste, seguramente, la interrogación de cómo un tan amplio producto ha podido hallar cabida en la conciencia de cuya «angostura» se habla tan justificadamente. Este término de la «angostura de la conciencia» adquiere sentido y nueva vida a los ojos del médico que practica tal análisis. *Nunca penetra en la conciencia del yo sino un solo recuerdo*. El enfermo que se halla ocupado en la elaboración del mismo no ve nada de lo que detrás de él se agolpa y olvida lo que ya ha penetrado con

⁶⁷ Consideración derivada de la concepción herbartiana de la estrechez del campo de la conciencia.

anterioridad. (...) *Toda la amplia masa que forma el material patógeno tiene así que ir filtrándose a través de este desfiladero, llegando, por tanto, en fragmentos a la conciencia.* De este modo, el terapeuta se ve obligado a reconstituir luego con estos fragmentos la organización sospechada, labor comparable a la de formar un puzzle”.⁶⁸

Freud se refiere aquí a la conciencia como si se tratara de una *estación* donde las representaciones “penetran” o son expulsadas. Sería posible entonces figurarse un esquema consistente en compartimentos contiguos, uno perteneciente a la conciencia y el otro que recibe todo aquello que se rechaza de ella.⁶⁹ Sobre este tipo de movimientos, refiriéndose al trabajo del análisis agrega Freud: “Habremos de reflexionar sobre el hecho de que en tales análisis podemos perseguir un proceso mental desde lo consciente a lo inconsciente (esto es, a lo no reconocido como recuerdo), viéndole atravesar luego de nuevo lo consciente y terminar otra vez en lo inconsciente, sin que este cambio de la «iluminación psíquica» produzca en él modificación alguna ni alteración de su estructura lógica ni de la coherencia de sus elementos”.⁷⁰

De manera paralela, existen otros pasajes en donde Freud se refiere a esta dinámica sugiriendo que las restricciones recaen no sobre el “movimiento” de las representaciones sino sobre los nexos lógicos o asociaciones de ideas impidiendo su libre conexión. Esta línea sigue la descripción que Freud postulaba en la que la misteriosa “segunda inteligencia” ordenaba el material psíquico según tres órdenes complementarios: “El material psíquico (...) se nos presenta como un producto de varias dimensiones y, por lo menos de una triple estratificación. (...) Existe, primero, un nódulo, compuesto por los recuerdos (de sucesos o de procesos mentales) en los que ha culminado el factor traumático o hallado la idea patógena su más puro desarrollo. En derredor de este nódulo se acumula un distinto material mnémico, con frecuencia extraordinariamente amplio, a través del cual hemos de penetrar en el análisis, siguiendo, como indicamos antes, tres órdenes diferentes. Primeramente se nos impone la existencia de una ordenación cronológica lineal dentro de cada tema. (...) A esta agrupación de recuerdos de la misma naturaleza en una multiplicidad

⁶⁸ Freud, S. “*Estudios sobre la histeria*”, p. 160.

⁶⁹ A una figuración similar recurrirá Freud mucho después en 1917.

⁷⁰ Freud, S. “*Estudios sobre la histeria*”, p. 165.

linealmente estratificada, análoga a la constituida por un paquete de legajos, le he dado el nombre de formación de un tema. Ahora bien: estos temas muestran una segunda ordenación; se hallan concéntricamente estratificados en derredor del nódulo patógeno. (...) Son estratos de la misma resistencia, creciente en dirección al nódulo, y con ello, zonas de la misma modificación de la conciencia, a las cuales se extienden los demás temas dados. Los estratos periféricos contienen de los diversos temas aquellos recuerdos (o inventarios de recuerdos) que el sujeto evoca con facilidad, habiendo sido siempre conscientes. Luego, cuanto más profundizamos, más difícil se hace al sujeto reconocer los recuerdos emergentes, hasta tropezar, ya cerca del nódulo, con recuerdos que el enfermo niega aun al reproducirlos. (...) Hemos de mencionar todavía una tercera clase de ordenación (...). Es ésta la ordenación conforme al contenido ideológico, el enlace por medio de los hilos lógicos que llegan hasta el nódulo; enlace al que en cada caso puede corresponder un camino especial, irregular y con múltiples cambios de dirección. Esta ordenación posee un carácter dinámico, en contraposición del morfológico de las otras dos estratificaciones antes mencionadas. En un esquema espacial habrían de representarse estas últimas por líneas rectas o curvas, y, en cambio la representación del enlace lógico formaría una línea quebrada de complicadísimo trazado, que yendo y viniendo desde la periferia a las capas más profundas y desde éstas a la periferia, fuera, sin embargo, aproximándose cada vez más al nódulo, tocando antes en todas las estaciones”.⁷¹ Resaltan aquí términos como “hilos lógicos” o “enlaces”.

Para ser justos debemos señalar que Freud utiliza de manera dinámica el término “recuerdo” y no “representación” cuidándose de utilizar este último para referirse a la sustancia constituyente del núcleo patógeno. Pareciera ser que espera que el lector entienda el término *recuerdo* como una *reproducción* de la representación conflictiva que logra el acceso a la conciencia. Pero el recuerdo en tanto reproducción no deja de ser una *representación* con toda la fuerza del término. Podríamos pensar, apoyados sobre el significado más lato del término recuerdo, que un recuerdo es tal sólo en la medida que es conciente. Aventuramos a decir que en esta coyuntura el recuerdo es a la

⁷¹ Freud, S. “*Estudios sobre la histeria*”, p. 158.

representación patógena lo que el pescado es al pez. Sólo luego de la restitución del enlace asociativo se constituye el recuerdo, antes de eso, sólo habría representación inconsciente (en términos cualitativos).⁷² Entonces, la representación conflictiva se convierte en recuerdo sólo en el momento en que se restituye la ruta asociativa obstaculizada por la resistencia del yo del mismo modo que el pez se convierte en pescado una vez fuera del agua.

Nos hallamos aquí pues, en concordancia con lo vertido en *Las neuropsicosis de defensa*, más allá de los juegos descriptivos, en circunstancias donde tanto la conciencia o lo inconsciente son meras *cualidades* de los contenidos psíquicos.

“Proyecto de una psicología para neurólogos” (1895)

Para trazar un esbozo de las ideas centrales del *Proyecto* podemos decir tomando palabras de Ernst Kris que este ensayo se trata de “un intento consecuente de describir el funcionamiento del aparato psíquico como el de un sistema de neuronas, concibiendo todos sus procesos, en última instancia, como modificaciones cuantitativas. Mas estos procesos no están confinados meramente a la percepción y a la memoria, sino que comprenden el pensamiento y la vida afectiva, la psicopatología y la psicología normal, así como una primera teoría de los sueños, restringida, pero completa en múltiples aspectos”.⁷³

Como advertencia a su lectura⁷⁴ se indica que el mismo Freud años después de escribir este ensayo señaló que es necesario tener en cuenta que “todos los intentos realizados para deducir de estos hechos una localización de los procesos psíquicos, es decir, todos los intentos de concebir las ideas como

⁷² En este orden de cosas puede encuadrarse el siguiente pasaje: “Las representaciones procedentes de una mayor profundidad, que constituyen el nódulo de la organización patógena, son las que más trabajo cuesta al enfermo reconocer como recuerdos”. (Op. Cit. p. 165).

⁷³ Kris, E. “*Estudio preliminar*” en “*Los Orígenes del Psicoanálisis*” en Sigmund Freud, Obras Completas, Tomo 3, p. 3452. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

⁷⁴ En la “*Advertencia a la edición alemana*” precedente al ensayo.

almacenadas en las células nerviosas y las excitaciones como siguiendo el curso de las fibras nerviosas, han fracasado por completo”.⁷⁵

El modelo propuesto por Freud consiste en tres sistemas de neuronas con características y funciones diferentes en el procesamiento de estímulos, tantos internos como externos. Estos estímulos están representados por un monto de energía $Q\eta$ que fluye por el aparato de manera desigual según sea el sistema que atraviese. “Así, pues, existen neuronas permeables (que no ofrecen resistencia y que nada retienen), destinadas a la percepción, y neuronas impermeables (dotadas de resistencia y tentativas de cantidad $Q\eta$), que son portadoras de la memoria, y con ello, probablemente, también de los procesos psíquicos en general. Por consiguiente, llamaré al primer sistema de neuronas ϕ , y al segundo, ψ ”.⁷⁶ La memoria sería un efecto del paso de una elevada cantidad de $Q\eta$ por el sistema ψ . Freud llama *facilitación* al nivel de permeabilidad de una neurona al paso de una cantidad $Q\eta$. Luego se da lugar a un tercer sistema de neuronas, el sistema ω , que contaría con las neuronas responsables de la conciencia.

En la reflexión sobre las características de la conciencia y su funcionamiento Freud refiere que “la conciencia no nos daría una información completa ni fidedigna de los procesos neuronales, pues la totalidad de éstos debería ser considerada de primera intención como inconsciente y a ser inferida igual que todos los demás fenómenos naturales. En tal caso, sin embargo, el contenido de la conciencia habrá de ser situado en la serie de nuestros procesos ϕ cuantitativos. *La conciencia nos suministra ese algo que se ha dado en llamar cualidades, o sea, sensaciones que en una amplia gama de variedades son distintas y cuya alteridad es discernida en función de las relaciones con el mundo exterior.* En esta alteridad aparecen series, similitudes, etc., pero en realidad no hay en ella nada cuantitativo”.⁷⁷ Aquí es donde hace su aparición necesaria para la lógica del aparato el sistema ω responsable de la percepción de estas *cualidades* que generan conciencia: “Los sistemas ϕ y ψ actúan conjuntamente en la percepción; pero existe un proceso psíquico que evidentemente tiene lugar tan sólo en ψ ; me refiero a la reproducción, al

⁷⁵ Freud, S. (1895) “Proyecto de una psicología para neurólogos”, Obras Completas, Tomo 1, p. 210. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

⁷⁶ Freud, S. “Proyecto de una psicología para neurólogos”. p. 215.

⁷⁷ Freud, S. “Proyecto de una psicología para neurólogos”. p. 222.

recuerdo; mas precisamente este proceso se halla, en términos generales, desprovisto de cualidad. Normalmente el recuerdo no produce nada que posea el carácter peculiar de la cualidad perceptiva. De tal modo cobramos ánimo suficiente para admitir que podría existir un tercer sistema de neuronas («neuronas perceptivas» podría llamárselas), que serían excitadas juntamente con las otras en el curso de la percepción, pero no en el de la reproducción, y cuyos estados de excitación darían lugar a las distintas cualidades, o sea, que serían las *sensaciones conscientes*”.⁷⁸

Más adelante, valorando el escollo que le significa el incluir la conciencia dentro de su modelo neuronal Freud dice: “Solo mediante hipótesis tan complicadas y poco evidentes he podido hasta ahora incluir los fenómenos de la conciencia en el conjunto de la psicología cuantitativa. Naturalmente, es *imposible tratar de explicar por qué los procesos excitativos de las neuronas perceptivas (ωN) traen aparejada la conciencia*. Para nosotros sólo se trata de hallar en las neuronas perceptivas (ωN) procesos que coincidan con las características de la conciencia conocidas por nosotros y cuyas variaciones sean paralelas a las de ellas”.⁷⁹ Luego explica que “*La conciencia es aquí la faz subjetiva de una parte de los procesos físicos [que se desarrollan] en el sistema neuronal -a saber, de los procesos perceptivos (procesos ω)-, y su ausencia no dejaría inalterado el suceder psíquico, sino que entrañaría la ausencia de toda contribución del sistema W (ω)*”.⁸⁰

Es posible que donde más claro defina la interacción entre sistemas neuronales del *Proyecto* y lo propio de la conciencia, no sea allí mismo sino en la *carta 39*, dirigida a Fliess del 1° de enero de 1896. Allí le comenta a su amigo que “Las neuronas perceptivas (ω) son aquellas neuronas ψ que sólo tienen muy reducida capacidad de catexia cuantitativa. La condición necesaria para que se genere la conciencia es el encuentro simultáneo de estas cantidades mínimas con la cualidad que les es fielmente transferida del órgano terminal. En mi nuevo esquema inserto estas neuronas perceptivas (ω) entre las neuronas ϕ y las neuronas ψ , de modo que ϕ transfiera su cualidad a ω , mientras que ω no transfiere cualidad ni cantidad a ψ , sino que meramente

⁷⁸ Freud, S. “*Proyecto de una psicología para neurólogos*”. p. 222.

⁷⁹ Freud, S. “*Proyecto de una psicología para neurólogos*”. p. 224.

⁸⁰ Freud, S. “*Proyecto de una psicología para neurólogos*”. p. 224.

excita a ψ , o sea, que establece las vías que habrá de seguir la energía psíquica libre [de la atención]. Existen tres formas en que las neuronas pueden actuar las unas sobre las otras: 1) transfiriéndose mutuamente cantidad; 2) transfiriéndose mutuamente cualidad; 3) ejerciendo, de acuerdo con determinadas reglas, un mutuo efecto excitante.) De acuerdo con ello, *los procesos perceptivos implicarían eo ipso [por su propia naturaleza] la consciencia*, y sólo ejercerían otros efectos psíquicos después de su conscienciación. Los procesos ψ , en cambio, serían de por sí inconscientes, y sólo *ulteriormente adquirirían una consciencia secundaria, artificial, al ligarse con procesos de descarga y de percepción (asociación verbal)*.⁸¹

Pues bien, Freud contempla aquí la existencia de dos tipos de conciencia, una implicada directamente en el acto de percepción y otra, secundaria, propia del pensamiento cogitativo.

En síntesis, la conciencia resulta aquí inseparable de la función perceptiva del sistema ω , siendo éste sensible no a la cantidad $Q\eta$ sino a la *cualidad* propia de los *períodos* de los otros sistemas y a las sensaciones de la serie placer-displacer. *La conciencia primaria sería un efecto concomitante del proceso de percepción, del acto de percepción pura sin registro mnémico (por eso decimos que es sin sujeto)*, mientras que la secundaria o “artificial” requiere de la investidura de los restos mnémicos verbales, es decir, *necesita* de la memoria.

“Carta 52” (1896)

Esto último es desarrollado con mayor detalle en la carta a Fliess fechada el 6 de diciembre de 1896. Allí le manifiesta a su colega: “estoy trabajando sobre la presunción de que nuestro aparato psíquico se ha originado por un proceso de estratificación: el material existente en la forma de rastros mnemónicos experimentaría de tanto en tanto un reordenamiento de acuerdo con nuevas relaciones, en cierto modo una transcripción. Así, lo esencialmente nuevo en mi teoría es la afirmación de que la memoria no se

⁸¹ Freud, S. (1896) “Carta 39” en “*Los orígenes del Psicoanálisis*”, Obras Completas Tomo 3, p. 3530. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

encuentra en una versión única, sino en varias, o sea, que se halla transcrita en distintas clases de «signos». (...) He ilustrado todo esto en el siguiente esquema, en el que admito que las distintas transcripciones también están separadas en cuanto a las neuronas que son sus portadoras, aunque no por ello es necesario que estén separadas topográficamente”.⁸²

	I	II	III	
<u>Pcpc.</u>	<u>S.-pcpc.</u>	<u>Ics.</u>	<u>Pcs.</u>	<u>Consc.</u>
X X	X X	XX	X X	X X
X	X X	X	X	X
		X		

Las referencias que Freud da de cada uno de estos ítems son claras y concisas:

“Pcpc. son las neuronas en las cuales aparecen las percepciones, a las que se vincula la consciencia, pero que en sí mismas no retienen la menor traza de lo que sucede. En efecto: *la consciencia y la memoria se excluyen mutuamente.*”

S.-pcpc. [signo perceptivo] es el primer registro o transcripción de las percepciones, totalmente incapaz de llegar a ser consciente y estructurado de acuerdo con las asociaciones por simultaneidad.

Ics. (inconsciente) es el segundo registro o transcripción, ordenado de acuerdo con otras asociaciones, verbigracia, por relaciones causales. Los rastros ics. podrían corresponder a recuerdos conceptuales; también son inaccesibles a la consciencia.

Pcs. (preconsciente) es la tercera transcripción, *ligada a imágenes verbales* y correspondiente a nuestro yo oficial. Las catexias procedentes de este pcs. se consciencian de acuerdo con determinadas reglas. Esta *consciencia cogitativa secundaria es también cronológicamente secundaria y probablemente dependa de la activación alucinatoria de las imágenes verbales,*

⁸² Freud, S. (1896). “Carta 52” en “*Los orígenes del Psicoanálisis*”. Obras Completas, Tomo 3, p. 3551. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

de modo que también *las neuronas de la consciencia vendrían a ser neuronas perceptivas, desprovistas en sí mismas de memoria*".⁸³

La represión es resultante de una falta de traducción provocada por la defensa activada por el yo. Dice Freud: "La falta de traducción es lo que clínicamente conocemos por «represión». Su motivo es siempre la provocación del displacer que resultaría de la traducción efectuada, como si este displacer engendrara un trastorno del pensamiento que a su vez impediría el proceso de traducción. Dentro de una y la misma fase psíquica y entre transcripciones de una y la misma especie, actúa un tipo normal de defensa contra la generación del displacer. La defensa patológica, en cambio, se dirige únicamente contra los rastros mnemónicos de una fase anterior que aún no han sido traducidos. (...) Llegamos a la siguiente concepción: si un suceso A provocó determinado displacer cuando fue un hecho actual, entonces su transcripción mnemónica, A I o A II, llevará en sí el medio de impedir el desprendimiento de displacer cuando dicha transcripción vuelva a ser evocada".⁸⁴ Aquí podemos ver que la represión como ausencia o modificación de transcripción de una inscripción original no es compatible con la idea de movilidad de las representaciones propio del estilo metafórico de Freud que suele utilizar casi de continuo.

Lo importante a destacar de este escrito es la claridad con la que se puede distinguir a *las dos conciencias*. Cuando Freud indica que conciencia y memoria se excluyen mutuamente, se refiere a la conciencia asociada al acto de percepción. A este nivel, un trabajo de fijación de lo percibido interferiría con el acto percibir mismo, por lo que deja a una instancia posterior (cronológicamente) la labor de la impresión de huellas duraderas. Como señalábamos más arriba, esta conciencia asociada a la percepción es sin sujeto, pues carece de memoria. Por lo tanto, la segunda conciencia corresponde a la transcripción preconscious (Psc.), aquella que Freud adjudica ligada a imágenes verbales e identifica con la experiencia del yo. Es la conciencia cogitativa, del pensamiento, y depende, como señalábamos también en el apartado del *Proyecto*, de la activación de rastros mnemónicos de orden verbal.

⁸³ Freud, S. "Carta 52", p. 3551.

⁸⁴ Freud, S. "Carta 52", p. 3552.

“La etiología de la histeria” (1896)

“Hoy puedo yo completar mis afirmaciones añadiendo que la defensa consigue su intención de *expulsar de la conciencia* la representación intolerable cuando la persona de que se trata, sana hasta entonces, integra, en calidad de recuerdos inconscientes, escenas sexuales infantiles, y cuando la representación que ha de ser expulsada puede ser enlazada, lógica o asociativamente, a tal suceso infantil”.⁸⁵ Vemos aquí cómo Freud vuelve a utilizar un término de connotación tópica en su descripción de la defensa.

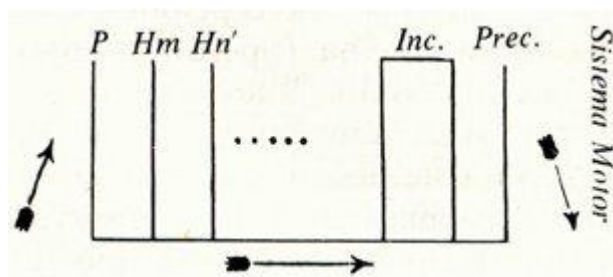
“La interpretación de los sueños” (1900)

En el célebre capítulo VII “*Sobre la psicología de los procesos oníricos*” es presentado un esquema del aparato psíquico bajo la forma de un “aparato reflector”⁸⁶ conocido como *primera tópica*. Su característica fundamental es la diferenciación en *instancias* o *sistemas* donde se oponen en los extremos, por un lado el polo motor o el acceso a la motilidad y por el otro el polo perceptivo. La instancia posterior al extremo perceptivo fijaría modificaciones permanentes en la estructura del aparato que son denominadas huellas mnémicas. Ya en el “*Proyecto de una Psicología...*” Freud señaló la gran dificultad que significaría que una misma instancia fije impresiones duraderas y simultáneamente esté disponible de manera continua para la percepción de nuevos estímulos, por lo que establece la independencia de estas funciones: “Distribuiremos, pues, estas dos funciones en sistemas distintos, suponiendo que los estímulos de percepción son acogidos por un sistema anterior del aparato que no conserva nada de ellos; esto es, que carece de toda memoria, y que detrás de este sistema hay otro que transforma la momentánea excitación del primero en huellas duraderas”.⁸⁷ Y para ilustrar esto introduce el célebre gráfico:

⁸⁵ Freud, S. (1896). “*La etiología de la histeria*”. Obras Completas, p. 310. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

⁸⁶ Freud, S. (1900). “*La interpretación de los sueños*”. Obras Completas, p. 673. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

⁸⁷ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*”. p. 673.



A partir de este momento se impone con mayor claridad una descripción tópica en donde las instancias son definidas según su relación con la conciencia. “Al último de los sistemas situados en el extremo motor le damos el nombre de *preconsciente* para indicar que sus procesos de excitación pueden pasar directamente a la conciencia siempre que aparezcan cumplidas determinadas condiciones; por ejemplo, la de cierta intensidad y cierta distribución de aquella función a la que damos el nombre de atención, etc. Este sistema es también el que posee la llave del acceso a la motilidad voluntaria. Al sistema que se halla detrás de él le damos el nombre de *inconsciente* porque no comunica con la conciencia sino a través de lo preconsciente, sistema que impone al proceso de excitación, a manera de peaje, determinadas transformaciones”.⁸⁸

Entre el sistema preconsciente y el inconsciente sitúa Freud una instancia crítica que ejerce la tarea de mantener separado de la conciencia el conjunto de representaciones reprimidas que insisten en cobrar expresión consciente al precio de generar sensación de displacer.

En este estado de cosas, durante la vigilia la propagación de la excitación se da de manera progresiva, es decir, desde la superficie perceptiva hasta el extremo motor responsable de la descarga. En el sueño, por el contrario, ocurre de manera inversa, regresiva. Bajo el influjo de la instancia censora la excitación generada por el “empuje” de las representaciones reprimidas no tiene más remedio que retroceder hasta el polo perceptivo, ocasión en la que se generan las diferentes sensaciones propias del sueño, de las cuales podemos decir que tenemos *conciencia* en la medida en que son posibles de recordar: “Por el camino de la regresión [el sueño] conquista la

⁸⁸ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*”. p. 675.

representabilidad. (...) al convertirse en un contenido de representaciones, consigue el sueño eludir el obstáculo que la censura y el estado de reposo le oponían en lo preconscious y logra atraer sobre sí la atención y ser advertido por la conciencia”.⁸⁹

En la *primera tópica* es posible distribuir de manera *espacial* al aparato, es decir, podemos pensarlo como desplegado topográficamente e intuir a partir de ello parte de la lógica de su funcionamiento. Al mismo tiempo es posible advertir que la dimensión dinámica se manifiesta allí en los intercambios y negociaciones entre las instancias a nivel de las representaciones y sus respectivos afectos, mientras que el aspecto económico se refiere a las variaciones en los montos de *energía psíquica* dentro del aparato, sus efectos y sus posibles causas.

Para Freud la cualidad de inconsciente es la esencia de los procesos anímicos, esto equivale a decir que la naturaleza propia de la actividad psíquica es inconsciente, contrariamente a lo sostenido históricamente por la filosofía y a lo postulado por la psicología “científica” de su época. Al respecto Freud señala: “Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real: *su naturaleza interna nos es tan desconocida como la realidad del mundo exterior y nos es dado por el testimonio de nuestra conciencia tan incompletamente como el mundo exterior por el de nuestros órganos sensoriales*”.⁹⁰ Finalmente, en esta primera exposición del aparato psíquico la actividad anímica general es inconsciente y sólo a partir de ciertas transformaciones y combinaciones precisas aplicadas a representaciones particulares se alcanzaría el acceso a la conciencia.

Freud define finalmente la relación percepción-conciencia y resume lo propio de la conciencia del siguiente modo:

“¿Qué misión queda, pues, en nuestra representación, a la conciencia, antes omnipotente y que todo lo encubría? Sencillamente la de *un órgano sensorial para la percepción de cualidades psíquicas*. Según la idea fundamental de nuestro esquema, no podemos considerar la percepción por la conciencia más que como la función propia de un sistema especial, al que designaremos como sistema Cc. Este sistema nos lo representamos compuesto por caracteres mecánicos, análogamente al sistema de percepción P; esto es,

⁸⁹ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*”. p. 694.

⁹⁰ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*”. p. 715.

excitable por cualidades e incapaz de conservar la huella de las modificaciones, o sea carente de memoria. *El aparato psíquico, que se halla orientado hacia el mundo exterior con el órgano sensorial de los sistemas P, es, a su vez, mundo exterior para el órgano sensorial de los sistemas Cc. cuya justificación teleológica reposa en esta circunstancia.* El principio de la serie de instancias, que parece dominar la estructura del aparato, nos sale aquí nuevamente al encuentro. *El material de excitaciones afluye al órgano sensorial Cc. desde dos partes diferentes; esto es, desde el sistema P, cuya excitación condicionada por cualidades pasa probablemente por una nueva elaboración hasta que se convierte en sensación consciente, y desde el interior del aparato mismo, cuyos procesos cuantitativos son sentidos como una serie de cualidades de placer y displacer cuando han llegado a ciertas transformaciones*”.⁹¹

De esta manera el sistema Cc. ejerce una función perceptiva, pero no la misma que el del sistema P. Aquí la conciencia percibe *cualidades psíquicas* del orden del placer y displacer provenientes del interior y del exterior del aparato, mientras que el sistema P está orientado con exclusividad hacia la recepción de estímulos del mundo exterior. En consecuencia, la percepción de la conciencia de lo exterior al aparato lo sería sólo de una cualidad psíquica resultante del “filtrado” del sistema P, en tanto que sólo éste es sensible a lo externo.

La separación de las funciones de percepción y conciencia fue tal hasta 1919, momento en que en una confusa nota al pie agregada en la edición de ese año, Freud señala que no resta más que asignarle al sistema posterior al preconsciente la función de la conciencia⁹²: “Continuando con el desarrollo de nuestro esquema lineal, hemos de suponer que el sistema siguiente al Prec. es aquel al que tenemos que adscribir la conciencia y que, por tanto $P = C$ ”.⁹³, lo que equivale a decir que en el sistema perceptivo reside la función de la conciencia, trastrocando el orden de las instancias del aparato e igualando aquello que estableció por separado desde el principio de su construcción teórica.

Si tomamos la propuesta de Freud arrojada en esa nota al pie y observamos un instante el esquema de la primera tópica, veremos que para que la *conciencia* ocupe el lugar asignado identificado con el polo perceptivo,

⁹¹ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*”. p. 717.

⁹² Merece ser recordado aquí que en la descripción lineal de la primera tópica lo que se halla inmediatamente después del sistema Pcc en sentido progrediente es el Polo Motor y no el Polo Perceptivo.

⁹³ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*” p. 675.

en lugar de continuar con una lógica *lineal*, habría que torcerlo hasta lograr la conexión entre sus extremos, describiendo de esta manera una suerte de cilindro, en cuya soldadura se ubicaría la conciencia. Esta modificación supone, en este tipo de representación gráfica en particular, un “salto topológico” de una concepción bidimensional a otra tridimensional. Por vez primera, la conciencia comenzaría a presentarse como diversa en su “sustancia” respecto al resto del aparato psíquico obligando a éste a someterse a severas distorsiones para poder incluirla en su lógica funcional. O, de manera mucho más sencilla, y por ello más probable, podría ser que Freud se esté refiriendo aquí, en esta homologación entre percepción y conciencia, a la conciencia primaria, automática, sin sujeto, la que no requeriría de tales torceduras ni *saltos topológicos*. Lo interesante a destacar es que esa intervención de 1919 resulta confusa tanto si la consideramos para la conciencia perceptiva como para la conciencia reflexiva, lo que a su vez pone de relieve lo problemático que le resultó a Freud, incluso varios años después lograr una exposición clara de su primera tópica. Retomaremos este asunto más adelante.

Sobre el objeto de percepción de la conciencia, las *cualidades psíquicas*, el autor precisa:

“La conciencia, que es como un órgano sensorial destinado a la percepción de *cualidades psíquicas*, es excitable durante la vida despierta desde dos puntos diferentes. En primer lugar, desde la periferia de todo el aparato, especialmente desde el sistema de la percepción, y además por las excitaciones placientes y displacientes que emergen como única cualidad psíquica en las transformaciones de energía desarrolladas en el interior del aparato. Los procesos de los sistemas Ψ y también los del Prec. carecen de toda cualidad psíquica y no son, por tanto, objeto de la conciencia, puesto que no desarrollan placer ni displacer ninguno que puedan constituir objeto de percepción. Habremos de decidirnos a suponer que estos desarrollos de placer y displacer regulan automáticamente el curso de los procesos de carga. Pero después hubo necesidad de hacer que el curso de las representaciones resultara más independiente de los signos de displacer para permitir funciones más sutiles. *Con este fin precisaba el sistema Prec. de cualidades propias que pudieran atraer a la conciencia, y las recibió muy verosímilmente por el enlace de los procesos preconcientes con el sistema mnémico, no desprovisto de cualidad, de los signos del idioma. Las cualidades de este sistema convierten a la conciencia, que antes no era sino un órgano sensorial para las percepciones, en órgano sensorial para una parte de nuestros procesos mentales.* Comprobamos ahora la

existencia de *dos superficies sensoriales*, orientada una hacia la percepción y la otra hacia los procesos mentales conscientes”.⁹⁴

Como vemos, esta doble superficie sensorial que constituye la conciencia es, pues, coincidente con el postulado de “las dos conciencias” del *Proyecto de una psicología para neurólogos*: la superficie orientada hacia la percepción correspondería a la conciencia sin sujeto concomitante al acto de percepción que no deja huella y la superficie orientada hacia los “procesos mentales” correspondería a la conciencia secundaria cogitativa propia de la investidura de huellas mnémicas de índole verbal. Resulta en este punto interesante señalar y recordar que en el esquema de la primera tópica no existe rastro ni referencia a esta doble superficie perceptiva llamada conciencia.

En relación estricta al modo en que se ejerce y sostiene la represión y la dinámica de las representaciones, Freud despeja las confusiones sobre en qué elemento del sistema recaería el *movimiento* señalando, a diferencia de lo descrito en la *Carta 52*, considerando que “cuando decimos que una idea inconsciente aspira a una traducción a lo preconsciente, para después emerger en la conciencia, no queremos decir que deba ser formada una segunda idea en un nuevo lugar. Asimismo queremos también *separar cuidadosamente de la emergencia en la conciencia toda idea de un cambio de localidad*. Cuando decimos que una idea preconsciente queda reprimida y acogida después por lo inconsciente, podían incitarnos estas imágenes a creer que realmente queda disuelta en una de las dos localidades psíquicas una ordenación y sustituida por otra nueva en la otra localidad. En lugar de esto, diremos ahora, en forma que corresponde mejor al verdadero estado de cosas, que una carga de energía es transferida o retirada de una ordenación determinada, de manera que el producto psíquico queda situado bajo el dominio de una instancia o sustraído al mismo. *Sustituimos aquí, nuevamente, una representación tópica por una representación dinámica; lo que nos aparece dotado de movimiento no es el producto psíquico, sino su inervación*”.⁹⁵

⁹⁴ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*”. p. 694.

⁹⁵ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*”, p. 714.

Hacia 1915 Freud volverá a introducir modificaciones en este punto al asignar lo esencial del contenido preconscious a su vinculación con la representación-palabra.

No obstante ello, lo importante a destacar aquí es el reconocimiento por parte de Freud de las dificultades que supone presentar un modelo tópico a los fines de la descripción cuando lo esencial del funcionamiento a describir tiene que ver con los aspectos dinámico y económico. A pesar de estas complicaciones considera “adecuado y justificado continuar empleando la representación plástica de los sistemas. (...) las ideas y los productos psíquicos en general no deben ser localizados en elementos orgánicos del sistema nervioso, sino, por decirlo así, *entre ellos*. Todo aquello que puede devenir objeto de nuestra percepción interior, es *virtual*, como la imagen producida por la entrada de los rayos luminosos en el antejo. *Los sistemas, que no son en sí nada psíquicos y no resultan nunca accesibles a nuestra percepción psíquica*, pueden ser comparados a las lentes del antejo, las cuales proyectan la imagen. Continuando esta comparación, correspondería la censura situada entre dos sistemas a la refracción de los rayos al pasar a un medio nuevo”.⁹⁶

Con respecto a la función de la *atención* y su vínculo con la conciencia Freud señala: “El acceso a la conciencia se halla enlazado con la atracción de determinada función psíquica -la atención-, la cual sólo es gastada, según parece, en cantidades determinadas, que en estos casos aparecerán desviadas de las ideas de referencia. Tales series de ideas pueden también ser sustraídas a la conciencia en la siguiente forma: por el ejemplo de nuestra reflexión consciente sabemos que con una determinada aplicación de la atención podemos recorrer cierto camino. Si por este camino llegamos a una representación que no soporta la crítica, lo interrumpiremos y suprimiremos la *carga psíquica de la atención*. Parece ser que la serie de ideas comenzada y abandonada puede entonces continuar desarrollándose sin que la atención vuelva a recaer sobre ella, a menos que alcance una intensidad particularmente elevada. (...) Estos procesos mentales son los que denominamos «preconscientes», y los consideramos como perfectamente correctos, pudiendo ser tanto procesos simplemente descuidados como otros

⁹⁶ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*”, p. 714.

rechazados e interrumpidos. Expondremos ahora en qué forma nos imaginamos el curso de las representaciones. *Creemos que determinada magnitud de excitación, a la que damos el nombre de energía de carga psíquica, es desplazada partiendo de una representación final a lo largo del camino asociativo elegido por esta representación.* Un proceso mental descuidado no ha recibido tal carga, y los reprimidos o rechazados han sido despojados de ella, quedándoles así únicamente sus propias excitaciones. El proceso mental provisto de un fin llega a ser susceptible, bajo determinadas condiciones, de *atraer sobre sí la atención de la conciencia* y recibe entonces por su mediación una «sobrecarga».⁹⁷ Entonces, la atención sería una carga adicional de energía psíquica de la cual se sirve la conciencia para otorgarle un monto transitorio de investidura mayor a las representaciones para facilitarle la expresión, análogo al acto de iluminar en la penumbra un objeto con un haz de luz con el fin de lograr verlo, pero sólo cuando alguna característica o movimiento de éste nos hace llevar la luz sobre él; las representaciones, entonces, sólo atraerían la atención de la conciencia superando un umbral determinado de investidura.

“El chiste y su relación con el Inconsciente” (1905)

En *La interpretación de los sueños* Freud había advertido las similitudes entre el mecanismo de elaboración de los sueños y el efecto cómico. Refiriéndose a los “errores mentales” o “procesos incorrectos”, define que no se trata más que de manifestaciones del proceso primario que logran acceder a la conciencia. Sobre ello dice: “el incremento de trabajo impuesto por la coerción de estos procesos primarios quedaría demostrado por el hecho de que cuando dejamos penetrar en la conciencia estas formas del pensamiento conseguimos un efecto cómico, o sea un exceso derivable por medio de la risa”.⁹⁸

Posteriormente en *El chiste y su relación con el Inconsciente* Freud señala que “Al descubrir que el carácter y el efecto del chiste se hallaban ligados a determinadas formas expresivas o medios técnicos, entre los cuales

⁹⁷ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*”, p. 705.

⁹⁸ Freud, S. “*La interpretación de los sueños*”, p. 712.

los más singulares eran las diversas especies de condensación, desplazamiento y representación indirecta, vimos que procesos de idénticos resultados nos eran ya conocidos como peculiares a la elaboración de los sueños. Coincidencia tal tiene que hacernos deducir que *la elaboración del chiste y la de los sueños han de ser idénticas*, por lo menos en un punto esencial”.⁹⁹ Al establecer esta similitud concluye: “La regresión del proceso mental a la percepción falta seguramente en el chiste; mas los otros dos estadios de la elaboración de los sueños, el descenso de un pensamiento preconsciente a lo inconsciente y la elaboración inconsciente, nos proporcionarían, transportados a la elaboración del chiste, idénticos resultados a los que en la misma podemos observar. Nos decidiremos, por tanto, a suponer que el proceso de la formación del chiste en la primera persona es el siguiente: *un pensamiento preconsciente es abandonado por un momento a la elaboración inconsciente, siendo luego acogido en el acto el resultado por la percepción consciente*”.¹⁰⁰

El chiste resultaría ser pues, una formación del inconsciente, análoga a la elaboración onírica, que utiliza principalmente representaciones verbales y que tiene lugar durante la vigilia. Metapsicológicamente hablando, el chiste guardaría claras similitudes con la formación del sueño, siendo su objetivo la ganancia de placer al encontrar por su intermedio expresión ideas inconscientes de índole infantil que pugnan por manifestarse.

Nos encontramos en este ensayo, finalmente, con el mismo aparato psíquico que en *La interpretación de los sueños* y con sus mismos principios de funcionamiento.

“Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión” (1910)

La ceguera solía manifestarse como el síntoma principal de algunos histéricos. Freud refiere que existían indicios para sospechar que tal

⁹⁹ Freud, S. (1905). “*El chiste y su relación con el Inconsciente*”. Obras Completas, p. 1123. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹⁰⁰ Freud, S. “*El chiste y su relación con el Inconsciente*”. p. 1123.

impedimento visual no era total sino que estaba en plena relación con el conflicto psíquico en curso, evidencia que confirma la organización del aparato psíquico dividido entre consciente e inconsciente, y es así que explica: “Los estímulos ejercidos sobre el ojo ciego pueden determinar eficazmente ciertas consecuencias psíquicas, por ejemplo, provocar afectos, aunque éstos no resulten ser conscientes. Así, pues, los atacados de ceguera histérica *sólo son ciegos para la conciencia; en lo inconsciente continúan viendo*”.¹⁰¹

La escuela francesa intentaba explicar tan singular fenómeno por medio de los efectos de la sugestión. Freud no acuerda con ello y señala que “los histéricos no ciegan a causa de la representación autosugestiva correspondiente, sino a consecuencia de la disociación entre los procesos inconscientes y los conscientes en el acto de la visión; su idea de no ver es la expresión exacta de la situación psíquica y no la causa de tal situación”.¹⁰²

Freud adjudica la etiología de estos trastornos a un conflicto de índole pulsional y explica: “Así, pues, si los trastornos psicógenos de la visión reposan, como hemos hallado, sobre el hecho de que ciertas representaciones enlazadas a la visión permanecen alejadas de la conciencia, la opinión psicoanalítica habrá de suponer que tales representaciones han entrado en pugna con otras más fuertes, a las que reunimos bajo el nombre del *yo* como concepto común, diferentemente compuesto en cada caso, y han sucumbido así a la represión. (...) Hemos dedicado atención a la significación de los instintos para la vida ideológica y hemos descubierto que cada *instinto*¹⁰³ intenta imponerse, avivando las representaciones adecuadas a sus fines. Estos instintos no se muestran siempre compatibles unos con otros, y sus intereses respectivos entran muchas veces en conflicto”.¹⁰⁴

Ya habiendo sido descritas en sus características y diferencias las pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas, Freud establece: “Cuando el instinto sexual parcial que se sirve de la visión llega a provocar con sus exigencias la defensa de los instintos del *yo*, dando lugar a la represión de las representaciones en las cuales se manifiesta su tendencia, *queda perturbada*

¹⁰¹ Freud, S. (1910). “Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión”. Obras Completas, p. 1631. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹⁰² Freud, S. “Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión”. p. 1632.

¹⁰³ Por convención tomaremos el término “*instinto*” de esta traducción como sinónimo de “*pulsión*”, siendo el primero entendido como el segundo, a menos que se indique expresamente de otro modo.

¹⁰⁴ Freud, S. “Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión”. p. 1632.

de un modo general la relación de los órganos visuales y de la visión con el yo y con la conciencia. El yo pierde su imperio sobre el órgano, el cual se pone por entero a la disposición del instinto sexual reprimido. Parece como si el yo llevara demasiado lejos la represión, no queriendo tampoco ver desde que las tendencias sexuales se han impuesto a la visión. Mas, por nuestra parte, preferimos otra explicación que transfiere la actividad al otro instinto a la tendencia sexual visual reprimida. Este instinto reprimido se venga de la coerción opuesta a su desarrollo psíquico, intensificando su dominio sobre el órgano puesto a su servicio. La pérdida del dominio consciente del órgano es una sustitución nociva de la represión fracasada sólo a este precio posible”.¹⁰⁵

Vemos aquí la primera referencia directa sobre el modo en que un *conflicto pulsional* ejerce su influencia sobre lo somático, invistiendo cada una a representaciones que resultan ser perturbadoras para el yo o incompatibles entre sí, provocando su ulterior represión y el síntoma derivado de ella.

Agregaremos una observación que no podemos soslayar: si en lo inconsciente estos sujetos histéricos continúan viendo es equivalente a decir que experimentan una percepción de la que no llega noticia a la conciencia. Asistimos nuevamente, entonces, a la separación entre conciencias: esta *percepción inconsciente* correspondería a la conciencia perceptiva, claramente aquí, sin sujeto, y estaría suspendida por acción del síntoma histérico la contrapartida cogitativa de tal percepción.

“Los dos principios del funcionamiento mental” (1911)

En este ensayo de naturaleza especulativa, Freud intenta explicar la creciente influencia de la *realidad* como función psíquica y las modificaciones que por ello introdujo en el aparato psíquico a lo largo de su evolución.

Ubicando a la represión en la génesis de las neurosis señala: “El neurótico se aparta de la realidad o de un fragmento de la misma porque se le hace intolerable. (...) Se nos plantea, pues, la labor de investigar la trayectoria de la relación del neurótico, y en general de todos los hombres, con la realidad,

¹⁰⁵ Freud, S. “Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión”, p. 1634.

y acoger así, en el cuerpo de nuestras teorías, la significación psicológica del mundo exterior real”.¹⁰⁶

Refiriéndose a los procesos primarios como residuos de una fase evolutiva anterior donde eran los únicos que regían el funcionamiento del aparato, Freud introduce por vez primera el término *principio del placer*: “No es difícil reconocer la tendencia a que estos procesos primarios obedecen, tendencia a la cual hemos dado el nombre de principio del placer. Tienden a la consecución de placer, y la actividad psíquica se retrae de aquellos actos susceptibles de engendrar displacer (represión)”.¹⁰⁷

Luego, en un tiempo posterior, al aparato le resultó insuficiente e insatisfactorio el recurso primario a la alucinación para reducir la tensión psíquica acumulada teniendo por esto que conciliar con el mundo exterior a los fines de la descarga: “La decepción ante la ausencia de la satisfacción esperada motivó luego el abandono de esta tentativa de satisfacción por medio de alucinaciones, y para sustituirla tuvo que decidirse el aparato psíquico a representar las circunstancias reales del mundo exterior y tender a su modificación real. Con ello quedó introducido un nuevo principio de la actividad psíquica. No se representaba ya lo agradable, sino lo real, aunque fuese desagradable. Esta introducción del *principio de la realidad* trajo consigo consecuencias importantísimas”.¹⁰⁸

Una de estas consecuencias es resultado de las nuevas adaptaciones impuestas por la realidad a los efectos de su justa percepción. Freud detalla esos cambios: “La mayor importancia adquirida por la realidad externa elevó también la de los órganos sensoriales vueltos hacia el mundo exterior y la de la conciencia, instancia enlazada a ellos, que hubo de comenzar a aprehender ahora las cualidades sensoriales y no tan sólo las de placer y displacer, únicas interesantes hasta entonces. Se constituyó una función especial *-la atención-*, cuyo cometido consistía en tantear periódicamente el mundo exterior, para que los datos del mismo fueran previamente conocidos en el momento de surgir una necesidad interna inaplazable. Esta actividad sale al encuentro de las impresiones sensoriales en lugar de esperar su aparición. Probablemente se

¹⁰⁶ Freud, S. (1911). “*Los dos principios del funcionamiento mental*”. Obras Completas, p. 1638. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹⁰⁷ Freud, S. “*Los dos principios del funcionamiento mental*”. p. 1638.

¹⁰⁸ Freud, S. “*Los dos principios del funcionamiento mental*”. p. 1638.

estableció también, al mismo tiempo, un sistema encargado de anotar los resultados de esta actividad periódica de la conciencia, una parte de lo que llamamos *memoria*".¹⁰⁹

Continúa precisando que "en lugar de la represión que excluía de toda carga psíquica una parte de las representaciones emergentes, como susceptibles de engendrar displacer, surgió el *discernimiento*, instancia imparcial propuesta a decidir si una representación determinada es verdadera o falsa, esto es, si se halla o no de acuerdo con la realidad, y que lo decide por medio de su comparación con las huellas mnémicas de la realidad".¹¹⁰

Y aquí se dan las condiciones para el surgimiento más importante: "El aplazamiento, necesario ahora, de la descarga motora (de la acción) fue encomendado al proceso del *pensamiento, surgido de la mera representación*. Esta nueva instancia quedó adornada con cualidades que permitieron al aparato anímico soportar el incremento de la tensión de los estímulos durante el aplazamiento de la descarga. Mas para ello se hacía necesaria una transformación de las cargas libremente desplazables en cargas fijas, y esta transformación se consiguió mediante una elevación del nivel de todo el proceso de carga. *El pensamiento era, probablemente, en un principio, inconsciente* en cuanto iba más allá de la presentación ideativa, y estaba dirigida a las relaciones entre impresiones de objetos, y *sólo con su enlace a los restos verbales recibió otras cualidades perceptibles por la conciencia*".¹¹¹

Según la especulación de Freud, hasta este punto, donde imperaba el principio del placer y el proceso primario subsidiario de éste, la conciencia del aparato es la asociada a la percepción pura, sin un Yo. Con la paulatina imposición del principio de realidad resultó necesario el registro de los acontecimientos a los fines del discernimiento, es así que surgió la memoria, y por medio de las asociaciones de representaciones de orden verbal se dieron las condiciones para el surgimiento de la *conciencia cogitativa o autorreflexiva*, con su instrumento inseparable, la atención. Lo cual, todo en conjunto, conformarán más adelante para Freud las circunstancias de la emergencia del Yo como instancia psíquica diferenciada.

¹⁰⁹ Freud, S. "Los dos principios del funcionamiento mental". p. 1639.

¹¹⁰ Freud, S. "Los dos principios del funcionamiento mental", p. 1639.

¹¹¹ Freud, S. "Los dos principios del funcionamiento mental". p. 1640.

“Introducción al narcisismo” (1914)

Para comprender al narcisismo en términos de la conciencia es preciso ajustar antes algunas definiciones tales como las de *libido* y *objeto*.

Freud define el concepto de libido como “una fuerza cuantitativamente variable, que nos permite medir los procesos y las transformaciones de la excitación sexual”.¹¹² En otro lugar especifica: “Dimos el nombre de “libido” a los revestimientos o catexis de energía que el yo destaca a los objetos de sus deseos sexuales (...)”.¹¹³ Atendidos a esto, debemos conceder que la libido responde a un fenómeno estrictamente inconsciente, remite a la representación psíquica de la energía de investidura propia de la pulsión que catectiza a las representaciones del aparato.

Establecido esto es posible diferenciar dos tipos de libido según el soporte representacional que ésta invista, aunque esencialmente sean de la misma naturaleza, ellas son, la libido de objeto y la libido yoica o narcisista. Éstas se corresponden respectivamente a las pulsiones llamadas sexuales y a las pulsiones de autoconservación. La relación proporcional entre estas dos clases es de orden inverso, mientras una aumenta la otra disminuye, siendo los dos extremos de este espectro, por un lado el *enamoramiento*, ocasión donde se sobrecarga al objeto amado empobreciendo la carga de libido del yo, y por otro, las denominadas *psicosis narcisistas* donde se retira toda carga libidinal de los objetos externos para depositarse finalmente en el yo. Respecto a las condiciones iniciales, Freud señala: “La libido del yo o libido narcisista aparece como una gran represa de la cual parten las corrientes de revestimiento del objeto y a la cual retornan. *El revestimiento del yo por la libido narcisista se nos muestra como el estado original*, que aparece en la primera infancia y es encubierto por las posteriores emanaciones de la libido, pero que en realidad permanece siempre latente detrás de las mismas”.¹¹⁴

¹¹² Freud, S. (1905). “*Tres ensayos para una teoría sexual*”. Obras Completas, p. 1221. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹¹³ Freud, S. (1917) “*Lecciones introductorias al psicoanálisis*”, *Lección XXVI: “La teoría de la libido y el narcisismo*”, Obras Completas, p, 2381. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹¹⁴ Freud, S. “*Tres ensayos para una teoría sexual*”. p. 1222.

El término *objeto* es polisémico, puede referirse tanto al medio por el cual la pulsión alcanza la satisfacción como al modelo sobre el que se efectúa una identificación o a la persona amada u odiada. Tomaremos el último de estos casos para intentar entender la relación entre narcisismo, libido y conciencia.

El objeto entendido como la representación psíquica de la persona amada es depositario de grandes montos de libido que, como señalábamos más arriba, puede derivar en su paroxismo en el *enamoramiento*, granjeándose a expensas del yo casi la totalidad de ella dejando a éste exangüe. Como suele ocurrir, los procesos patológicos o traumáticos tienen por costumbre poner en evidencia el funcionamiento del psiquismo resaltando las funciones relativas de cada uno de sus componentes. En esta ocasión tomaremos el caso de la pérdida de la persona amada y el dolor psíquico que esto provoca al sujeto.

Nasio llama a esto *dolor de amar* y lo define como “el afecto que resulta de la ruptura brutal de vínculo que nos une al ser amado”.¹¹⁵ Con mayor precisión metapsicológica se refiere al dolor de amar como “el afecto que traduce en la conciencia la autopercepción que tiene el yo de la conmoción provocada por la pérdida. (...) El dolor de amar es el afecto que traduce en la conciencia la reacción defensiva del yo cuando, estando éste conmocionado, lucha para reencontrarse. Aquí el dolor es una reacción. (...) Ante el desbaratamiento de las pulsiones provocado por la pérdida del objeto amado, el yo se yergue: apela a todas sus fuerzas vivas y las concentra en un único punto, en la de *la representación psíquica del ser querido*”.¹¹⁶ Luego explica el aspecto económico que genera el trauma: “La reacción del yo (...) se descompone en dos movimientos: un vaciamiento súbito de toda su energía (movimiento de desinversión) y una polarización de toda esa energía en la imagen de un detalle de la persona amada (movimiento de sobreinversión). El dolor mental es, por tanto el resultado, de una doble reacción defensiva: el yo retira súbitamente la inversión de casi la totalidad de sus representaciones para sobreinvertir masivamente una única representación, la del ser amado que ya no está”.¹¹⁷

¹¹⁵ Nasio, J. (2007). “*El dolor de amar*” p. 31. Barcelona. Editorial Gedisa.

¹¹⁶ Nasio, J. “*El dolor de amar*”, p. 35.

¹¹⁷ Nasio, J. “*El dolor de amar*”, p. 37.

Lo importante de todo esto es que el objeto, el otro amado o aquello que contingentemente sea medio para la satisfacción¹¹⁸ de la libido, es una *representación psíquica*. La libido inviste y desinviste las representaciones de objeto según las circunstancias; estos movimientos, que son de naturaleza inconsciente, producen un desbalance transitorio de la economía psíquica generando lo que la conciencia percibe como dolor o displacer.

Ahora bien, Freud describe al narcisismo como un estadio normal del desarrollo de la libido donde la satisfacción se encuentra a través de la estimulación del mismo órgano del que parte la pulsión parcial. A este circuito cerrado le llama *autoerotismo*, así es que el niño no necesita del otro para hallar satisfacción a la tensión (displacer) generada por la pulsión. El autoerotismo es un recurso primitivo, constitucional, previo al desarrollo del yo. Dice de esto Freud: “haremos ya observar que la hipótesis de que en el individuo no existe, desde un principio, una unidad comparable al yo, es absolutamente necesaria. El yo tiene que ser desarrollado. En cambio, los instintos autoeróticos son primordiales”.¹¹⁹ Este estado de cosas, previo a la construcción del yo, donde el autoerotismo es un modo posible de satisfacción de las pulsiones parciales a expensas del objeto es llamado *narcisismo primario*. La relación de este narcisismo primario con la conciencia es clara: la única conciencia posible a esas alturas es la conciencia perceptiva en la medida en que el yo no ha sido desarrollado aún.

Las exigencias y avatares del mundo exterior hacen que el individuo se diferencie progresivamente del otro, así construye su yo distinguiendo lo que le pertenece y lo que no. El otro que lo acuna y alimenta, por esa misma razón, es investido libidinalmente, dando lugar a la primera relación de objeto. Posteriormente, parte de esa carga libidinal se deposita en el yo invistiéndolo como un objeto. La salida del narcisismo primario resulta necesaria, el sujeto toma nota de que el otro tiene otros deseos que él por sí mismo no logra colmar. Para recuperar la plenitud perdida el sujeto intentará hacerse amar por el otro, pero esto no será posible sin cumplir con las exigencias del *yo ideal*. Freud describe este yo ideal de la siguiente manera: “Hemos dicho que la

¹¹⁸ El objeto “fetiche”.

¹¹⁹ Freud, S. (1914). “*Introducción al narcisismo*”. Obras Completas, p. 2019. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

represión parte del yo, pero aún podemos precisar más diciendo que parte de la propia autoestimación del yo. Aquellos mismos impulsos, sucesos, deseos e impresiones que un individuo determinado tolera en sí o, por lo menos, elabora conscientemente, son rechazados por otros con indignación o incluso ahogados antes que puedan llegar a la conciencia. Pero la diferencia que contiene la condición de la expresión puede ser fácilmente expresada en términos que faciliten su consideración desde el punto de vista de la teoría de la libido. Podemos decir que uno de estos sujetos ha construido en sí un ideal, con el cual compara su yo actual, mientras que el otro carece de semejante ideal. La formación de un ideal sería, por parte del yo, la condición de la represión”. “A este yo ideal se consagra el amor ególatra de que en la niñez era objeto el yo verdadero. *El narcisismo aparece desplazado sobre este nuevo yo ideal*, adornado, como el infantil, con todas las perfecciones”.¹²⁰ Y define: “Aquello que proyecta ante sí como su ideal es la sustitución del perdido narcisismo de su niñez, en el cual era él mismo su propio ideal”.¹²¹ Por lo tanto, *el yo ideal no sería más que un objeto construido y diferenciado del yo e investido libidinalmente*.

Freud refiere que, como es de esperar, el hombre es incapaz de renunciar a la satisfacción que alguna vez ha experimentado y que pondrá todos los recursos posibles para sostener aquellas satisfacciones. “No sería de extrañar que encontrásemos una instancia psíquica especial *encargada de velar por la satisfacción narcisista en el yo ideal* y que, en cumplimiento de su función, *vigile de continuo el yo actual y lo compare con el ideal*. Si tal instancia existe, no nos sorprenderá nada descubrirla, pues reconoceremos en el acto en ella aquello a lo que damos el nombre de conciencia (moral)”.¹²²

El asunto se aclara cuando Freud señala las condiciones de la génesis de este ideal: “El estímulo para la formación del yo ideal, cuya vigilancia está encomendada a la conciencia¹²³, tuvo su punto de partida en la influencia crítica ejercida, de viva voz, por los padres, a los cuales se agrega luego los educadores, los profesores y, por último, toda la multitud innumerable de las personas del medio social correspondiente (los compañeros, la opinión

¹²⁰ Freud, S. “Introducción al narcisismo”, p. 2028.

¹²¹ Freud, S. “Introducción al narcisismo”, p. 2028.

¹²² Freud, S. “Introducción al narcisismo”, p. 2029.

¹²³ Aquí debe interpretarse el término como conciencia “moral”.

pública). De este modo *son atraídas a la formación del yo ideal narcisista grandes magnitudes de libido esencialmente homosexual y encuentran en la conservación del mismo una derivación y una satisfacción*. La institución de la conciencia moral fue primero una encarnación de la crítica parental y luego de la crítica de la sociedad, un proceso como el que se repite en la génesis de una tendencia a la represión, provocada por una prohibición o un obstáculo exterior”.¹²⁴

Finalmente explica: “La evolución del yo consiste en un alejamiento del narcisismo primario y crea una intensa tendencia a conquistarlo de nuevo. Este alejamiento sucede por medio del *desplazamiento de la libido sobre un yo ideal impuesto desde el exterior, y la satisfacción es proporcionada por el cumplimiento de este ideal*. Simultáneamente ha destacado el yo las cargas libidinosas de objeto. Se ha empobrecido en favor de estas cargas, así como del yo ideal, y se enriquece de nuevo por las satisfacciones logradas en los objetos y por el cumplimiento del ideal”.¹²⁵

La valoración que un sujeto pueda hacer de sí mismo estará mediatizada, pues, por la satisfacción libidinal derivada del cumplimiento de la exigencia del yo ideal, ese heredero del narcisismo primitivo. Este narcisismo mediatizado es denominado entonces, *narcisismo secundario*.

Como se expuso más arriba, las investiduras y desinvestaduras, y agregamos ahora, satisfacciones o insatisfacciones de la libido ocasionan desequilibrios temporales en la economía del aparato psíquico que son percibidas por la conciencia como cualidades del orden placer-displacer o dolor. Podemos pensar que aquí, a esta altura del desarrollo teórico, la conciencia (cogitativa) acusa recibo de esas alteraciones económicas del yo, es decir, de sus *fluctuaciones narcisísticas*, en términos del placer apalabrado del éxito y del displacer apalabrado del fracaso en las empresas dirigidas al cumplimiento del yo ideal. Posteriormente con la introducción de la segunda tópica, el Superyó reconfigurará este estado de cosas, asunto del que nos ocuparemos más adelante.

¹²⁴ Freud, S. “Introducción al narcisismo”, p. 2030.

¹²⁵ Freud, S. “Introducción al narcisismo”, p. 2032.

“Los instintos y sus destinos” (1915)

En este ensayo Freud intenta describir la naturaleza de la pulsión y sus características, es así que define: “Si consideramos la vida anímica desde el punto de vista biológico, se nos muestra el «instinto» como un concepto límite entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al alma, y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático”.¹²⁶

La pulsión es por entero inconsciente, sólo resulta asequible a nuestro entendimiento a partir de caracteres que se manifiestan en la experiencia apremiante de la acción dirigida a su satisfacción. Estos caracteres de la pulsión son, la *perentoriedad* (o esfuerzo), el *fin*, el *objeto* y la *fuentes*.

La perentoriedad hace referencia al carácter imperioso de la necesidad de disolución de la tensión. Es, dice Freud, su *factor motor*, “la suma de fuerza o la cantidad de exigencia de trabajo que representa”.¹²⁷ El fin de la pulsión es siempre la satisfacción, suponiendo ésta la cancelación de la estimulación ejercida por el órgano fuente de la necesidad, experiencia que se percibe como distensión. Por su parte, el objeto de la pulsión es *la cosa* por medio de la cual se alcanza la satisfacción, no siendo predeterminada y no guardando ninguna relación con la pulsión más que su contingente conveniencia para facilitar la satisfacción.

Finalmente, la fuente refiere al proceso somático responsable de la excitación representado en el psiquismo por la agencia representante de la pulsión. Freud desestima detallar las cualidades de la fuente por considerarla circunscripta al dominio exclusivo de la biología.

El yo ofrece diversas modificaciones y dilaciones a la descarga directa de la pulsión por experimentarla, en diversos casos, muchos de ellos de orden cultural, como peligrosa y angustiante. Por ello es que Freud considera a los destinos de la pulsión como de carácter defensivo por lo displacentero que

¹²⁶ Freud, S. (1915). “Los instintos y sus destinos”. Obras Completas, p. 2041. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹²⁷ Freud, S. “Los instintos y sus destinos”, p. 2042.

resultaría la experiencia de conceder satisfacción a la pulsión sin ningún tipo de transformación: “Por fuerzas motivacionales que actúan en contra de llevar a buen término un instinto en forma no modificada, podemos representarnos también sus destinos como modalidades de la *defensa* contra los instintos”.¹²⁸ Propone como destinos de la pulsión cuatro alternativas, *la transformación en lo contrario, la orientación hacia la propia persona, la represión y la sublimación.*

Sin interés de entrar en detalles sobre cada uno de estos casos, podemos señalar, en relación al tema que nos atañe, que *el vínculo entre la pulsión y la conciencia esta dada sencillamente por la experiencia relativa a la acción que se dirige a su satisfacción.* Al sujeto se le impone a nivel conciente por medio del principio de realidad, tomando por caso las pulsiones de autoconservación, que para saciar (*fin, satisfacción*) su hambre (*perentoriedad*) deberá ingerir alimento (*objeto*). En el caso de la pulsión sexual genital, también merced al principio de realidad, el sujeto distingue concientemente aquel objeto (persona u objeto fetiche) apropiado para acceder a la satisfacción de su necesidad perentoria.

Una vez más, las tensiones generadas por la exigencia pulsional son percibidas por la conciencia como cualidades displacenteras. El auxilio del principio de realidad y la actividad cogitativa verbal asociada a él, permite entonces al sujeto identificar en el mundo exterior el objeto adecuado para la descarga de la tensión que se traduce en placer, experiencia que, por quedar registrada en la memoria del sujeto, será repetida cada vez que surja la urgencia.

Pero la existencia de estas características de la pulsión sólo fue posible de inferir a partir del movimiento defensivo que acciona la posibilidad displacentera de la descarga. Es, pues, a partir de los destinos potenciales de la pulsión que se deduce la naturaleza de ésta. En la medida en que son acciones defensivas, al sujeto no le resulta posible asociar el efecto de la defensa con la pulsión (sexual, de índole infantil) que la activa. A nivel conciente sólo se experimenta el síntoma sin tener mayor noticia de su etiología, y en el mejor de los casos, el sujeto no se entera de nada de ello si el

¹²⁸ Freud, S. “*Los instintos y sus destinos*”, p. 2044.

destino es la sublimación de la pulsión. Al final de cuentas, si pensamos en destinos de pulsión pensamos en defensas contra la pulsión, y el objetivo de la defensa, no es, ni más ni menos que mantener lejos de la conciencia las representaciones investidas por la pulsión que producirían displacer al acceder a aquella.

“La represión” (1915)

Freud señala que la condición para que se lleve a cabo la represión es que “la fuerza motivacional de displacer adquiera un poder superior a la del placer producido por la satisfacción”.¹²⁹ Además, precisa que la represión no es un mecanismo defensivo que estuviese presente desde el inicio, sino que sólo es posible a posteriori de la separación psíquica entre lo consciente y lo inconsciente, y define que “*la esencia de la represión consiste exclusivamente en rechazar y mantener alejados de lo consciente a determinados elementos*”.¹³⁰

Freud considera tener evidencia suficiente para suponer la existencia de una represión previa, una *represión primaria*, fundante del psiquismo, y la define como “consistente en que a la representación psíquica del instinto se le ve negado el acceso a la conciencia. Esta negativa produce una fijación, o sea que la representación de que se trate perdura inmutable a partir de este momento, quedando el instinto ligado a ella”.¹³¹ Sobre la represión primaria específicamente nos ocuparemos más adelante.

Entonces, la represión propiamente dicha es sólo una *represión secundaria* que recae sobre las derivaciones asociadas directa o indirectamente a la representación reprimida en primer término, razón por la cual Freud se refiere a esta represión como una *fuerza opresiva*, una fuerza vectorizada en dirección opuesta al esfuerzo atractivo que lo primitivamente reprimido ejerce sobre las representaciones que guardan cierta proximidad. “La tendencia a la represión no alcanzaría jamás sus propósitos si estas dos

¹²⁹ Freud, S. (1915). “*La represión*”. Obras Completas, p. 2054. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹³⁰ Freud, S. “*La represión*”, p. 2054. La cursiva es de Freud.

¹³¹ Freud, S. “*La represión*”, p. 2054.

fuerzas no actuasen de consuno y no existiera algo primitivamente reprimido que se halla dispuesto a acoger lo rechazado por lo consciente”.¹³² A nivel operativo la represión sólo actuaría impidiendo el acceso a lo conciente, sin perjuicio de que en lo inconsciente pueda expandirse y entrar en conexión diferentes grupos de representaciones.

En términos económicos, el establecimiento y sostenimiento de la represión significa un gasto continuo de energía en sentido contrario al esfuerzo de lo reprimido por lograr expresión conciente. Freud agrega a esto que el factor cuantitativo de energía asociada a la representación es determinante del desencadenamiento del conflicto y con éste la acción represiva.

Este estudio lleva a Freud a concebir a la pulsión como compuesta, además de la representación o idea, de un *montante de afecto*. El afecto puede ser definido como “la expresión cualitativa de la cantidad de energía pulsional y de sus variaciones”.¹³³ Esta expresión cualitativa se correspondería con la manifestación de una afectividad tanto placentera como displacentera de manera transitoria o general.

Freud señala que el destino del monto de afecto y de la representación en la represión no es compartido y que hay que pesquisarlos separadamente. La representación tiene por destino la desaparición del campo de la conciencia o la restricción del acceso a ella. Para el afecto enumera tres posibilidades: “(a) El instinto puede quedar totalmente reprimido y no dejar vestigio alguno observable; (b) puede aparecer bajo la forma de un afecto cualitativamente coloreado de una forma u otra, y (c) puede ser transformado en angustia. Estas dos últimas posibilidades nos fuerzan a considerar la transformación de las energías psíquicas de los instintos en afectos, y especialmente en angustia, como un nuevo destino de los instintos”.¹³⁴ Si el afecto puede ser convertido en angustia, entonces la represión deberá actuar sobre aquél si procura evitar el displacer, quedando la representación relegada a un segundo plano de importancia.

¹³² Freud, S. “*La represión*”, p. 2054.

¹³³ Laplanche, J., Pontalis, J. (1967). “*Diccionario de psicoanálisis*”, p. 11. Buenos Aires. Paidós.

¹³⁴ Freud, S. “*La represión*”, p. 2057.

En este ensayo Freud evita expresarse en términos tópicos para desarrollar su exposición en términos dinámicos y económicos. De este modo postula la hipótesis dinámica de la oposición de fuerzas y la económica del gasto continuo de energía psíquica para sostener tal equilibrio. Presenta a la represión entonces como el brazo ejecutor fluido, móvil y sensible de un centinela psíquico que mide constantemente los incrementos de los niveles de energía psíquica que amenazan al equilibrio económico del aparato, y que obliga, por otro lado, a las representaciones reprimidas que pugnan por el retorno o a las originalmente inconscientes a someterse a significativas distorsiones para superar su criterio restrictivo.

Esencialmente, para Freud, la acción represiva consiste en la sustracción de la carga de energía asociada a una representación conflictiva para derivarla a otra u otras (por cierto no de manera azarosa) que no despierten un afecto displacentero al sujeto conciente.

“Lo inconsciente” (1915)

La primera precisión tópica que Freud arroja en este ensayo clave en relativo a nuestro tema de investigación, es el de la ubicación intermedia de la función de *censura* entre lo inconsciente y la conciencia: “en general un acto psíquico pasa por dos fases con relación a su estado entre las cuales se halla intercalada una especie de examen (censura). En la primera fase el acto psíquico es inconsciente y pertenece al sistema Inc. Si al ser examinado por la censura es rechazado, le será negado el paso a la segunda fase; lo calificaremos de «reprimido» y tendrá que permanecer inconsciente. Pero si sale triunfante del examen, pasará a la segunda fase y a pertenecer al segundo sistema, o sea al que hemos convenido en llamar sistema Cc”.¹³⁵ Posteriormente precisará que este último sistema al que llamó conciente, es en realidad, el *sistema preconciente* donde las representaciones son *capaces de conciencia* pudiendo permanecer sin acceso a ella; instancia previa en el camino hasta la conciencia y entre las cuales ubicará la función de una

¹³⁵ Freud, S. (1915). “Lo inconsciente”. Obras Completas, p. 2065. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

segunda censura que se aplicaría sobre las representaciones asociadas secundariamente a la representación reprimida original.

En referencia a la pulsión señala que la serie cualitativa consciente-inconsciente es inaplicable a la naturaleza pulsional, es así que dice: “Un instinto no puede devenir nunca objeto de la conciencia. Únicamente puede serlo la idea que lo representa. Pero tampoco en lo inconsciente puede hallarse representado más que por una idea. Si el instinto no se enlazara a una idea ni se manifestase como un estado afectivo, nada podríamos saber de él”.¹³⁶

Luego de salvar el uso del lenguaje aparentemente paradójico que designa a los afectos con capacidad de ser o permanecer inconcientes, Freud precisa de manera comparativa lo que diferencia estrictamente al afecto de su contraparte en la función representativa de la pulsión. Dice: “La diferencia procede en su totalidad de que las ideas (representaciones) son cargas psíquicas y en el fondo cargas de huellas mnémicas, mientras que *los afectos y las emociones corresponden a procesos de descarga cuyas últimas manifestaciones son percibidas como sentimientos*”.¹³⁷ Por lo tanto, como señalábamos en el apartado referido a *La represión*, en la medida en que un proceso represivo logre inhibir el desarrollo de afecto displacentero, el cual se manifiesta conscientemente, se alcanzará una represión exitosa. Esto mismo revela a Freud aquello que caería bajo el control de la instancia de la conciencia, esto es, la regulación de la afectividad y el acceso a la motilidad. En una nota al pie, Freud hace notar la diferencia entre ambos tipos de recurso de descarga señalando que la afectividad se manifiesta en las reacciones motoras internas del cuerpo, como las vasomotoras o secretoras, y que la motilidad lo hace en actos dirigidos a modificar el entorno.

Luego de estas precisiones, Freud vuelve a plantear el problema del verdadero modo de acción de la represión, poniendo a prueba a la vieja hipótesis de la *transcripción*¹³⁸ de las representaciones. “La idea reprimida conserva en el sistema Inc. su capacidad de acción; debe, pues, conservar también su carga. Por tanto, lo sustraído habrá de ser algo distinto. Tomemos el caso de la represión propiamente dicha, tal y como se desarrolla en una idea

¹³⁶ Freud, S. “*Lo inconsciente*”, p. 2067.

¹³⁷ Freud, S. “*Lo inconsciente*”, p. 2068.

¹³⁸ Tal como fuera planteado en la “*Carta 52*” dirigida a Fliess.

preconsciente o incluso consciente. En este caso la represión no puede consistir sino en sustraer de la idea la carga (pre)consciente perteneciente al sistema Prec. Esta idea queda entonces descargada, recibe una carga emanada del sistema Inc., o conserva la carga Inc. que antes poseía. Así, pues, hallamos aquí una sustracción de la carga preconsciente, una conservación de la carga inconsciente o una sustitución de la preconsciente por una inconsciente. Vemos, además, que hemos basado, sin intención aparente, esta observación en la hipótesis de que el paso desde el sistema Inc. a otro inmediato no sucede por una nueva inscripción, sino por un *cambio de estado*, o sea, en este caso, por una *transformación de la carga*. *La hipótesis funcional ha derrotado aquí sin esfuerzo a la tópica*".¹³⁹ La explicación dinámica-económica sobre la lógica de la represión resultaría más satisfactoria que la tópica y goza de mayor consistencia y derivaciones de sencillo seguimiento en tanto en lo teórico como en lo práctico. El mantenimiento del recurso tópico para el esclarecimiento del funcionamiento del aparato psíquico fue uno de los mayores problemas que tuvo que afrontar Freud al momento de incorporar a su modelo la instancia de la conciencia sin con ella introducir paradojas o aporías.

Aún así, considera insuficiente lo expuesto para explicar la lógica total de la represión. Para que la represión pueda sostenerse en el tiempo no alcanza con un único retiro de investidura preconsciente de la representación, ya que con seguridad resultaría investida sin dilaciones desde lo inconsciente insistiendo nuevamente por su expresión. Dice Freud que es preciso el accionar de una *contracarga* o *contrainvestidura* emanada desde el sistema de la conciencia para mantener de manera permanente lo reprimido fuera del alcance de ésta. Esta contracarga es la fuerza de sentido contrario al empuje inconsciente que equilibra la economía del aparato psíquico que Freud hacía alusión en *La represión* y a la que hará responsable de la génesis de la represión primaria.

Luego, continuando con el presente ensayo, se pasa a considerar las características particulares del sistema inconsciente, ellas son las propias del principio de su funcionamiento, el principio del placer. Así Freud indica que "los caracteres que esperamos encontrar en los procesos pertenecientes al sistema

¹³⁹ Freud, S. "*Lo inconsciente*", p. 2069.

Inc. son *la falta de contradicción, el proceso primario* (movilidad de las cargas), *la independencia del tiempo y la sustitución de la realidad exterior por la psíquica*".¹⁴⁰ De aquí se desprende que las características del sistema de la conciencia, las reglas propias de la lógica aristotélica, son producto del proceso secundario, donde todo se ajusta a un sentido, libre de paradojas, adecuado a una línea cronológica unidireccional y de devenir constante, estando todo ello sometido al principio de realidad. No obstante, y como excepción a la regla, Freud señala que algunas fantasías pueden lograr un alto nivel de organización, ajustado al proceso secundario, y a pesar de ello nunca llegar a ser conscientes. Por su parte, los síntomas en general y las formaciones reactivas, típicas de la neurosis obsesiva, consiguen alcanzar un nivel de organización similar accediendo a la conciencia como efecto del trabajo defensivo.

Por su parte, la composición del sistema preconsciente no resulta homogénea, "una gran parte de lo preconsciente procede de lo inconsciente, constituye una ramificación de tal sistema y sucumbe a una censura antes de poder hacerse consciente. En cambio, otra parte de dicho sistema Prec. es capaz de conciencia sin previo examen por la censura".¹⁴¹

Como vemos, este estudio sobre el vínculo e intercambio entre sistemas revela que éstos no están tan claramente separados como hubiera de esperarse: "el sistema Inc. continúa en ramificaciones (o derivados), siendo accesible a las impresiones de la vida, influyendo constantemente sobre el Prec. y hallándose, por su parte, sometido a las influencias de éste".¹⁴² Por lo tanto, nos hallamos frente a fronteras difusas, característica que ilustra convenientemente las dificultades del terreno y la complejidad del trabajo que la represión y la censura deben ejercer para vigilar y rechazar las representaciones conflictivas y sus vástagos.

Con respecto a las relaciones de estos sistemas con la conciencia, Freud expresa: "el atributo de ser consciente, único carácter de los procesos psíquicos que nos es directamente dado, no se presta, en absoluto como criterio para la distinción de sistemas. La observación nos ha mostrado que lo

¹⁴⁰ Freud, S. "*Lo inconsciente*", p. 2073. Las cursivas son del autor.

¹⁴¹ Freud, S. "*Lo inconsciente*", p. 2075.

¹⁴² Freud, S. "*Lo inconsciente*", p. 2074.

consciente no es siempre consciente, sino latente también durante largos períodos de tiempo, y, además, que muchos de los elementos que comparten las cualidades del sistema Prec. no llegan a ser conscientes. (...) *el acceso a la conciencia queda limitado por determinadas orientaciones de la atención del Prec. La conciencia presenta de este modo, con los sistemas y con la represión, relaciones nada sencillas*".¹⁴³ Es posible advertir aquí las dificultades crecientes que le significan a Freud el hacer encajar la conciencia como un sistema independiente. Desde este punto, la función de la atención le es retirada a la conciencia para serle asignada al sistema preconscious. Quizás un poco molesto con esta aporía tópica, señala: "En realidad, sucede que no sólo permanece ajeno a la conciencia lo psíquico reprimido, sino también una parte de los impulsos que dominan a nuestro yo, o sea la más enérgica antítesis funcional de lo reprimido. Por tanto, si queremos llegar a una consideración metapsicológica de la vida psíquica, habremos de aprender a emanciparnos de la significación del síntoma '*ser consciente*'.¹⁴⁴ La conciencia se revela, por fin, sin ambages, como un problema difícil de resolver, una piedra en el zapato metapsicológico que Freud optará por retirar lentamente. Es este, posiblemente, el comienzo del sutil retroceso de la conciencia como sistema tópico para convertirse hacia las postrimerías del desarrollo freudiano, en un atributo posible, en una simple cualidad, inexplicable por cierto, de los contenidos psíquicos.

Continuando con esta dificultad agrega: "Mientras no lleguemos a emanciparnos de esta creencia *quedará interrumpida permanentemente nuestra generalización por continuas excepciones*. Vemos, en efecto, que ciertas ramificaciones del sistema Inc., devienen conscientes, como formaciones sustitutivas y como síntomas, generalmente después de grandes deformaciones, pero muchas veces conservando gran cantidad de los caracteres que provocan la represión. Además encontramos que muchas formaciones preconscious permanecen inconscientes, a pesar de que, por su naturaleza, podrían devenir conscientes. Habremos, pues, de admitir que vence en ellas la atracción del sistema Inc., resultando así que *la diferencia más importante no debe buscarse entre lo consciente y lo preconscious, sino*

¹⁴³ Freud, S. "*Lo inconsciente*", p. 2075.

¹⁴⁴ Freud, S. "*Lo inconsciente*", p. 2075.

entre lo preconscious y lo inconsciente".¹⁴⁵ Freud aparenta no encontrar la clave íntima que permite distinguir el cómo, por qué y en qué condiciones lo consciente se convierte en tal; la conciencia no se comporta de modo acorde a lo que él quisiera poder pronosticar o anticipar, por lo que prefiere dejarla en un extremo y pasar a considerar como lo verdaderamente importante el vínculo entre el inconsciente y el preconscious. La "segunda" censura le aporta una pista: "la existencia de la censura entre el sistema Prec. y el Cc. nos advierte que *el acceso a la conciencia no es un simple acto de percepción, sino probablemente, también una sobrecarga (hipercatexis) o sea un nuevo progreso de la organización psíquica*".¹⁴⁶

Aproximándose al final del ensayo, Freud revela cómo el estudio de la esquizofrenia puso de relieve la importancia de la dimensión verbal en el funcionamiento del aparato psíquico. Allí describe que las palabras en el cuadro esquizofrénico caen bajo el yugo del proceso primario: "las palabras quedan condensadas y transfieren sus cargas unas a otras por medio del desplazamiento"¹⁴⁷, lo que les brinda a estos enfermos la particularidad de su lenguaje. Esto obligó a Freud a reconocer que en la esquizofrenia, psicosis del tipo narcisista, no podría haber retiro total de la carga de los objetos externos sino que debía mantenerse la investidura sobre las "imágenes verbales de los objetos". Esto dio lugar a que pueda finalmente confirmar que la palabra debía cumplir un rol clave en el funcionamiento de la conciencia. La siguiente cita contiene, por fin, el aporte más sobresaliente de este ensayo sobre la naturaleza de la conciencia:

"La imagen consciente del objeto queda así descompuesta en dos elementos: la imagen verbal y la de la cosa, consistente esta última en la carga, si no ya de huellas mnémicas directas de la cosa al menos de huellas mnémicas más lejanas, derivadas de las primeras. Creemos descubrir aquí cuál es la diferencia existente entre una presentación consciente y una presentación inconsciente. No son, como supusimos, distintas inscripciones del mismo contenido en diferentes lugares psíquicos, ni tampoco diversos estados funcionales de la carga, en el mismo lugar. Lo que sucede es que *la presentación consciente integra la imagen de la cosa más la correspondiente presentación verbal; mientras que la imagen inconsciente es la presentación de la cosa sola*. El sistema Inc. contiene las cargas de cosa de

¹⁴⁵ Freud, S. "Lo inconsciente", p. 2076.

¹⁴⁶ Freud, S. "Lo inconsciente", p. 2076.

¹⁴⁷ Freud, S. "Lo inconsciente", p. 2079.

los objetos, o sea las primeras y verdaderas cargas de objeto. *El sistema Prec. nace a consecuencia de la sobrecarga de la imagen de cosa por su conexión con las presentaciones verbales a ella correspondientes*".¹⁴⁸

Esta conclusión permite a Freud reformular de modo más preciso lo que ocurre en el plano de la represión indicando que sencillamente *ésta les niega la traducción en palabras* a las representaciones de objeto en conflicto. "Una presentación no concretada en palabras o en un acto psíquico no sobrecargado, permanece entonces en estado de represión en el sistema Inc.".¹⁴⁹

Concluimos entonces que la esencia de la conciencia cogitativa, autorreflexiva, su medio de existencia y el material que la constituye, resulta ser, pues, la dimensión simbólica característica de la palabra.

"Adición metapsicológica a la teoría de los sueños" (1915)

En este ensayo Freud reformula la metapsicología del sueño en términos del recientemente introducido narcisismo. Describe que el sueño se produce esencialmente en condiciones en que el sujeto desinvierte a las distintas instancias psíquicas a los efectos de alcanzar el estado del dormir sin perturbaciones. Esta desinversión permite al individuo retraer su interés tanto del mundo interno como del mundo exterior con el fin del descanso, es por eso que Freud califica al sueño como un acto "absolutamente egoísta" y piensa al egoísmo en términos de la libido: "El narcisismo y el egoísmo son la misma cosa. La única diferencia está en que con el término de «narcisismo» acentuamos que el egoísmo es también un fenómeno libidinoso. O dicho de otro modo: el narcisismo puede ser considerado como el complemento libidinoso del egoísmo".¹⁵⁰

A la nueva luz del narcisismo Freud explica el fenómeno onírico: "El narcisismo del estado de reposo significa la sustracción de la carga de todas

¹⁴⁸ Freud, S. "Lo inconsciente", p. 2081.

¹⁴⁹ Freud, S. "Lo inconsciente", p. 2081.

¹⁵⁰ Freud, S. (1915). "Adición metapsicológica a la teoría de los sueños". Obras Completas, p. 2083. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

las ideas de objetos, tanto de la parte inconsciente de las mismas como de su parte preconsciente. Así, pues, cuando comprobamos que determinados restos diurnos han permanecido cargados, no podemos inclinarnos a admitir que han adquirido durante la noche energía suficiente para atraer la atención de la conciencia. Más bien supondremos que la carga que conservan es mucho más débil que la que poseían durante el día. (...) estos restos diurnos tienen que recibir un refuerzo, emanado de impulsos instintivos inconscientes para poder surgir como formadores de sueños”.¹⁵¹

La hipótesis de Freud es que los contenidos reprimidos inconscientes, habiendo conquistado ya un cierto nivel de independencia del yo luego de la represión, no responden al deseo de dormir dispuesto por el yo, por lo que no se desinvisten o lo hacen sólo parcialmente. De este modo se hace necesario el mantenimiento de un nivel equivalente de contrainvestidura que resulta ser, por la desinvestidura generalizada del aparato, menor que en el estado de vigilia. “El deseo de dormir intenta retraer todas las cargas emanadas del yo y constituir un narcisismo absoluto. Este propósito no puede ser conseguido sino a medias, pues lo reprimido del sistema Inc. no obedece al deseo de dormir. Por tanto, tiene que ser mantenida también una parte de la contracarga, y la censura entre el sistema Inc. y el Prec. ha de permanecer vigilante, aunque no a todo su poder. En la medida que se extiende el dominio del yo quedan despojados de sus cargas todos los sistemas”.¹⁵² De esto concluye Freud que mientras más intensas sean las cargas pulsionales más difícil será para el yo mantener el equilibrio económico y por lo tanto, más inestable será el sueño.

Tal como en el ensayo anterior, la esquizofrenia y sus características clínicas ofrecen al autor un buen contrapunto para un estudio del psiquismo con arreglo a la importancia de la palabra. Luego de un somero repaso sobre el mecanismo regresivo en la formación onírica, Freud se refiere a lo que en éste marco ocurre con la dimensión verbal: “Los pensamientos quedan transformados en imágenes predominantemente visuales, o sea reducidas las presentaciones verbales a las de cosa correspondientes como si todo el proceso se hallase dominado por la tendencia a la representabilidad. (...) Las presentaciones verbales existentes entre los restos diurnos son tratadas como

¹⁵¹ Freud, S. “Adición metapsicológica a la teoría de los sueños”, p. 2084.

¹⁵² Freud, S. “Adición metapsicológica a la teoría de los sueños”, p. 2085.

presentaciones de cosa y sometidas a los efectos de la condensación y el desplazamiento solamente cuando constituyen residuos actuales y recientes de percepciones y no una exteriorización de pensamientos”.¹⁵³ Aquí Freud considera hallar la diferencia decisiva entre el sueño y la esquizofrenia. En esta última el proceso primario recae sobre las representaciones verbales que expresan la idea preconsciente precursora del sueño, mientras que el trabajo del sueño lo hace con las representaciones-cosa asociadas originalmente con esas representaciones-palabra. “El sueño conoce una regresión tópica. En cambio, la esquizofrenia, no”.¹⁵⁴

La pregunta sobre cómo resulta posible en la esquizofrenia, la amencia y demás patologías abolir el *examen de realidad* para replegarse narcisísticamente al yo hace que Freud retome la reflexión sobre el rol y función de la conciencia en el aparato psíquico. En este contexto, el fenómeno narcisista de la alucinación como medio de acceso a la satisfacción le obliga a replantear la tópica propuesta en *La interpretación de los sueños* haciendo coincidir ahora lo que allá por 1900 llamaba *polo perceptivo* (P) con el sistema de la conciencia (Cc.). No obstante ello, admite: “Pero ni aun así coincide por completo el hecho de que una cosa se haga consciente con la pertenencia a un sistema, pues ya hemos visto que pueden ser percatadas imágenes sensoriales mnémicas a las que nos es imposible reconocerlas un lugar psíquico en el sistema Cc. o en el P¹⁵⁵. Aplazaremos la resolución de esta dificultad hasta entrar en la investigación del sistema Cc.”.¹⁵⁶

Resuelve finalmente que la alucinación consiste en una investidura del sistema *conciencia-percepción* que contrariamente a lo habitual procede desde el interior, por lo que lo hace de manera regresiva, logrando así evitar el examen de realidad. Este último es adjudicado por Freud de manera exclusiva al sistema conciencia-percepción, y a su vez éste sistema “tiene que disponer de una inervación motora, por medio de la cual comprueba si la percepción puede o no ser suprimida. El examen de la realidad no necesita ser cosa

¹⁵³ Freud, S. “Adición metapsicológica a la teoría de los sueños”, p. 2086.

¹⁵⁴ Freud, S. “Adición metapsicológica a la teoría de los sueños”, p. 2087.

¹⁵⁵ Se refiere al fenómeno alucinatorio.

¹⁵⁶ Freud, S. “Adición metapsicológica a la teoría de los sueños”, p. 2089. Esta investigación del sistema de la conciencia finalmente no tendrá lugar. Si bien originalmente los trabajos de metapsicología pretendían reunir doce ensayos, sólo llegaron a la luz cinco de ellos. Justamente entre los faltantes se encontraría el dedicado al estudio de la conciencia, circunstancia que justifica en buena medida la realización del presente trabajo de investigación.

distinta de este dispositivo”.¹⁵⁷ Finalmente confiesa: “Por ahora nada más podemos decir, pues *la naturaleza y la función del sistema Cc. nos son insuficientemente conocidas*”.¹⁵⁸

Casi sobre el final, Freud resume lo esencial del estado de reposo consignando que éste “no quiere saber nada del mundo exterior, no se interesa en la realidad más que cuando se trata de abandonar el dormir para despertar. Retrae las cargas de los sistemas Cc., Prec. . e Inc . en tanto en cuanto los elementos en ellos integrados obedecen al deseo de dormir. Con la falta de carga del sistema Cc. cesa la posibilidad de un examen de la realidad, y las excitaciones, independientes del estado de reposo, que toman el camino de la regresión, lo encontrarán libre hasta el sistema Cc., en el cual pasarán por realidades indiscutibles”.¹⁵⁹

A modo de cierre del ensayo, Freud consigna de modo comparativo una *tópica de la represión* según cómo esta opera en cada caso, señalando que en el sueño el retiro de investidura se aplica a todos los sistemas, en las neurosis se retraen las cargas preconscientes, en la esquizofrenia las cargas inconscientes y en las amencias la investidura del sistema de la conciencia.

“Duelo y melancolía” (1915)

El duelo y particularmente la melancolía fueron del interés de Freud durante toda su carrera científica. Luego de los desarrollos teóricos del narcisismo y del ideal del yo, le resultó posible elaborar una explicación más satisfactoria de estos padecimientos.

El duelo es un estado normal del psiquismo en el cual, ante la comprobación del examen de realidad de la pérdida de un objeto amado, se impone la tarea de retirar las cargas libidinales originalmente depositadas en aquél para replegarlas sobre el yo. Freud refiere que este retiro no puede ser realizado de manera inmediata sino que debe producirse paulatinamente significando un gasto energético elevado, manteniendo simultáneamente la

¹⁵⁷ Freud, S. “Adición metapsicológica a la teoría de los sueños”, p. 2089.

¹⁵⁸ Freud, S. “Adición metapsicológica a la teoría de los sueños”, p. 2089.

¹⁵⁹ Freud, S. “Adición metapsicológica a la teoría de los sueños”, p. 2090.

presencia psíquica del objeto perdido, proceso global que se ve acompañado de un monto significativo de displacer percibido a nivel conciente como dolor. Al final de este proceso el yo recuperaría su autonomía y disposición para investir nuevos objetos.

El caso de la melancolía es diverso, pues se trataría de una pérdida de naturaleza inconciente, en la cual el sujeto “sabe a quién ha perdido, pero no lo que con él ha perdido”.¹⁶⁰ “El melancólico muestra, además, otro carácter que no hallamos en el duelo: una extraordinaria disminución de su amor propio, o sea un considerable empobrecimiento de su yo. En el duelo el mundo aparece desierto y empobrecido ante los ojos del sujeto. En la melancolía es el yo lo que ofrece estos rasgos a la consideración del paciente”.¹⁶¹ Sin demora Freud reconoce en el caso de la melancolía la identificación inconciente del yo con el objeto perdido, pudiéndose de esta manera tomarse como objeto a sí mismo y ejercer sobre sí las duras críticas y ataques otrora dirigidos al objeto amado. Dice Freud: “Vemos, en efecto, cómo una parte del yo se sitúa enfrente de la otra y la valora críticamente, como si la tomara por objeto”¹⁶²; luego señala que a partir de esta identificación “la sombra del objeto cayó así sobre el yo; este último, a partir de este momento, pudo ser juzgado por una instancia especial, como un objeto, y en realidad como el objeto abandonado. De este modo se transformó la pérdida del objeto en una pérdida del yo, y el conflicto entre el yo y la persona amada, en una disociación entre la actividad crítica del yo y el yo modificado por la identificación”.¹⁶³

Lo propio de la melancolía es que “la relación con el objeto queda complicada por el conflicto de ambivalencia. (...) Así, pues, las causas estimulantes de la melancolía son más numerosas que las del duelo, el cual sólo es provocado en realidad por la muerte del objeto. Trábanse así en la melancolía infinitos combates aislados en derredor del objeto, combates en los que el odio y el amor luchan entre sí; el primero, para desligar a la libido del objeto, y el segundo, para evitarlo”.¹⁶⁴ En el duelo no existen restricciones a la manifestación conciente de la desinvestidura paulatina del objeto; en efecto, el

¹⁶⁰ Freud, S. (1915) “*Duelo y melancolía*”. Obras Completas, p. 2092. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹⁶¹ Freud, S. “*Duelo y melancolía*”, p. 2093.

¹⁶² Freud, S. “*Duelo y melancolía*”, p. 2094.

¹⁶³ Freud, S. “*Duelo y melancolía*”, p. 2095.

¹⁶⁴ Freud, S. “*Duelo y melancolía*”, p. 2099.

examen de realidad corrobora de modo conciente que el objeto ha muerto y sólo a partir de ello retira la libido depositada en él; el sujeto sabe lo que ha perdido. En la melancolía no ocurre de este modo, el camino de la conciencia “queda cerrado para la labor melancólica, quizá a causa de numerosos motivos o aislados o de acción conjunta. La ambivalencia constitucional pertenece de por sí a lo reprimido. Los sucesos traumáticos, en los que ha intervenido el objeto, pueden haber activado otros elementos reprimidos. Así, pues, la totalidad de estos combates, provocados por la ambivalencia, queda sustraída a la conciencia hasta que acaece el desenlace característico de la melancolía”.¹⁶⁵ Este final consiste en el retorno de la libido de objeto en conflicto hacia el yo. Dice Freud que de este modo el amor logra evadir la desaparición hallando refugio en el yo. “Después de esta represión de la libido puede hacerse consciente el proceso, y se representa a la conciencia como un conflicto entre una parte del yo y la instancia crítica”.¹⁶⁶ Como consecuencia de esto Freud considera que la conciencia queda lejos de percatarse de lo verdaderamente esencial del proceso responsable de la melancolía, a diferencia del duelo que resultaría accesible a su inteligencia sin mayores restricciones.

“Lecciones introductorias al Psicoanálisis” (1917)

De este conjunto de breves trabajos sólo consideraremos la singular descripción tópica del trabajo de la represión y del aparato psíquico que el mismo Freud calificó de “grosera” o “fantástica”, pero a la cual adscribía por su poder gráfico (y comodidad) a la hora de figurar una idea aproximada del funcionamiento del psiquismo. Esta descripción pertenece a la *Lección XIX: Resistencia y Represión*:

“La representación más grosera de estos sistemas -o sea la espacial- es la que nos resulta más cómoda. Asimilaremos, pues, el sistema de lo inconsciente a una gran antecámara, en la que se acumulan, como seres vivos, todas las tendencias psíquicas. Esta antecámara da a otra

¹⁶⁵ Freud, S. “*Duelo y melancolía*”, p. 2099.

¹⁶⁶ Freud, S. “*Duelo y melancolía*”, p. 2100.

habitación más reducida, una especie de salón, en el que habita la conciencia; pero ante la puerta de comunicación entre ambas estancias hay un centinela que inspecciona a todas y cada una de las tendencias psíquicas, les impone su censura e impide que penetren en el salón aquellas que caen en su desagrado. (...) Esta imagen tiene para nosotros la ventaja de permitirnos desarrollar nuestra nomenclatura técnica. Las tendencias que se encuentran en la antecámara reservada a lo inconsciente escapan a la vista de la conciencia recluida en la habitación vecina, y, por tanto, tienen en un principio que permanecer inconscientes. Cuando después de haber penetrado hasta el umbral son rechazadas por el vigilante, es que son incapaces de devenir conscientes, y entonces las calificamos de reprimidas. Pero tampoco aquellas otras a las que el vigilante ha permitido franquear el umbral se han hecho por ello conscientes necesariamente, *pues esto no podrá suceder más que en los casos en que hayan conseguido atraer sobre sí la mirada de la conciencia*. Llamaremos, pues, a esta segunda habitación sistema de lo preconscious. *De este modo conserva la percatación su sentido puramente descriptivo*. La esencia de la represión consiste en el obstáculo infranqueable que el centinela opone al paso de una tendencia dada, de lo inconsciente a lo preconscious. Y este mismo centinela es el que se nos muestra en forma de resistencia cuando intentamos poner fin a la represión por medio del análisis”.¹⁶⁷

Y sobre esto mismo considera: “nuestra grosera hipótesis de las dos habitaciones con un centinela vigilando a la puerta de comunicación entre ambas, y *la conciencia como espectadora al fondo de la segunda estancia*, nos da una idea muy aproximada de la situación real”.¹⁶⁸

A pesar de la extrema simplificación, aún es posible advertir el rol diferenciado que Freud asigna a la conciencia. Lo inconsciente y lo preconscious en este breve montaje tópico son representados cabalmente como *espacios* o *lugares* donde se transitan o permanecen diversas representaciones, mientras que el papel de la conciencia es ejercido por un *espectador* que observa selectivamente desde un extremo del escenario. La conciencia es pues, *función*, que escapa a un despliegue tópico del mismo orden. Asimismo, no podemos soslayar que la colocación de un “espectador” en el lugar de la función conciencia es señal de que allí se ejercería algo del orden de lo subjetivo, una manifestación del sujeto de la conciencia, aunque Freud no lo indique directamente ni lo desarrolle.

¹⁶⁷ Freud, S. (1917) “*Lecciones introductorias al Psicoanálisis*”. Obras Completas, p. 2306. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹⁶⁸ Freud, S. “*Lecciones introductorias al Psicoanálisis*”. p. 2306.

En el pasaje de la cita anterior: “*De este modo conserva la percatación su sentido puramente descriptivo*”, Freud destaca que del acto del *devenir consciente* no tendría mucho más que decir que lo ya consignado. Forzando un poco las cosas, cabría señalar que la conciencia, en tanto extremo del aparato y objetivo final de las representaciones en su recorrido, es un *punto de llegada*, y tal como señalaba Freud en 1900, una *superficie de percepción*. El inconsciente y el preconscious pertenecen aquí al mismo orden dimensional, mientras que la conciencia correspondería a un orden diverso. Lo importante de esta digresión es que sea donde sea que se la describa en la obra freudiana, la conciencia pertenece a *otro orden*, a una naturaleza heterogénea, inequivalente a la “sustancia” de los demás sistemas psíquicos.

“*Más allá del principio del placer*” (1920)

Este ensayo, considerado como un punto de quiebre en la producción teórica freudiana, introduce nuevamente la reflexión sobre el principio del placer, teniendo en cuenta esta vez aquellos casos en donde este principio parece ser ignorado como en los sueños de angustia, las neurosis de guerra o determinados juegos infantiles. Estas excepciones a la regla conjuntamente con el fenómeno de la transferencia permitieron a Freud descubrir en el sujeto una tendencia a la repetición, a la puesta en acto de aquellas experiencias que por diferentes motivos resultaron traumáticas, que se manifiesta como independiente del principio del placer y a la cual denominó “*obsesión de repetición*” o “*compulsión de repetición*” según otra de sus traducciones al castellano.

Para esclarecer esto Freud, se embarca en una compleja especulación de orden biológico sobre las características propias de la vida y la muerte en organismos unicelulares de ficción, con la expectativa de hallar comprensión sobre el origen de las pulsiones y sus diferencias. Es así que reformula la dualidad de las pulsiones sostenida hasta el momento, a saber, las pulsiones sexuales y las pulsiones yóicas en las conocidas *pulsión de vida* y *pulsión de muerte*, adscribiendo a esta última la responsabilidad por la manifestación de la compulsión de repetición.

En el marco de esta especulación que pretende establecer las relaciones, intercambios y perturbaciones entre el interior y exterior de este ser vivo, Freud se refiere a la conciencia revisando el desarrollo metapsicológico alcanzado hasta el momento poniendo el acento en la dimensión tópica: “la conciencia es la función de un sistema especial al que [el psicoanálisis] denomina sistema Cc. Dado que la conciencia procura esencialmente percepciones de estímulos procedentes del mundo exterior y sensaciones de placer y displacer que no pueden provenir más que del interior del aparato anímico, *podemos atribuir al sistema P-Cc. una localización*. Tiene que hallarse situado en la frontera entre el exterior y el interior, estar vuelto hacia el mundo exterior y envolver a los otros sistemas psíquicos. Observamos entonces que con estas afirmaciones no hemos expuesto nada nuevo, sino que nos hemos agregado a la anatomía localizante del cerebro, que coloca la «sede» de la conciencia en la corteza cerebral, en la capa exterior envolvente del órgano central”.¹⁶⁹ A continuación el autor reitera la imposibilidad de que el acto de percepción deje modificaciones permanentes en el sistema P-Cc: “la conciencia y la impresión de una huella mnémica son incompatibles para el mismo sistema. Podríamos, por tanto, decir que en el sistema Cc. se hace consciente el proceso excitante, más no deja huella duradera alguna. Todas las huellas de dicho proceso, en las cuales se apoya el recuerdo, se producirían en los vecinos sistemas internos al propagarse a ellos la excitación”.¹⁷⁰ Luego señala lo que considera la característica que diferencia desde la dimensión dinámica a la conciencia de los otros sistemas psíquicos adjudicándole un origen tópico: “El sistema Cc. se caracterizaría, pues, por la peculiaridad de que el proceso de la excitación no deja en él, como en todos los demás sistemas psíquicos, una transformación duradera de sus elementos, sino que se gasta, desde luego, en el fenómeno del devenir consciente. Tal desviación de la regla general tiene que ser motivada por *un factor privativo de este sistema* y que puede ser muy bien la situación ya expuesta del sistema Cc., esto es, su inmediata proximidad al mundo exterior”.¹⁷¹ Este factor privativo sería pues, el modo de tramitar la energía psíquica: “Puede aceptarse que la excitación tiene

¹⁶⁹ Freud, S. (1920) “*Más allá del principio del placer*”. Obras Completas, p. 2517. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹⁷⁰ Freud, S. “*Más allá del principio del placer*”, p. 2518.

¹⁷¹ Freud, S. “*Más allá del principio del placer*”, p. 2518.

que vencer una resistencia en su paso de un elemento a otro, y este vencimiento de la resistencia dejaría precisamente la huella temporal de la excitación. En el sistema Cc. no existiría ya tal resistencia al paso de un elemento a otro. (...) Entonces los elementos del sistema Cc. poseerían tan sólo energía capaz de un libre curso y no energía ligada”.¹⁷² Más adelante, arroja la siguiente consideración que parece complicar bastante el seguimiento del razonamiento: “no es necesario esfuerzo alguno para identificar el proceso psíquico primario con la carga, libremente móvil, y el secundario, con las modificaciones de la carga, fija o tónica, de Breuer. *Correspondería entonces a las capas superiores del aparato anímico la labor de ligar la excitación de los instintos*, característica del proceso primario. El fracaso de esta ligadura haría surgir una perturbación análoga a las neurosis traumáticas. Sólo después de efectuada con éxito la ligadura podría imponerse sin obstáculos el reinado del principio del placer o de su modificación; el principio de la realidad”.¹⁷³ Esto presenta la aparente contradicción entre lo más arriba expuesto donde Freud señalaba que el sistema de la conciencia contaría sólo con energía libre y no ligada y lo último en que determina que la función de *las capas superiores del aparato psíquico* consiste en *ligar la excitación* a los fines de evitar desbordes que deriven en desequilibrios.

Para salir de este atolladero consideramos necesario afinar el análisis de uno de los pasajes citados más arriba. Dice Freud: “Puede aceptarse que la excitación tiene que vencer una resistencia en su paso de un elemento a otro, y este vencimiento de la resistencia dejaría precisamente la huella temporal¹⁷⁴ de la excitación”.¹⁷⁵ Primero habría que señalar que en este momento el autor se refiere a una dirección determinada del avance de la excitación, del mundo exterior al interior del aparato. Este “*paso de un elemento a otro*” describe la modificación permanente de la *sustancia* que supone el vencimiento de la resistencia y que deja por resultante la huella mnémica que posteriormente

¹⁷² Freud, S. “*Más allá del principio del placer*”, p. 2519.

¹⁷³ Freud, S. “*Más allá del principio del placer*”, p. 2524.

¹⁷⁴ López Ballesteros traduce aquí “huella temporal” quizás de una manera no muy esclarecedora, pretendiendo hacer valer el término *temporal* por aquello que permanece en el tiempo. La lógica que implica el razonamiento conduce a aceptar que el establecimiento de la huella es definitivo, cosa que es verificada en la traducción de Etcheverry: “Un supuesto posible sería que en su avance de un elemento al otro la excitación tiene que vencer una resistencia, y justamente la reducción de esta crea la huella permanente de la excitación”. (Vol. XVIII, p. 26. Obras Completas. Buenos Aires. Amorrortu Editores.)

¹⁷⁵ Freud, S. “*Más allá del principio del placer*”, p. 2519.

entrará en conexión con otras de la misma naturaleza constituyendo así a la memoria. “En el sistema Cc. no existiría ya tal resistencia al paso de un elemento a otro. (...) Entonces los elementos del sistema Cc. poseerían tan sólo energía capaz de un libre curso y no energía ligada”.¹⁷⁶ De este modo Freud explica cómo el sistema de la conciencia no puede almacenar información en el mismo acto de percibir, esto es, el momento en que un estímulo externo eleva significativamente el nivel de excitación dentro del sistema. El sistema P-Cc, como última capa exterior del aparato, reduce a niveles seguros los montos de excitación del exterior y los transfiere imperturbados a los sistemas contiguos donde hallarán resistencia a su propagación derivando en la formación de una huella mnémica.

Aceptando esto, concederemos que el sistema P-Cc, en el sentido exterior-interior no liga, sino que permite el paso de la energía psíquica sin restricciones.

Luego dice Freud: “no es necesario esfuerzo alguno para identificar el proceso psíquico primario con la carga, libremente móvil, y el secundario, con las modificaciones de la carga, fija o tónica, de Breuer. *Correspondería entonces a las capas superiores del aparato anímico la labor de ligar la excitación de los instintos, característica del proceso primario*”.¹⁷⁷ Nuevamente señalamos que podríamos creer ver aquí una clara contradicción ya que según esta última consideración, la conciencia estaría regida por el proceso primario por manejar de manera libre la energía que por ella circula. Con un poco más de detenimiento resulta posible ubicar el punto de confusión. Freud coloca la denominación “sistema P-Cc” cuando sólo debería haber utilizado “sistema P”. Como habíamos señalado, en la descripción citada el autor se refería sólo al sentido *exterior-interior* de la propagación de la excitación sin detallar lo que ocurre en la dirección inversa, así que suponemos lo siguiente: El estímulo externo genera a través del órgano sensitivo una percepción que luego de ser ajustada en su intensidad se transfiere a los sistemas siguientes. En realidad Freud pretende figurar que la conciencia de este sistema P-Cc es, pues, sólo la conciencia primaria, sin sujeto, asociada a la percepción, que describimos más arriba y que data de los desarrollos del *Proyecto de una psicología*. Siguiendo

¹⁷⁶ Freud, S. “*Más allá del principio del placer*”, p. 2519.

¹⁷⁷ Freud, S. “*Más allá del principio del placer*”, p. 2524.

la pista de esta excitación, el percepto tendría paso libre desde el exterior hasta el sistema inconsciente: “Todos los caminos que van desde la percepción al sistema Inc. permanecen regularmente libres, y sólo los que parten del sistema Inc. y conducen más allá del mismo son los que quedan cerrados por la represión”.¹⁷⁸ Allí, en el sistema inconsciente, producirá su huella convirtiéndose en representación-cosa o representación-palabra según sea su naturaleza.

Freud sostenía que la función de los sistemas superiores era el de ligar la excitación para evitar perturbaciones en la economía psíquica, es decir, ligar para evitar el displacer. El trabajo de ligar la excitación depende del imperio del principio de realidad propio del proceso secundario. En estas circunstancias el individuo se ve compelido a retrasar la satisfacción de la pulsión hasta que la realidad le ofrezca una oportunidad adecuada para ello. *Ligar* significa entonces, asignar un *sentido* a eso que urge. Así reconocemos diversos apetitos apremiantes, sexuales o de alimentos entre otros, para luego accionar mecanismos indirectos y ajustados a imposiciones culturales para su satisfacción. Así, ligar la energía psíquica libre consiste en detener por la fijación a la palabra los mecanismos de condensación y desplazamiento que al servicio del principio del placer tienden a la satisfacción alucinatoria que pone en riesgo la supervivencia del individuo. Esta ligadura o fijación se lleva a cabo en el sistema preconscious¹⁷⁹, donde la representación-cosa inconsciente es asociada a una representación-palabra fijando su significación.

Si seguimos a nuestra percepción original veremos que habiendo llegado al sistema inconsciente y producido en él una huella, en esta tendencia impuesta por el examen de realidad, se verá transformada en representación preconscious por la sobreinvestidura derivada de la asociación a una representación verbal, acción que la provee de sentido. Merced a esto y por sus características específicas, nuestra representación sería identificada y clasificada por asociación con representaciones de experiencias anteriores de naturaleza próxima, permaneciendo a partir de allí susceptible de ser conciente nuevamente manifestándose en forma de recuerdo a partir de la sobrecarga

¹⁷⁸ Freud, S. “*Lo inconsciente*”, p. 2076.

¹⁷⁹ La primera ligadura, podríamos decir la *ligadura originaria*, establece la génesis del sistema preconscious. En otras palabras, la constitución del sistema preconscious es efecto de la primera ligadura.

que impone la función de la atención al servicio de la conciencia; esto siempre y cuando no trabe conexión con representaciones reprimidas o que resulte investida por la pulsión por su potencial utilidad para su descarga, casos en los cuales, por acción de la instancia de censura, nuestra representación resultará reprimida, acción que, como ya hemos señalado, se ejecuta cancelando su traducción en palabras rompiendo la asociación entre representación-cosa y representación-palabra, pasando a ser parte nuevamente del sistema Inconsciente.

Si nuestra representación no sucumbe a la represión, estará finalmente en condiciones de atraer la atención de la conciencia en estado de vigilia, en cuyo caso alcanzaría plena expresión consciente dentro del discurrir del pensamiento autoconsciente o en la escenificación de una fantasía, y en el caso del sueño podría ser utilizada como resto diurno para vehicular la expresión consciente del deseo reprimido.

Por lo tanto no parece ocurrir lo mismo en un sentido u otro del recorrido de la excitación, por lo menos en lo relativo a la conciencia. Para decirlo de manera burda, no parece ser la misma la *conciencia de entrada* que la *conciencia de salida*. Esto nos remite a lo indicado en este mismo trabajo en el apartado dedicado a *La interpretación de los sueños*. Allí consignamos que en aquel ensayo “el sistema Cc. ejerce una función perceptiva, pero no la misma que el del sistema P. Aquí la conciencia percibe *calidades psíquicas* del orden del placer y displacer provenientes del interior y del exterior del aparato, mientras que el sistema P está orientado con exclusividad hacia la recepción de estímulos del mundo exterior. En consecuencia, la percepción de la conciencia de lo exterior al aparato lo sería sólo de una cualidad psíquica resultante del “filtrado” del sistema P, en tanto que sólo éste es sensible a lo externo”.

Teniendo presente esta diferenciación particular entre percepción y conciencia y retomando nuestra especulación en curso podemos derivar en lo siguiente: la conciencia implicada en el sistema P-Cc que Freud propone en *Más allá del principio del placer* correspondería a la conciencia automática e instantánea inherente al acto de percepción y sería, pues, una “*conciencia de entrada*” en tanto esta orientada hacia fuera formando parte de la penúltima capa externa del aparato (la última sería la barrera de protección antiestímulo).

Lo percibido es recibido en el sistema inconsciente y traducido luego en palabras en el sistema preconscious quedando a la expectativa de lograr atraer sobre sí a la función atención, agente del proceso de *concienciación* propio de la conciencia reflexiva o, en el caso de nuestro ejemplo vectorial, *conciencia de salida*, que a través del sentido asignado a la representación derivada de la percepción original en el sistema preconscious, *interpreta al mundo externo* con el objetivo de hallar la mejor oportunidad para la descarga de sus tensiones. Del mismo modo interpretaría a la realidad interna a partir de igual mecanismo, tomándola por externa.

“El yo y el ello” (1923)

Freud describe a la conciencia como un “estado eminentemente transitorio”¹⁸⁰ en el cual diversas representaciones se manifiestan en momentos sucesivos para inmediatamente quedar en estado de latencia, pudiendo luego retornar al *primer plano* sin mayores esfuerzos. Estas representaciones son entonces, preconscious, susceptibles de conciencia. Respecto de lo inconsciente refiere que lo *reprimido* es concretamente el prototipo del contenido inconsciente. Metapsicológicamente describe: “A lo latente, que sólo es inconsciente en un sentido descriptivo y no en un sentido dinámico, lo denominamos preconscious, y reservamos el nombre de inconsciente para lo reprimido, dinámicamente inconsciente. Tenemos, pues, tres términos: consciente (Cc.), preconscious (Prec.) e inconsciente (Inc.), cuyo sentido no es ya puramente descriptivo. *Suponemos que lo Prec. se halla más cerca de lo Inc. que de lo Cc.* y como hemos calificado de psíquico a lo Inc., podemos extender sin inconveniente alguno este calificativo a lo Prec. latente”.¹⁸¹

Hasta aquí la primera tónica, esquema del aparato psíquico vigente desde, al menos, el año 1899. A partir de la introducción de la dualidad *Eros-pulsión de muerte* en 1920 se hizo necesario reconfigurar la lógica funcional del aparato, perdiendo por esta causa las instancias *preconscious* e *inconsciente*

¹⁸⁰ Freud, S. (1923) “El yo y el ello”. Obras Completas, p. 2702. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹⁸¹ Freud, S. “El yo y el ello”, p. 2702.

su carácter sustantivo para convertirse en cualidades de otras instancias del nuevo esquema, la llamada *segunda tópica*, integrada por la célebre trinidad *yo, ello y superyó*. La conciencia, por su parte, que siempre fue esencialmente una cualidad singular explicada por medio del concepto de percepción, sostiene aquí un espacio de sustantividad ocupando lugar y funciones análogas a lo que antes en la primera tópica pero ahora con respecto al yo.

En este nuevo orden, la conciencia depende del yo, razón por la cual éste domina el acceso a la motilidad de igual modo que la aplicación de la censura onírica y las contracargas responsables de la represión. Esto último revela la doble cualidad presente en el yo; éste necesariamente debe ser en parte inconsciente también, de lo contrario tendríamos percatación directa del fenómeno represivo, cosa que claramente no ocurre: “Reconoceremos, pues, que lo Inc. no coincide con lo reprimido. Todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo lo inconsciente es reprimido. También una parte del yo, cuya amplitud nos es imposible fijar, puede ser inconsciente, y lo es seguramente”.¹⁸²

Tópicamente ubica Freud a la conciencia como la capa más externa del aparato: “la conciencia es la superficie del aparato anímico; esto es, la hemos adscrito como función a un sistema que, espacialmente considerado, y no sólo en el sentido de la función, sino en el de la disección anatómica, es el primero a partir del mundo exterior. También nuestra investigación tiene que tomar, como punto de partida, esta superficie perceptora”.¹⁸³ Declara luego que la totalidad de percepciones provenientes del exterior y las sensaciones y sentimientos procedentes del interior del cuerpo son concientes.¹⁸⁴

La vieja pregunta por cómo algo llega a ser conciente, si es la conciencia la que se acerca a la representación o si ésta viaja por el aparato hasta llegar al extremo donde aquella se ubicaría, halla aquí un intento de ser zanjada definitivamente: “Es ésta una de las dificultades que surgen cuando nos decidimos a utilizar la representación espacial, tópica, de la vida anímica. Ambas posibilidades son igualmente inconcebibles y habrán, por tanto, de dejar paso a una tercera. (...) la verdadera diferencia entre una idea inconsciente y una idea preconciente (un pensamiento) consiste en que el material de la

¹⁸² Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2704.

¹⁸³ Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2705.

¹⁸⁴ Veremos más adelante que este detalle está sometido a ciertas objeciones.

primera permanece oculto, mientras que la segunda se muestra enlazada con representaciones verbales. Empezaremos aquí, por vez primera, la tentativa de indicar caracteres de los sistemas Prec. e Inc., distintos de su relación con la conciencia. Así pues, *la pregunta de cómo se hace algo consciente deberá ser sustituida por la de cómo se hace algo preconscious*, y la respuesta sería que por su enlace con las representaciones verbales correspondientes”.¹⁸⁵ Dijimos *intento* porque a lo que Freud responde aquí es, tal como lo dice, a cómo una representación se hace *preconscious*, sin referirse, nuevamente, a cómo una representación halla expresión en el *primer plano* de la conciencia, es decir, en el orden de lo subjetivo, y a las características propias de tan singular fenómeno.

Afinando el análisis sobre la operación de transición de lo inconsciente a lo preconscious señala: “Los restos verbales proceden esencialmente de percepciones acústicas, circunstancia que adscribe al sistema Prec. un origen sensorial especial. (...) La palabra es, pues, esencialmente el resto mnémico de la palabra oída. (...) Hacemos (pre) consciente lo reprimido, interpolando, por medio de la labor analítica, miembros intermedios preconscious. Por tanto *ni la conciencia abandona su lugar ni tampoco lo Inc. se eleva hasta lo Cc.*”.¹⁸⁶ En este punto es posible ver cómo el autor resta importancia al problema del paso de lo latente preconscious a consciente presentando a las dos cosas como si homólogas fueran, de allí el prefijo “pre” entre paréntesis, hasta incluso, podemos agregar, provoca la sensación de querer evadir elegantemente el escollo.

En el apartado anterior especulábamos sobre las dos conciencias, las conciencias de *“entrada y salida”*, intentando identificar su funcionamiento y el modo en el que podrían entrar en relación con el resto del aparato. Aquí Freud confiesa no tener ese asunto del todo resuelto: “La relación de la percepción exterior con el yo es evidente. No así la de la percepción interior. Sigue, pues, la duda de si es o no acertado situar exclusivamente la conciencia en el sistema superficial P.-Cc”.¹⁸⁷

¹⁸⁵ Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2705.

¹⁸⁶ Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2706.

¹⁸⁷ Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2706.

Sobre la percepción de los procesos que se manifiestan como sensaciones del orden placer-displacer, se dice que aquellos pueden desarrollarse de manera inconsciente y sólo ser percibidos por la conciencia a partir de la descarga de la tensión o de una interrupción de ella.

Las sensaciones para ser conscientes deben llegar hasta el sistema P. Freud consigna que cuando esto no es posible éstas permanecen inconscientes denominándose de manera paradójica pero gráfica, *sensaciones inconscientes*. Luego señala que la diferencia entre una representación inconsciente y una sensación inconsciente al momento de alcanzar su expresión consciente consiste en que las primeras deben necesariamente asociarse con representaciones verbales sin que las segundas se vean obligadas a ello pudiendo alcanzar expresión de manera directa sin intermediación de representación alguna. “La diferenciación de Cc. y Prec. carece de sentido por lo que respecta a las sensaciones, que no pueden ser sino conscientes o inconscientes. Incluso cuando se hallan enlazadas a representaciones verbales no deben a éstas su acceso a la conciencia, sino que llegan a ella directamente”.¹⁸⁸ Vemos pues, que esta diferenciación entre Cc. y Prec. que Freud invalida para el caso de las sensaciones permanece como incógnita en el caso de las representaciones inconscientes, ya que la asociación con representaciones verbales sólo garantizan su traducción a palabras en el dominio preconscious sin determinarse cómo luego éstas acceden al plano subjetivo de la conciencia. *Así, en este estado de cosas, las sensaciones tendrían como alternativas ser inconscientes o conscientes y las representaciones ser inconscientes o preconscious.*

Inmediatamente luego Freud concluye: “Vemos ahora claramente el papel que desempeñan las representaciones verbales. Por medio de ellas quedan convertidos los procesos mentales interiores en percepciones. (...) Dada una sobrecarga del pensamiento, son realmente percibidos los pensamientos -como desde fuera- y tenidos así por verdaderos”.¹⁸⁹ Pareciera aquí que Freud da por inmediata la transformación en percepción de la representación inconsciente al ser asociada a una representación verbal. Consideramos necesario echar un poco de luz sobre este pasaje, agregando

¹⁸⁸ Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2707.

¹⁸⁹ Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2707.

que la percepción de esta representación compuesta sólo sería dada en un segundo tiempo a partir de la sobrecarga producida por la atención o la búsqueda activa consciente, subjetiva, de una representación determinada. Quizás como excepción a esto puedan consignarse a determinadas fantasías o a la asociación libre, casos en donde la dirección del pensamiento no dependería totalmente de la voluntad consciente del sujeto. *Consideramos entonces que la asociación de las representaciones inconscientes con representaciones verbales sería condición necesaria pero no suficiente para su manifestación consciente.*

El yo “emana del sistema P., y es primero preconscious”¹⁹⁰, continuándose hacia las profundidades del ello. Freud toma al sistema P. como *el nódulo del yo* y a éste como “una parte del ello modificada por la influencia del mundo exterior, transmitido por el P.-Cc., o sea, en cierto modo, una continuación de la diferenciación de las superficies”.¹⁹¹ El sistema P.Cc. es entonces, la extensión del yo que ocupa la superficie del ello orientada hacia el exterior. Posteriormente y de manera fugaz Freud introduce en las adyacencias del sistema P.Cc un “receptor acústico” que remite a lo conocido de la anatomía del cerebro sin ofrecer mayor justificación sobre ello. Por su parte, lo reprimido es incluido dentro del dominio del ello, sólo pudiendo comunicarse con el yo por su intermedio.

Sin intención de explayarnos sobre el origen del *superyó*, solo diremos que Freud se refiere a la génesis esta instancia señalando que “el yo se halla constituido en gran parte por identificaciones sustitutivas de cargas abandonadas del ello, y que las primeras de estas identificaciones se conducen en el yo como una instancia especial, oponiéndose a él en calidad de *superyó*”.¹⁹² En relación a su ubicación relativa en el aparato psíquico y su vínculo con la conciencia revela: “permanece el *superyó* duraderamente próximo al ello, y puede arrogarse para con el yo la representación del mismo. Penetra profundamente en el ello, y, en cambio, *se halla más alejado que el yo de la conciencia*”.¹⁹³

¹⁹⁰ Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2707.

¹⁹¹ Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2708.

¹⁹² Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2721.

¹⁹³ Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2721.

El *sentimiento de culpabilidad* es la más clara manifestación en la conciencia reflexiva del influjo del superyó. Este sentimiento es el resultante de la tensión generada entre el rendimiento del yo y las exigencias del *ideal del yo*, las cuales pueden llegar a ser extremadamente severas en la neurosis obsesiva.

No es necesario aclarar que en este esquema el yo ejerce la represión respondiendo al criterio del superyó que todo lo vigila. No obstante, según sea la rigurosidad de las demandas o de las críticas ejercidas por el superyó, pueden éstas mismas, en el caso de la neurosis obsesiva, caer bajo la represión para evitar el monto excesivo de displacer concomitante, teniendo por efecto luego, generalmente, el surgimiento de una formación reactiva. De manera contraria, en el caso de la melancolía no existe tal defensa y el sujeto acepta y padece de manera conciente las inclemencias del superyó.

Para finalizar este apartado señalaremos que Freud considera al superyó como constituido por representaciones verbales, lo que explicaría la facilidad con que puede acceder al primer plano de la conciencia: “tampoco el superyó puede negar su origen de impresiones auditivas. Es una parte del yo, y dichas representaciones verbales (conceptos, abstracciones) llegan a él antes que a la conciencia; pero la energía de carga no es aportada a estos contenidos del superyó por la percepción auditiva -la enseñanza o la lectura-, sino que afluye a ellos desde fuentes situadas en el ello”.¹⁹⁴

“El block maravilloso” (1925)

Con la primera aparición en el mercado de lo que nosotros conocemos mejor como “*Pizarra Mágica*”, Freud halló un artefacto que le otorgaba una muy fiel aproximación metapsicológica a su idea de la constitución del aparato psíquico, específicamente en su aspecto perceptivo.

Luego de la descripción obligada de la ingeniería del dispositivo, la que consideraremos aquí esclarecida, Freud identifica a la lámina de celuloide como la *capa de protección antiestímulo*, superficie externa diferenciada

¹⁹⁴ Freud, S. “*El yo y el ello*”, p. 2724.

encargada de moderar las excitaciones externas a niveles elaborables por el aparato sin dejar sobre sí rastro alguno del paso de las mismas; luego establece la analogía entre el papel encerado y el sistema P. donde tampoco se produce registro permanente del estímulo, para finalizar con la identificación entre la lámina de cera y el sistema Icc, donde finalmente se fijan las huellas mnémicas.

La conciencia, una vez más, no se ajusta al orden tópico sino al orden dinámico-económico. Freud la ubica en el artefacto en el período en que todas las capas están unidas y por dicha causa permiten ver lo inscripto, para desaparecer en cuanto las capas se separan. Así, la conciencia es un efecto, un *fenómeno resultante* de la interacción entre las capas.

También considera propicio el autor a este artefacto para figurar otro aspecto del funcionamiento del aparato psíquico. Compara la unión y separación alternativa de las capas que dan por resultado la aparición y desaparición de la escritura con la investidura y desinvestidura del sistema perceptor: “Hemos supuesto que desde el interior son constantemente enviadas al sistema perceptor y retiradas de él inervaciones de carga psíquica. En tanto que el sistema se mantiene investido de energía psíquica recibe las percepciones acompañadas de conciencia y transmite el estímulo a los sistemas mnémicos inconscientes. Pero *cuando la carga de energía psíquica es retraída de él, se apaga la conciencia y cesa la función del sistema.* (...) En nuestra hipótesis adscribimos las interrupciones que en el block maravilloso provoca una acción exterior al efecto de una discontinuidad de las inervaciones, y en lugar de una supresión real del contacto suponemos una insensibilidad periódica del sistema perceptor”.¹⁹⁵ En la manipulación del artefacto, el estímulo e inervación, es decir el *fenómeno de conciencia perceptiva*, se correspondería con el acto de la escritura, mientras que la insensibilidad transitoria lo haría con el período que dure la separación de las capas.

En un pasaje dice Freud: “*el fenómeno inexplicable de la conciencia nace en el sistema perceptor en lugar de las huellas duraderas*”.¹⁹⁶ En vez de

¹⁹⁵ Freud, S. (1925) “*El block maravilloso*”, Obras Completas, p. 2810. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹⁹⁶ Freud, S. “*El block maravilloso*”, p. 2809.

dejar registro permanente, operación asignada al sistema inconsciente, en el sistema perceptivo el estímulo, interno o externo, produce *conciencia* (perceptiva).

Nosotros agregaremos a nuestro ya mencionado modelo vectorial que si el estímulo es externo, se genera primero la que denominamos *conciencia de entrada*, de carácter automático, sin sujeto, pura noticia de percepción, acción que inicia el circuito que conduce al sistema lcc., allí fija nuevas huellas mnémicas y por asociación reinvierte otras que permiten por medio de su vinculación con representaciones verbales preconcientes reconocer la naturaleza del estímulo y discernir (subjetivamente) su grado de realidad y urgencia, lo que se manifiesta como acción de pensamiento, es decir, conciencia cogitativa (por medio del acto de concienciación) o en relación al circuito, *conciencia de salida*, que finalmente controla la acción motora que permite la interacción con el mundo externo. Si el estímulo es de origen interno sólo tendría lugar el segundo tramo de este circuito, tomando por comienzo la investidura de representaciones inconscientes por parte de la pulsión.

“La negación” (1925)

“El contenido de una imagen o un pensamiento reprimidos pueden, pues abrirse paso hasta la conciencia, bajo la condición de ser negados”.¹⁹⁷ De esta manera Freud resume la función de la negación como instrumento de la función intelectual del *juicio*. De esta función depende el examen de realidad y el discernimiento entre cualidades de una cosa. Para Freud el enjuiciamiento es “*el sustitutivo intelectual de la represión*”¹⁹⁸ que se vale del símbolo de la negación para poder contar con representaciones conflictivas en el curso normal del pensamiento sin introducir perturbaciones en la prueba de realidad. El autor grafica eficazmente la esencia de la negación de una representación o

¹⁹⁷ Freud, S. (1925) “*La negación*”, Obras Completas, p. 2884. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

¹⁹⁸ Freud, S. “*La negación*”, p. 2885.

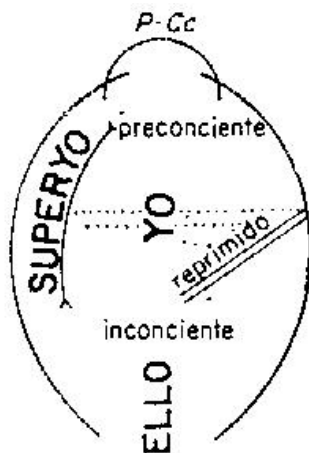
curso de pensamiento señalando que “Negar algo en nuestro juicio equivale, en el fondo, a decir: «Esto es algo que me gustaría reprimir.»”.¹⁹⁹

En resumen, la negación ofrece al pensamiento consciente un mínimo nivel de independencia de la represión al permitirle tratar con representaciones reprimidas que al ser negadas disfrazan su condición de tales.

“Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis” (1933)

En la lección XXXI “Diseción de la personalidad psíquica” intenta Freud consolidar metapsicológicamente la nueva configuración del aparato psíquico introducida en 1923 en el ensayo *El yo y el ello*.

En lo que a nosotros nos atañe, prestaremos especial atención a las consideraciones vinculadas al intercambio entre instancias y su relación con la conciencia sirviéndonos del esquema gráfico propuesto por Freud en este ensayo:



Sobre la relación del superyó con el yo y la conciencia señala Freud: “Sí; partes considerables del yo y del superyó pueden permanecer inconscientes y lo son normalmente. Esto quiere decir que el sujeto no sabe nada de sus contenidos, siendo precisa una ardua labor para hacérselos conscientes. Es exacto, en efecto, que el yo y lo consciente, lo reprimido y lo inconsciente no

¹⁹⁹ Freud, S. “La negación”, p. 2885.

coinciden”.²⁰⁰ El superyó alcanzaría la expresión conciente por medio de las restricciones de orden moral y ético que se imponen a nivel del pensamiento y por las sensaciones de inferioridad o culpabilidad neurótica. “[El yo] es minuciosamente vigilado por el rígido superyó, que le impone determinadas normas de conducta, sin atender a los mandatos que lo aporaleman por parte del ello y del mundo exterior, y *le castiga en caso de infracción con los sentimientos de inferioridad y culpabilidad*”.²⁰¹ Respecto a la distribución de las instancias señalando el gráfico propuesto dice: “Como veis, el superyó se sumerge en el ello; como heredero del complejo de Edipo, tiene íntimas relaciones con el ello; *está más alejado que el yo del sistema de las percepciones*. El ello no trata con el mundo exterior más que a través del yo, por lo menos en el presente esquema”.²⁰²

Para lograr un mejor entendimiento de la dinámica subyacente en este modelo diremos que el yo está problematizado de manera continua por las imperantes demandas provenientes desde el mundo exterior, el ello y el superyó. Dice Freud: “conducido por el ello, restringido por el superyó y rechazado por la realidad, el yo lucha por llevar a cabo su misión económica, la de establecer una armonía entre las fuerzas y los influjos que actúan en él y sobre él; y comprendemos por qué, a veces, no podemos menos de exclamar: «¡Qué difícil es la vida!» *Cuando el yo tiene que reconocer su debilidad, se anega en angustia, angustia real ante el mundo exterior, angustia moral ante el superyó y angustia neurótica ante la fuerza de las pasiones en el ello*”.²⁰³ Agregaremos que en tanto su cualidad de sensación, la angustia alcanza sin mediaciones una clara expresión conciente.

Resulta importante indicar que el sistema percepción-conciencia (P-Cc) es sostenido en este ensayo sin cambios en su arquitectura, posición y funcionalidad. La única variación introducida aquí respecto al ensayo *El yo y el ello* es la inclusión del superyó en la representación gráfica del aparato psíquico.

²⁰⁰ Freud, S. (1933) “*Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis*”, Obras Completas, p. 3140. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

²⁰¹ Freud, S. “*Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis*”, p. 3145.

²⁰² Freud, S. “*Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis*”, p. 3145.

²⁰³ Freud, S. “*Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis*”, p. 3145.

Finalmente señalaremos un sugestivo pasaje en el que pareciera verse a un Freud intentando evitar enfrentar de manera directa el problema de la conciencia o reconociendo ya como infructuoso su esfuerzo por explicarla: “*No necesitamos discutir a qué hemos de llamar consciente, pues está fuera de toda duda*”.²⁰⁴

“Compendio del Psicoanálisis” (1938)

En este ensayo póstumo e inconcluso Freud intenta una síntesis de las conclusiones últimas que la investigación del Psicoanálisis había arrojado por resultado.

Respecto a nuestro tema consideramos interesante destacar lo que sigue. El lenguaje, finalmente, es quien aquí toma de manera más clara el protagonismo en relación a la “*concienciación*”: “*Procesos conscientes en la periferia del yo; todos los demás, en el yo, inconscientes: he aquí la situación más simple que podríamos concebir. Bien puede ser valedera en los animales, pero en el hombre se agrega una complicación por la cual también los procesos internos del yo pueden adquirir la cualidad de conciencia. Esta complicación es obra de la función del lenguaje, que conecta sólidamente los contenidos yoicos con restos mnemónicos de percepciones visuales y, particularmente, acústicas*”.²⁰⁵ A partir de este enlace, los “*contenidos yoicos*”, o sea, las representaciones-cosa inconscientes, adoptan un grado de cualidad con el que logran convertirse en contenido preconsciente con su respectiva potencialidad de acceder a la conciencia. Luego agrega: “*El interior del yo, que comprende ante todo los procesos cognitivos o intelectivos, tiene la cualidad de preconsciente. Esta es característica y privativa del yo, mas no sería correcto aceptar que la conexión con los restos mnemónicos del lenguaje sea el requisito esencial del estado preconsciente, pues éste es independiente de aquél, aunque la condición del lenguaje permite suponer certeramente la índole preconsciente de un proceso. El estado preconsciente, caracterizado de una*

²⁰⁴ Freud, S. “*Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis*”, p. 3140.

²⁰⁵ Freud, S. (1938) “*Compendio del Psicoanálisis*”, Obras Completas, p. 3390. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

parte por su accesibilidad a la consciencia, y de otra por su vinculación con los restos verbales, es, sin embargo, algo particular, cuya índole no queda agotada por esas dos características. Prueba de ello es que grandes partes del yo -y, ante todo, del *superyó*, *al que no se puede negar el carácter de preconscious-*, por lo general permanecen inconscientes en el sentido fenomenológico. Ignoramos por qué esto debe ser así”.²⁰⁶ Aquí el autor introduce la idea de que el enlace con representaciones verbales es propiedad exclusiva de lo preconscious, pero que lo preconscious abarcaría más que esta clase de contenido, idea que deja en suspenso. Esta indeterminación nos deja como corolario posible que si lo preconscious incluye contenidos más allá de lo estrictamente verbal, ese *otro tipo* de contenidos tendrían también potencialidad de ingreso a la consciencia sin que sepamos a qué clase de naturaleza responden. Lo que concluimos con seguridad es que, con excepción de las sensaciones y sentimientos, que no necesariamente están asociados con representaciones verbales, y que pueden alcanzar directamente a la consciencia, como por ejemplo la angustia, el único camino para acceder al primer plano de la consciencia es por medio del lenguaje, que sólo es tal a partir del establecimiento del enlace entre representación-cosa y representación-palabra. Rectificando, *sería estrictamente correcto decir que el lenguaje como entidad y función es efecto del enlace entre las representaciones de cosa y de palabra; previo a ello estas representaciones sólo son huellas de percepciones de distinto orden.*

Llegamos al final de la obra de Freud tras el rastro de su pensamiento sobre la consciencia casi con los mismos interrogantes con los que iniciamos la pesquisa. Lo que se mantuvo inalterado desde la producción temprana hasta la póstuma es una concepción de *la consciencia como el producto de un singular órgano receptor*. A lo largo de más de cuarenta años de evolución de la teoría, la consciencia fue ocupando distintos niveles de importancia relativa en el aparato psíquico, pero siempre compuesta de una “sustancia” heterogénea a la del resto de las instancias psíquicas, como si estuviera ajustada a una dimensión espacial diversa; sólo basta con recordar la analogía de las habitaciones utilizada por Freud en las *Lecciones introductorias*. La consciencia

²⁰⁶ Freud, S. “*Compendio del Psicoanálisis*”, p. 3390.

es el efecto de una acción, la percepción, tanto interna como externa, y en tanto tal es momentánea y a la vez sucesiva. En la primera tópica Freud no la participa en su representación gráfica y hasta incluso, como veremos más adelante, por estas características singulares resulta paradójico a nivel práctico incluirla en el esquema. En la segunda tópica la conciencia permanece como contrapartida de la función de percepción ocupando con respecto a ésta un rol, diríamos, secundario. No perdemos de vista, tal como lo mencionamos más arriba, que bien puede ser posible que Freud haya resignado claridad en torno a su concepción sobre la naturaleza de la conciencia a cambio de las ventajas expositivas que el recurso tópico le ofrecía, aunque ya sobre el final de este recorrido no creemos en esta posibilidad como la opción más factible y consideramos que la dificultad que esto le significó fue real e incluso, por momentos, molesta.

El detalle de mayor relevancia con respecto a la naturaleza de la conciencia aportado por el progreso de la investigación es, sin duda, el referido al rol determinante del lenguaje como la *vía regia* para el acceso de las representaciones psíquicas al *primer plano* de la conciencia.

No obstante todo ello, perdura en suspenso aquello que ocurre metapsicológicamente en el instante de transformación de una representación preconsciente a una consciente, es decir, en el paso de lo *potencial* al *hecho*, de lo meramente perceptivo a lo subjetivo.

Regresando finalmente a la consideración de este último ensayo que dio inicio a nuestra investigación, Freud declara casi a modo de confesión lo siguiente: “Nos ocuparemos ahora de cuanto es únicamente característico de ese psiquismo, de lo que, según opinión muy generalizada, hasta coincide realmente con lo psíquico, a exclusión de todo lo demás. El punto de partida de dicho estudio está dado por *el singular fenómeno de la conciencia, un hecho refractario a toda explicación y descripción*. No obstante, cuando alguien se refiere a la conciencia, sabemos al punto por propia experiencia lo que con ello se quiere significar”.²⁰⁷

Cuenta la leyenda que la intención de Freud fue dotar de doce ensayos originales a su *Trabajos sobre metapsicología*, entre los que hubiera tenido

²⁰⁷ Freud, S. “*Compendio del Psicoanálisis*”, p. 3387.

lugar un ensayo específico sobre la conciencia. Fueron publicados sólo cinco de ellos sin que exista consenso sobre qué suerte corrieron los demás o si realmente fueron escritos. Si escribió el trabajo sobre la conciencia, por alguna causa éste no le satisfizo y decidió no publicarlo, y si no lo escribió, a la luz de las complicaciones que hemos podido ver en este breve recorrido teórico, no resulta difícil entender por qué.



CAPÍTULO III

Consideraciones lacanianas sobre la conciencia

Tomando como base y parámetro para orientar la lectura a los seminarios 2, 7 y 11, pero no por ello sin tocar algunos otros tramos de su obra, pasaremos a revisar algunos de los puntos más sobresalientes de lo que Jacques Lacan dijo de la conciencia. Por último expondremos los aportes hechos por Gérard Pommier a nuestra discusión.

La conciencia según Lacan

Durante los últimos cuatro siglos la tradición filosófica tomó, a partir de Descartes, el sujeto, el Yo y la conciencia como conceptos equivalentes. El *cogito* cartesiano ilustraba una naturaleza del sujeto transparente a sí misma. Con la introducción del inconsciente freudiano el sujeto pierde tal transparencia y se sorprende determinado por apetitos y pulsiones que desconoce profundamente. En el Seminario 2 “*El Yo en la teoría de Freud...*” del año 1954 la conciencia es convocada a la discusión sobre la naturaleza del sujeto. Allí Lacan describe a éste como descentrado en relación al Yo: “El inconsciente escapa por completo al círculo de certidumbres mediante las cuales el hombre se reconoce como yo. Es fuera de este campo donde existe algo que posee todo el derecho a expresarse por yo (*je*), y que demuestra este derecho en la circunstancia de ver la luz expresándose a título de yo (*je*). Lo que en el análisis viene a formularse como, hablando con propiedad, el yo (*je*), es precisamente lo más desconocido por el campo del yo”.²⁰⁸ Es lo mismo decir: el sujeto, el *Je*, es excéntrico al Yo y no coincide con él. La conciencia es una función asociada estructural y conceptualmente al Yo, por lo tanto, el *Je* no

²⁰⁸ Lacan, J. (1954) “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*”, p. 18. Buenos Aires. Paidós.

resultaría transparente a la conciencia. Lacan refiere: “Si es verdad, en efecto, que la conciencia es transparente a sí misma, y se aprehende como tal, resulta evidente que el yo (*je*) no por ello le es transparente. No le es dado en forma diferente a un objeto. La aprehensión de un objeto por la conciencia no le entrega al mismo tiempo sus propiedades. Lo mismo sucede con el yo (*je*)”.²⁰⁹ Luego define al Yo de manera clara: “Sin duda, el verdadero yo (*je*) no es yo. (...) Es otra cosa, un objeto particular en el interior de la experiencia del sujeto. Literalmente, el yo es un objeto: un objeto que cumple una determinada función que aquí denominamos función imaginaria”.²¹⁰

En este seminario Lacan introduce lo que llama una definición “materialista” de la conciencia haciéndola consistir sencillamente en “algo que se produce cada vez que tenemos (...) una superficie tal que pueda producir lo que llamamos una imagen”.²¹¹

Lacan pretende establecer que la conciencia no es inherente al Yo, es decir que puede existir conciencia sin un Yo. Es así que dice: “[La conciencia] Se trata, una vez más, de un espejo. ¿Qué es la imagen en el espejo? Los rayos que vuelven sobre el espejo nos hacen situar el objeto, que por lo demás se halla en alguna parte de la realidad, en un espacio imaginario. El objeto real no es el objeto que ven en el espejo. Hay aquí, pues, un fenómeno de conciencia como tal”.²¹² El *fenómeno de conciencia* sería para Lacan, sencillamente la *impresión* de una imagen sobre una superficie, la cual prescinde de la necesidad de la presencia de un Yo (*moi*) que le brinde un marco, soporte o continente. *El fenómeno de conciencia no requiere de un Yo que la experimente.*

Para ilustrar lo expuesto Lacan recurre a la fábula de un mundo abandonado intacto por los humanos donde queda una cámara filmadora registrando el reflejo de una montaña sobre la superficie de un lago. Luego de cierto tiempo los humanos regresan y hallan el filme registrado por la cámara: “...cuando vean la imagen de la montaña en la película, también verán su reflejo en el lago. Y verán también los movimientos que se produjeron en la montaña, y los de la imagen. (...) ¡Pues bien!: esto es lo que les propongo

²⁰⁹ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 16.

²¹⁰ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 73.

²¹¹ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 80.

²¹² Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 75.

considerar en lo esencial como un fenómeno de conciencia, que no habrá sido percibido por ningún yo, que no habrá quedado reflejado en ninguna experiencia yoica: en esa época estaba ausente toda especie de yo y de conciencia. (...) La máquina constituye la continuidad gracias a la cual los hombres, ausentes por un tiempo, poseerán el registro de lo que sucedió en el intervalo de los fenómenos de conciencia propiamente dichos”.²¹³ Iluminando esto, Safouan relaciona el yo y el sujeto en términos de la conciencia: “Se entiende el alcance del apólogo: en sí misma la conciencia es tan ciega como el espejo, se lo puede reemplazar por el *área striata* del lóbulo occipital; sólo con la emergencia del yo, tal como el sujeto lo reconoce en su imagen especular, se vuelve conciencia de sí, conciencia reflexiva”.²¹⁴ Es decir que resultaría posible distinguir entre *fenómeno de conciencia*, conciencia pura o *conciencia sin sujeto* por un lado, y la captación del yo (*moi*) por sí mismo, conciencia reflexiva o autoconciencia por otro. La conciencia pura sin sujeto de la cámara filmadora y del reino animal y la captación reflexiva, imaginaria del Yo por sí mismo instaurada por el estadio del espejo.

Sara Paín sobre esto precisa: “Lacan dice que hay un aparato de registro neutro que constituye el reflejo del mundo y que llamamos consciente, o no. Solamente en el hombre se transforma en conciencia, en la medida que entra en juego la función imaginaria del yo”.²¹⁵ Luego continúa considerando que: “Lacan proporciona una definición metafórico-materialista de la conciencia al decir que se trata de una superficie en la que puede producirse una imagen, lo que sería un lugar psíquico apto para la visualización. Así como un ojo no puede mirarse sin un espejo que lo refleje como cosa, un pensamiento no puede pensarse si no resuena en un discurso objetivado que en cierta manera se exteriorice. *Así como el espejo no puede darle al ojo más que el dato de su superficie, el pensamiento no puede darse el espectáculo de su propio proceso.* Lacan asigna a la conciencia dos funciones: la primera, reflejar al yo como un espejo, dando así la versión imaginaria del mismo, y la segunda sostener el desconocimiento”.²¹⁶

²¹³ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p.76.

²¹⁴ Safouan, M. (2001) “*Lacanianana I, los seminarios de Jacques Lacan, 1953-1963*”. p. 33. Buenos Aires. Paidós.

²¹⁵ Paín, S. (1998) “*Estructuras inconscientes del pensamiento*”. p. 62. Buenos Aires. Nueva Visión.

²¹⁶ Paín, S. “*Estructuras inconscientes del pensamiento*”. p. 65.

Retomando la metáfora, Lacan le niega un Yo a la máquina, en este caso una cámara, pero concede que algo de la dimensión del *Je* está involucrada en esto. La máquina carece de la función imaginaria propia del humano pero con éste comparte una dimensión simbólica, es así que dice: “Les explico que el hombre es un sujeto descentrado por cuanto se halla comprometido en un juego de símbolos, en un mundo simbólico. Pues bien: la máquina está construida con el mismo juego, el mismo mundo. Las máquinas más complicadas no están hechas sino con palabras”.²¹⁷

Siguiendo en el mismo seminario, en los capítulos dedicados al estudio del *Proyecto de Psicología* Lacan no deja de señalar las dificultades teóricas que le significó a Freud la conciencia. Sobre tales inconvenientes refiere: “El sistema ω es ya una prefiguración del sistema del ello. (...) hasta allí todo funciona perfectamente. No hay la menor conciencia. Sin embargo, es preciso reintroducirla, y Freud lo hace bajo la paradójica forma de un sistema que obedece a leyes absolutamente excepcionales. El período debe pasar allí con el mínimo gasto de energía, con una energía casi nula, Freud no puede decir que totalmente nula. Nos hallamos por vez primera ante una dificultad que se reproducirá a cada rato en la obra de Freud: no se sabe qué hacer con el sistema consciente”.²¹⁸ En otro momento concluye: “En más de un pasaje de su obra Freud plantea el problema en términos de tensión psíquica, y procura saber según qué mecanismos es investido y desinvestido el sistema conciencia. Su especulación (vean el Proyecto y la Metapsicología) lo lleva a considerar que es una necesidad discursiva considerar al sistema conciencia como excluido de la dinámica de los sistemas psíquicos. El problema queda para él sin resolver, y deja al futuro la tarea de aportar al respecto una claridad que se le escapa. Tropieza, manifiestamente, con un callejón sin salida”.²¹⁹

En el mismo orden de cosas Lacan señala con más énfasis la dificultad freudiana: “La experiencia le impone a Freud una reorganización de la estructura del sujeto humano, descentrándola con respecto al yo y enviando la conciencia a una posición sin duda esencial, pero problemática. Diría que el carácter inasequible, irreductible de la conciencia en relación con el

²¹⁷ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 77.

²¹⁸ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 154.

²¹⁹ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 93.

funcionamiento del viviente es algo tan importante de comprender en la obra de Freud como lo que nos aportó acerca del inconsciente. Las complicaciones que crea el sistema de la conciencia reaparecen en cada uno de los niveles de la teorización freudiana. Freud no consigue ofrecer un modelo coherente, y esto no se debe a la existencia del inconsciente. De la mayoría de las otras partes del aparato psíquico puede presentar una concepción coherente, equilibrada, pero cuando se trata de la conciencia siempre se topa con condiciones incompatibles”.²²⁰

En el estudio que hace Lacan del aparato psíquico introducido por Freud en *La interpretación de los sueños* subsisten algunas dificultades en relación a la conciencia como instancia psíquica y en su relación tópica con las demás instancias y particularmente con la percepción, de la cual en este esquema aparece separada. En la discusión sobre la lógica del funcionamiento de la conciencia y su ubicación en el aparato Lacan señala: “Todo indica en la experiencia que el sistema de la conciencia debe hallarse en el punto opuesto más extremo de esa sucesión de capas que nos es necesario admitir para pensar el funcionamiento efectivo del aparato psíquico. Una vez más sospechamos que hay aquí algo que no funciona, la misma dificultad que en el primer esquema se expresaba por el hecho de que el sistema ϕ , complemento del circuito estímulo-respuesta, y el sistema ψ , se hallaban en dos planos diferentes. En cuanto al sistema ω , que funciona según otros principios energéticos, representaba el sistema de la percepción y aseguraba la función de la toma de conciencia. Con él el sujeto tenía informaciones cualitativas, que no podía suministrarle el sistema ψ , regulador de las cargas en el aparato nervioso. El primer esquema nos representaba, por lo tanto, la percepción y la conciencia en una sola extremidad del aparato, unidas entre sí como ocurre experimentalmente. El segundo esquema multiplica las dificultades del primero al efectuar una disociación entre el lugar del sistema perceptivo y el lugar del sistema de la conciencia”.²²¹ “(...) la manera en que éste [esquema] está construido tiene la singularidad de representar como disociados, en los dos puntos terminales de la circulación orientada de la elaboración psíquica, el revés y el derecho de una misma función, a saber, la percepción y la

²²⁰ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 179.

²²¹ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 214.

conciencia. De ningún modo podemos atribuir esta dificultad a una ilusión nuestra de espacialización; ella es interna a la propia construcción del esquema”.²²²

Como vimos en el apartado anterior, ya en los tiempos del *Proyecto de Psicología* Freud establecía dos tipos de conciencia. Repasemos: la primera es relativa al sistema ω , inherente al proceso perceptivo, automática e inmediata, sin sujeto, tal como la que le suponemos al reino animal. “Surge en el interior de los procesos alucinatorios, cuando percepción y memoria aún no se encuentran diferenciadas. La vivencia de satisfacción, por ejemplo, es una forma clara de entender esta conciencia en sus inicios”.²²³ La segunda conciencia es la conciencia cogitativa, la conciencia propia del pensar. “Se cumple en el sistema Ψ , es el proceso de concienciación. Es la conciencia autorreflexiva o autoconciencia cuando el yo (*moi*) está tomado como su objeto”.²²⁴ Aquí salta a la vista, pues, en relación a la fábula lacaniana, que la conciencia automática del sistema ω resulta análoga al *fenómeno de conciencia* sin sujeto, el registro del reflejo de la montaña en el lago, y la conciencia secundaria, del cogito cartesiano a la propia de los humanos cuando regresan y observan el registro de la cámara.

Isacovich señala que Lacan considera que el esquema del peine ha caducado porque depende de esta paradoja de las dos conciencias. Citando directamente a Lacan la autora dice: “La salida que propone es colocar el sistema P-C “...allí donde debe estar, o sea, en el centro de la recepción del yo en el otro, porque toda la referencia imaginaria del ser humano está centrada en la imagen del semejante”. Entiendo que esta solución coloca el sistema P-C del lado del *moi*, que en Freud es la conciencia autorreflexiva”.²²⁵

Para captar más claramente la naturaleza de estas dos conciencias resulta útil recurrir al sueño que Freud utiliza en *La interpretación de los sueños* en la que un padre es vencido por el sueño durante el velorio de su hijo. En el *Proyecto* Freud había considerado que la conciencia no estaba necesariamente restringida al yo y que era susceptible de participar en cualquier proceso Ψ , lo

²²² Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 215.

²²³ Levato, M. (2012). “*Metapsicología: El inconsciente freudiano*”. p. 117. Buenos Aires. Letra Viva.

²²⁴ Isacovich, Lila A. (1994) “*Lo real de la conciencia*” en “La Porteña. Revista de la Sociedad Porteña de Psicoanálisis” no. 1. p. 74. Buenos Aires. Sociedad Porteña de Psicoanálisis.

²²⁵ Isacovich, Lila A. “*Lo real de la conciencia*”. p. 74.

que es decir que es posible detectar procesos primarios siendo concientes. Aquí es donde el mencionado sueño ilustra el caso:

“Freud se tropieza con este sueño que no plantea a la interpretación ninguna labor, pues su sentido aparece dado sin el menor disfraz, y, sin embargo, conserva los caracteres esenciales que distinguen al fenómeno onírico del pensamiento despierto. Sin duda se refiere al hecho de que siendo un producto del proceso primario, del camino regresivo que cumple la catexia desde el extremo motor hasta el extremo sensible, su interés está dado porque a la vez se superpone al camino progresivo, que va del polo perceptivo al de la motilidad. Vale decir que aquí, excepcionalmente, coincidirían ambas conciencias como si se produjera una unificación. (...) El resplandor que hiera los ojos del durmiente, el ruido del cirio al caer, son percibidos. Sin embargo, no hay sujeto de esas percepciones. (...) Son percepciones que adquieren especial intensidad, para las cuales no hay sujeto. Es pura función, y estaría permanentemente interferida si “tomásemos conciencia” de las percepciones al mismo tiempo que acontecen. Nos sería imposible percibir. Por eso Freud tiene necesariamente que pensar la conciencia (del sistema ω) y la memoria como funciones que se excluyen mutuamente”.²²⁶

Finalmente, la autora concluye que “El descubrimiento del psicoanálisis es el intervalo que separa la conciencia real de la autoconciencia. La conciencia como órgano sensorial, queda fuera del campo de la “realidad psíquica”, que es lo representacional”.²²⁷ A este intervalo se refiere Lacan cuando dice que no hay que olvidar que el intervalo que separa percepción de conciencia es el lugar del Otro, el lugar donde se constituye el sujeto.²²⁸

Volviendo al esquema y al controversial vínculo percepción-conciencia, la dificultad esencial con la conciencia en la primera tópica es que, al final de cuentas, el esquema está desplegado de manera tal que resulta posible introducir la dimensión temporal a los fines de ordenar la sucesión de lo que allí ocurre quedando la percepción en un extremo y la conciencia en el otro, fenómenos que en la experiencia se presentan claramente de manera simultánea.

En esta coyuntura, el sueño se convierte en un problema. Es allí donde hace su entrada la regresión como el movimiento propio del aparato en la formación del sueño: “Está probado que el difícil problema de la regresión, (...)”

²²⁶ Isacovich, Lila A. “*Lo real de la conciencia*”. p. 75.

²²⁷ Isacovich, Lila A. “*Lo real de la conciencia*”. p. 78.

²²⁸ Lacan, J. (1964) “*El Seminario: Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*”. p. 53. Buenos Aires. Paidós.

surgió primeramente de las propias necesidades del esquema. Obtener esquemas rigurosos es para él [Freud] una exigencia que llega hasta lo más hondo. Pues bien, la formulación de una hipótesis sobre la cantidad no deja de tener repercusiones sobre la noción de cualidad. (...) Freud prefirió una a la otra en virtud de ciertas comodidades de la formulación, pero a la relativa simplificación del primer esquema se deben las dificultades del segundo, a saber, esa disociación entre percepción y conciencia que lo obliga a introducir la hipótesis de una regresión para dar cuenta del carácter figurativo, es decir, imaginario, de lo que se produce en el sueño”.²²⁹

Introduciendo la dimensión del deseo, Lacan da otra vuelta a la tuerca de la conciencia. Define aquí al deseo como una relación de ser a falta de ser a diferencia de la perspectiva clásica donde habría coaptación entre el sujeto y el objeto en una relación de ser a ser. Dice: “El deseo es una relación de ser a falta. Esta falta es, hablando con propiedad, falta de ser. No es falta de esto o de aquello, sino falta de ser por la cual el ser existe”.²³⁰ Continúa precisando que: “Es en función de esta falta, en la experiencia de deseo, como el ser llega a un sentimiento de sí con respecto al ser. Sólo de la búsqueda de ese más allá que no es nada vuelve al sentimiento de un ser consciente de sí, que no es sino su propio reflejo en el mundo de las cosas”.²³¹ Concluye de la siguiente manera: “En suma, hay una confusión entre el poder de erección de una aflicción fundamental por la cual el ser se eleva como presencia sobre fondo de ausencia, y lo que comúnmente llamamos poder de la conciencia, toma de conciencia, que es tan sólo una forma neutra y abstracta, incluso abstractificada, del conjunto de los espejismos posibles. Las relaciones entre los seres humanos se establecen verdaderamente más acá del campo de la conciencia. Es el deseo el que consuma la estructuración primitiva del mundo humano, el deseo en cuanto inconsciente. Tenemos que apreciar de este ángulo la dimensión del paso de Freud”.²³² Superando la concepción clásica donde el escenario de la relación del sujeto con el mundo era la conciencia, Lacan adjudica aquí a Freud haber puesto el deseo como constituyente y organizador del mundo humano en una instancia previa en tanto deseo

²²⁹ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 224.

²³⁰ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 334.

²³¹ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 335.

²³² Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 335.

inconsciente. La conciencia queda una vez más como “una forma neutra y abstracta, incluso abstractificada, del conjunto de los espejismos posibles”.²³³

Ya sobre el final del seminario habiendo introducido la noción del Gran Otro y el célebre *esquema L*, en la discusión sobre las relaciones del sujeto con el lenguaje y el semejante vuelve a tomar a la conciencia en función de un reflejo: “(...) hay una verdadera oposición entre función consciente y función inconsciente. (...) Lo que sucede a nivel del puro consciente, a nivel del córtex donde se sitúa ese reflejo del mundo que es lo consciente, es como tal inmediatamente borrado, no deja huellas. Las huellas tienen lugar en otra parte”.²³⁴

Poco es lo que Lacan precisa sobre la conciencia en el seminario de la *Ética* dictado entre 1959 y 1960, pero resulta suficiente para captar su punto de vista sobre el tema.

Al comienzo del seminario en su desarrollo sobre la relación del principio del placer y del principio de realidad, a los fines de introducir el concepto de *La Cosa*, Lacan hace la referencia necesaria a la conciencia poniendo en relieve su función esencial de captación de signos de “placer y pena”: “Al igual que en el caso de todos los demás procesos inconscientes, nada llega a la conciencia, salvo esos signos”.²³⁵ Siguiendo la línea freudiana señala que toda manifestación del inconsciente sólo es palpable por medio de palabras: “Los procesos de pensamiento, nos dice Freud, sólo nos son conocidos por palabras, lo conocido del inconsciente nos llega en función de palabras”.²³⁶

En este mismo orden de cosas indica que el principio de realidad no es sin la conciencia: “El principio de realidad gobierna lo que sucede a nivel del pensamiento, pero tan sólo en la medida en que del pensamiento vuelva algo que en la experiencia interhumana llegue a articularse en palabras, puede, como principio de pensamiento, llegar al conocimiento del sujeto, en lo consciente”.²³⁷

²³³ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 335.

²³⁴ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 475.

²³⁵ Lacan, J. (1959) “*El Seminario: Libro 7: “La Ética del Psicoanálisis”*”. p. 44. Buenos Aires. Paidós.

²³⁶ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 7: “La Ética del Psicoanálisis”*”. p. 44.

²³⁷ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 7: “La Ética del Psicoanálisis”*”. p. 45.

Mayor claridad arroja poco más adelante: “Lo inconsciente funciona del lado del principio del placer. El principio de realidad domina lo que, consciente o preconsciente, se presenta en todo caso en el orden del discurso reflexivo, articulable, accesible, que sale del preconsciente. Les hice observar que los procesos de pensamiento, en la medida en que los domina el principio del placer, son inconscientes, Freud lo subraya. No llegan a la conciencia sino en la medida en que se puede verbalizarlos, en que una explicación reflexiva los pone al alcance del principio de realidad, al alcance de una conciencia en tanto que perpetuamente despierta, interesada mediante la catexia de atención en sorprender algo que puede producirse, para permitirle orientarse en relación al mundo real”.²³⁸

Pero, sin duda, lo más importante que Lacan pronuncia sobre la conciencia en este seminario es una descripción de su naturaleza inefable en comparación con las características del Sujeto que él propone. Allí considera: “La finalidad de la evolución de la materia hacia la conciencia es una noción mística, inaprensible y, hablando estrictamente, históricamente indeterminable. No hay ninguna homogeneidad de orden en la aparición de los fenómenos, aunque sean premonitorios, condición previa, parciales, preparatorios de la conciencia y un orden natural cualquiera, pues es por su estado actual cómo se manifiesta la conciencia como un fenómeno cuya repartición es absolutamente errática, y diría, casi fragmentada. La mancha o el toque de la conciencia aparece en los niveles más diferentes de nuestro compromiso en nuestro propio real, sin que haya ninguna continuidad, ninguna homogeneidad de la conciencia. En más de un rodeo Freud se detuvo en este hecho, señalando siempre el carácter infuncionalizable de la conciencia.

En cambio, nuestro sujeto tiene, en relación al funcionamiento de la cadena significativa, un lugar totalmente sólido y casi localizable en la historia. Aportamos una fórmula totalmente nueva y susceptible de una delimitación objetiva de la función del sujeto detectable en la cadena de los fenómenos”.²³⁹

En esta misma dirección se pronuncia Lacan en su célebre intervención en el Coloquio de Bonneval de 1960 (contemporáneo al seminario 7), publicada

²³⁸ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 7: “La Ética del Psicoanálisis”*”. p. 63.

²³⁹ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 7: “La Ética del Psicoanálisis”*”. p. 270.

años después como *Posición del Inconsciente* en el segundo tomo de los *Escritos*: “Ese error [el de la Psicología tradicional] es considerar unitario el propio fenómeno de la conciencia, hablar de la misma conciencia, considerada como poder de síntesis, en la playa soleada de un campo sensorial, en la atención que lo transforma, en la dialéctica del juicio y en la ensoñación común. (...) El cogito cartesiano es de esa experiencia la hazaña insigne, tal vez terminal, por cuanto alcanza una certidumbre de saber. Pero no hace sino denunciar mejor lo que tiene de privilegiado el momento en que se apoya, y cuán fraudulento resulta extender su privilegio, para darles con él un estatuto, a los fenómenos provistos de conciencia.

(...) Todo demuestra por el contrario en la realidad psíquica, sea cual sea la manera en que se ordena su textura, la distribución, heterótropa en cuanto a los niveles y en cada uno errática, de la conciencia.

La única función homogénea de la conciencia está en la captura imaginaria del yo por su reflejo especular y en la función de desconocimiento que permanece por él lo ligada a ella”.²⁴⁰

Lacan denuncia aquí la característica heterótropa de la conciencia, como eso que está y no está, como eso tanto imposible de ubicar como imposible de soslayar, pero logra al menos fijarla en la cúspide de la dimensión imaginaria efecto de la captación del yo en su imagen especular. Aquí vemos pues, además, una incipiente interpretación topológica del problema de la conciencia.

Como hemos podido apreciar todo el asunto de la conciencia resulta también para Lacan algo que no deja de ser difícil de establecer o describir. Esto se deja vislumbrar ya en 1954 cuando manifestaba tal dificultad al recurrir a la fábula de la filmadora solitaria. Sólo nos alcanza con recordar que ésta fue introducida a los fines de poder saltar el obstáculo teórico y continuar con el desarrollo de la naturaleza del yo y el sujeto, tal fue así que en relación a la introducción de la fábula decía: “No ahondaré más en la investigación metafísica del problema de la conciencia. Voy a proponerles, no una hipótesis de trabajo (sostengo que no se trata de una hipótesis), sino una manera de dar

²⁴⁰ Lacan, J. (1960 [1964]) “*Posición del inconsciente*” en “*Escritos*”, Tomo 2, p. 791. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.

por terminado el asunto, de cortar el nudo gordiano. Porque existen problemas que hay que decidirse a abandonar sin haberlos resuelto”.²⁴¹

El sistema Percepción-Pulsión/Conciencia

Para Lacan, en resumidas cuentas, lo importante del asunto de la conciencia reside en su carácter de espejo en donde el Yo, objeto imaginario, se refleja, reconoce y actualiza, dejándole oculta al mismo tiempo su cualidad de objeto, produciendo así en éste la ilusión de abarcar toda la “extensión” del ser.

Partiendo de este esclarecimiento, Pommier introduce las dimensiones de la pulsión y su represión en la génesis de la conciencia reflexiva y se pregunta por el Sujeto que la ostenta.

La percepción está investida pulsionalmente. El “cuerpo psíquico” es producto de la libidinización del cuerpo sensorial en virtud del contacto con la madre y paulatinamente organizado a partir del estadio del espejo. La pulsión duplica el cuerpo sensorial en un cuerpo psíquico que se le superpone pero que no por ello le resulta análogo. Prueba de ello es el fenómeno del “miembro fantasma” de algunos amputados. El miembro fantasma sólo aparece en aquellos casos donde el miembro perdido ha sido originalmente investido por la pulsión, generalmente brazos, manos y dedos. Con la amputación del miembro se pierde esa área del cuerpo sensorial dejando sobre ese vacío el contorno de su representación psíquica, activando de esa manera un duelo que se manifiesta de manera consciente como dolor o molestia.

La pulsión en el lactante se activa a instancias del deseo materno. La demanda de completitud dirigida al lactante ubicado en el lugar del falo materno se erige como andamio que sostiene el moldeado del cuerpo psíquico de aquel, echando a andar al mismo tiempo la dinámica de la pulsión. Puesta la pulsión en movimiento, acto seguido se desencadena una “represión

²⁴¹ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*” p. 75.

primordial”, un rechazo del goce pulsional que en su expulsión terminará por investir el plano de lo sensorial. Explica Pommier:

“Lejos de ser una sensación pura, la percepción primera está siempre doblada por la pulsión y responde de la demanda materna. Esta demanda inviste todo objeto percibido, fuente así de angustia: tal es el primer afecto de los niños ante el mundo. De modo que un pensamiento de lo que perciban será para ellos la condición de conciencia. (...) La represión de la sensación pulsional gracias al habla se vuelve así una cuestión de supervivencia. Una vez cumplida la entrada en el habla, la “sensación pura” se vuelve aquello de lo que nos exiliamos (...). **Conservamos la convicción de que existen sensaciones inmediatas, olvidando que esta certidumbre es proporcional a la represión. La conciencia coloca una pantalla frente al mundo y corta el sujeto de percepciones, en adelante “intelectualizadas” por el lenguaje. Nuestras sensaciones se vuelven concientes al mismo tiempo que el pensamiento que las cualifica nos protege de ellas** (...). Vivimos en una retirada del goce inmediato del cuerpo y las percepciones. (...) La conciencia del mundo de los animales se contenta con un sistema percepción/conciencia. Para el hombre, la represión de la pulsión impone un sistema percepción-pulsión/conciencia”.²⁴²

La *represión primaria* se presenta entonces como condición del surgimiento de la conciencia. Este movimiento inaugura la división entre el *adentro* y *afuera* del cuerpo.

Esta represión originaria a la vez que fija el representante (*Vorstellung*) a la pulsión establece las condiciones para el surgimiento del sujeto de la conciencia: “Su conciencia se realiza al mismo tiempo que él reprime, al estar él mismo organizado por esta represión. De modo que el sujeto de la conciencia humana cambia de sentido: se define en proporción directa al sujeto del inconsciente. El sujeto es, al mismo tiempo, el sujeto que lo acaba de reprimir, y de lo que dicha represión le permite ser conciente. Un único sujeto realiza dos operaciones, donde la primera condiciona la segunda”.²⁴³

Con arreglo a la organización de los términos que en este trabajo pretendemos establecer, cuando Pommier habla aquí de conciencia, habla de conciencia reflexiva, estrictamente, de un sujeto de la conciencia, complementario al sujeto del inconsciente y producto de la represión. La conciencia perceptiva propiamente dicha queda entonces para el reino animal, sin hallarse una equivalencia en el hombre. Si la hubiera, esta sería del orden

²⁴² Pommier, G. “*Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis*”. p. 89.

²⁴³ Pommier, G. “*Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis*”. p. 128.

de un caos angustiante, repleto de “objetos fóbicos” y “monstruos devoradores”, réplicas de las condiciones que derivaron a la salida por la represión primaria.

Según el autor, la percepción bruta angustia a partir del investimento pulsional que se le superpone y por eso debe reprimirse la percepción por medio de la ligadura con el habla: “Ninguna percepción es directamente consciente, porque angustia al que la percibe hasta el punto de poner en peligro su subjetividad. *Ni bien reconocido, el percepto es nombrado por un concepto, este último en el campo cualificado por un segundo concepto que lo encierra en el bucle de una frase. (...) Así, todo pensamiento se vuelve lenguaje verbal, cuyo sujeto es el de la conciencia*”.²⁴⁴

Metapsicológicamente hablando, la representación-cosa no es más que la percepción investida por la pulsión siendo, a su vez, la representación-palabra el resultado de la represión de la representación-cosa merced al recurso verbal.

Dice Pommier: “El sujeto de la conciencia reprime la percepción bruta y se divide así del sujeto de esta percepción: por cierto, ve la misma cosa que este sujeto, pero *su percepción es desinvertida de su valor pulsional, frente al cual se coloca una pantalla. El sujeto se divide entre la pulsión que reprime y su conciencia que se concibe en proporción directa a su movimiento ideativo. (...) la conciencia dirige una guerra de movimiento, y lucha a cada instante contra el valor pulsional de lo percibido, que rechaza hacia la inconsciencia*”.²⁴⁵

En síntesis, el autor señala como las claves del surgimiento de la conciencia (subjetiva) *la represión del investimento pulsional ligado a la percepción (represión originaria, división subjetiva, barradura del sujeto) y la nominación del percepto por la palabra, que tiene por consecuencia y que hace posible al pensamiento*. Finalmente señala sobre la conciencia, su sujeto y su esencial desconocimiento: “La percepción de una cosa adquiere un sujeto (la conciencia) únicamente cuando la palabra que denota esta cosa se define por otra palabra (un pensamiento). La conciencia de una percepción se actualiza, pues, gracias al sujeto del pensamiento. El sujeto de la conciencia sigue siendo, en todas las circunstancias, el que porta la palabra, y como los

²⁴⁴ Pommier, G. “Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis”. p. 131.

²⁴⁵ Pommier, G. “Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis”. p. 134.

significantes son, en principio, exteriores al organismo, el puesto de mando funciona en esta extraña relación extraterritorial. *El sujeto de la conciencia es el que habla*: es exterior a todo aquello de lo que es consciente.”²⁴⁶

²⁴⁶ Pommier, G. “Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis”. p. 131.



CAPÍTULO IV

La conciencia en su laberinto

Llegados a este punto de la discusión se nos presentan un poco más claras las diferencias entre lo elaborado por Freud a lo largo de su obra con respecto a los desarrollos posteriores tanto de Lacan como con lo que Pommier finalmente intenta sintetizar.

Lo que despunta como esencialmente importante en la obra freudiana es la definición de las dos conciencias y la relación, por tramos confusa, que sostienen entre sí. Del seno de este vínculo emergieron, finalmente, tanto aquellas definiciones que sirvieron de contrapunto y soporte al concepto de inconsciente, metapsicológicamente hablando, como aquellas indefiniciones que Lacan supo denunciar oportunamente y que hicieron de la conciencia una noción familiar, pero, al mismo tiempo, inefable. A continuación, revisamos ese vínculo y sus derivaciones ensayando una comprensión posible.

“Conciencia y memoria se excluyen mutuamente”

En la Carta 39 de 1896 Freud establece una primera clara distinción funcional entre las conciencias: “Existen tres formas en que las neuronas pueden actuar las unas sobre las otras: 1) transfiriéndose mutuamente cantidad; 2) transfiriéndose mutuamente cualidad; 3) ejerciendo, de acuerdo con determinadas reglas, un mutuo efecto excitante. De acuerdo con ello, *los procesos perceptivos implicarían eo ipso [por su propia naturaleza] la conciencia*, y sólo ejercerían otros efectos psíquicos después de su concienciación. Los procesos ψ , en cambio, serían de por sí inconscientes, y

sólo ulteriormente adquirirían una consciencia secundaria, artificial, al ligarse con procesos de descarga y de percepción (asociación verbal)".²⁴⁷

Habiendo abandonado ya su intento de explicación exclusivamente fisiológica de los fenómenos psíquicos, en *La interpretación de los sueños* Freud presenta esa separación entre conciencias como una hipótesis a confirmar: "Habremos de intercalar aquí una observación de carácter general que entraña quizá una importantísima indicación. El sistema P, que no posee capacidad para conservar las modificaciones; esto es, que carece de memoria, aporta a nuestra consciencia toda la variedad de las cualidades sensibles. Por el contrario, nuestros recuerdos, sin excluir los más profundos y precisos, son inconscientes en sí. Pueden devenir conscientes, pero no es posible dudar que despliegan todos sus efectos en estado inconsciente. Aquello que denominamos nuestro carácter reposa sobre las huellas mnémicas de nuestras impresiones, y precisamente aquellas impresiones que han actuado más intensamente sobre nosotros, o sea las de nuestra primera juventud, son las que no se hacen conscientes casi nunca. Pero cuando los recuerdos se hacen de nuevo conscientes no muestran cualidad sensorial alguna o sólo muy pequeña, en comparación con las percepciones. Si pudiéramos comprobar que la memoria y la cualidad que caracteriza el devenir consciente se excluyen recíprocamente en los sistemas ψ , se nos ofrecería una prometedora visión de las condiciones de la excitación de la neurona".²⁴⁸ Aquí, el *devenir consciente* es el acto de rememoración de una huella fijada en una instancia distinta a la de la percepción, por lo tanto sería, entonces, una consciencia secundaria, reflexiva del yo.

La distinción entre conciencias se recorta más claramente en el ensayo *Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión* de 1910 donde Freud en referencia a las cegueras histéricas señala sin rodeos: "Los estímulos ejercidos sobre el ojo ciego pueden determinar eficazmente ciertas consecuencias psíquicas, por ejemplo, provocar afectos, aunque éstos no resulten ser conscientes. Así, pues, los atacados de ceguera histérica sólo son ciegos para la consciencia; en lo inconsciente continúan viendo".²⁴⁹ Lo

²⁴⁷ Freud, S. "Carta 39" en "Los orígenes del Psicoanálisis", p. 3530.

²⁴⁸ Freud, S. "La interpretación de los sueños", p. 674.

²⁴⁹ Freud, S. "Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión", p. 1631.

suspendido aquí por acción del síntoma histérico sería el *devenir conciente* de la visión perturbando así la conciencia reflexiva (concienciación) de la función visual sin influir en nada en la *conciencia perceptiva* del estímulo recibido por el ojo.

Al año siguiente, en el ensayo *Los dos principios del funcionamiento mental*, Freud habla nuevamente de la conciencia en términos perceptivos. En un primer tramo, explicando la necesidad del surgimiento del principio de realidad para la supervivencia del individuo, dice: “Se constituyó una función especial *-la atención-*, cuyo cometido consistía en tantear periódicamente el mundo exterior, para que los datos del mismo fueran previamente conocidos en el momento de surgir una necesidad interna inaplazable. Esta actividad sale al encuentro de las impresiones sensoriales en lugar de esperar su aparición. Probablemente se estableció también, al mismo tiempo, un sistema encargado de anotar los resultados de esta actividad periódica de la conciencia, una parte de lo que llamamos *memoria*”.²⁵⁰ Luego explica sobre el surgimiento de la función de *discernimiento* a los fines de poder el individuo distinguir entre representaciones “falsas” y acordes a la realidad externa derivadas de huellas mnémicas fijadas con anterioridad. Allí dice: “El aplazamiento, necesario ahora, de la descarga motora (de la acción) fue encomendado al proceso del *pensamiento, surgido de la mera representación*. Esta nueva instancia quedó adornada con cualidades que permitieron al aparato anímico soportar el incremento de la tensión de los estímulos durante el aplazamiento de la descarga. *Mas para ello se hacía necesaria una transformación de las cargas libremente desplazables en cargas fijas, y esta transformación se consiguió mediante una elevación del nivel de todo el proceso de carga. El pensamiento era, probablemente, en un principio, inconsciente* en cuanto iba más allá de la presentación ideativa, y estaba dirigida a las relaciones entre impresiones de objetos, y sólo con su enlace a los restos verbales recibió otras cualidades perceptibles por la conciencia”.²⁵¹ El pensamiento, originalmente inconsciente, en la medida en que consistía sólo en la vinculación entre representaciones-cosa, se hace percibir por la función conciencia por medio de la cualidad desprendida por la articulación de estas representaciones-cosa con los restos

²⁵⁰ Freud, S. “*Los dos principios del funcionamiento mental*”. p. 1639.

²⁵¹ Freud, S. “*Los dos principios del funcionamiento mental*”. p. 1640.

de impresiones verbales, las representaciones-palabra. Allí tenemos, entonces, la condición de base para el giro reflexivo de la conciencia *artificial* (tal como Freud se refería a ella): el Proceso Secundario.²⁵² Más adelante veremos que el dominio del proceso secundario es condición necesaria pero no suficiente para explicar el *devenir conciente*.

En *Más allá del principio del placer* señala la exclusión mutua entre memoria y conciencia de la siguiente manera: “Podemos, pues, suponer que la conciencia y la impresión de una huella mnémica son incompatibles para el mismo sistema. Podríamos, por tanto, decir que en el sistema Cc. se hace consciente el proceso excitante, más no deja huella duradera alguna. Todas las huellas de dicho proceso, en las cuales se apoya el recuerdo, se producirían en los vecinos sistemas internos al propagarse a ellos la excitación. En este sentido se halla inspirado el esquema incluido por mí en la parte especulativa de mi Interpretación de los sueños. Si se piensa cuán poco hemos logrado averiguar, por otros caminos, sobre la génesis de la conciencia, tendremos que atribuir al principio de que la conciencia se forma en lugar de la huella mnémica, por lo menos, la significación de una afirmación determinada de un modo cualquiera. El sistema Cc. se caracterizaría, pues, por la peculiaridad de que el proceso de la excitación no deja en él, como en todos los demás sistemas psíquicos, una transformación duradera de sus elementos, sino que se gasta, desde luego, en el fenómeno del devenir consciente”.²⁵³

Pues bien, ¿qué es este enigmático *devenir conciente*? Este término aparentemente sencillo e inocente encubre una complejidad difícil de desentrañar. Para acercarnos a su esclarecimiento, proponemos descomponer su proceso en *dos tiempos* con cualidades diversas. El primero corresponde al acto perceptivo, a la generación de conciencia merced al paso de excitación por el sistema percepción-conciencia tal como Freud lo ha expuesto párrafos arriba. Esta conciencia generada por la excitación es una *Imagen*²⁵⁴, fenómeno análogo a una cámara estenopeica en donde sobre una superficie interna a la cámara convergen rayos de luz del exterior produciendo una imagen del objeto

²⁵² Rabinovich acude a un ejemplo claro: “No es la percepción de la imagen del árbol la que nos permite ver un árbol sino la palabra árbol a la que dicha percepción se articula”. (Rabinovich, N. (2009) “*El inconsciente lacaniano*”, p. 11. Buenos Aires. Letra Viva.)

²⁵³ Freud, S. “*Más allá del principio del placer*”, p. 2518.

²⁵⁴ *Imagen* en su sentido más lato: “Figura, representación, semejanza y apariencia de una cosa”. DRAE.

o paisaje deseado. El segundo tiempo se trata de la *concienciación*, esto es, el aspecto subjetivo del proceso. Retomando la analogía, esta concienciación ocurriría en el momento en que el fotógrafo observa por primera vez la placa revelada.

La conciencia (perceptiva) es una imagen

Por medio de la analogía con el funcionamiento de la novedosa Pizarra Mágica Freud establece lo que será su concepción definitiva sobre el funcionamiento de la conciencia. Allí dice: “no nos parece muy aventurado comparar la cubierta compuesta por el celuloide y el papel encerado con el sistema receptor de los estímulos y su dispositivo protector, la lámina de cera, con el sistema inconsciente situado detrás de él, y *la aparición y desaparición de lo escrito*, con la conducta correspondiente de la conciencia en cuanto a las percepciones”.²⁵⁵ La conciencia es, finalmente, para Freud, la *imagen* de lo escrito que aparece y desaparece alternadamente.

La analogía con la pizarra mágica sirve a Freud para desmenuzar con gran detalle el funcionamiento de la percepción y de la memoria en el aparato psíquico y, como vemos, la conciencia queda allí reducida a un efecto de la interacción entre las capas de la pizarra que es descripta como la imagen de la escritura, lo que se corresponde a nuestro primer tiempo del *devenir consciente*. Pues bien, el segundo tiempo, la *concienciación*, a pesar de que Freud no haga referencia directa a ella en el ensayo, lo hace indirectamente por las características propias de la analogía. La concienciación está representada por *el usuario de la pizarra que lee lo escrito*.²⁵⁶

Como podemos apreciar, Freud hacia el final de su producción teórica consigue ofrecer una síntesis razonable y elegante del funcionamiento de la

²⁵⁵ Freud, S. “*El block maravilloso*”, p. 2810.

²⁵⁶ Advertimos que en todas las figuras propuestas, la cámara solitaria de Lacan, la cámara estenopeica y la pizarra mágica de Freud, la conciencia reflexiva es exterior a la corporalidad del ser que ejerce la conciencia perceptiva: los humanos que regresan, el fotógrafo que revela la placa y el usuario de la pizarra respectivamente. Esto nos remite a lo señalado por Pommier más arriba: “El sujeto de la conciencia sigue siendo, en todas las circunstancias, el que porta la palabra, y como los significantes son, en principio, exteriores al organismo, el puesto de mando funciona en esta extraña relación extraterritorial. *El sujeto de la conciencia es el que habla*: es exterior a todo aquello de lo que es consciente”. (Pommier, G. “*Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis*”. p. 131).

conciencia perceptiva por medio de esta analogía, pero sigue sin ofrecer explicación sobre el costado subjetivo del fenómeno. Esto es, en síntesis, lo que Lacan puso en evidencia. **Freud logra cerrar una descripción de la conciencia como función, pero allí se detiene sin poder aproximarse ni delimitar una concepción mínima sobre el Sujeto de la Conciencia**, ese sujeto que vive creyendo estar al mando sin tener noticia de que no es amo en su propia casa.

Pommier intenta justamente abarcar el aspecto subjetivo de la conciencia definiendo a su sujeto como complementario al sujeto del inconsciente. La Pizarra Mágica alcanza para describir el surgimiento del percepto, pero sólo hasta allí llega. La *concienciación*, segundo tiempo del “devenir conciente”, es establecida por la represión que a la vez de instaurar un sujeto de la conciencia protege a éste del percepto bruto investido por la pulsión por medio de la nominación del caos y la angustia derivados de aquella.

Para arrojar un poco más de luz sobre esto retomaremos un fragmento de la cita de Freud arriba expuesta: “*El pensamiento era, probablemente, en un principio, inconsciente en cuanto iba más allá de la presentación ideativa, y estaba dirigida a las relaciones entre impresiones de objetos, y sólo con su enlace a los restos verbales recibió otras cualidades perceptibles por la conciencia*”.²⁵⁷ Aquí, sin mencionarlo, Freud hace referencia al surgimiento mismo del aparato psíquico, efecto de la represión primaria, operación que funda el aparato y que establece por vez primera una frontera entre el “adentro” y el “afuera”. Leyendo a Pommier podemos ver que éste no hace más que señalar (pensando en la coyuntura de la señalada especulación freudiana) la causa caótica y angustiante que determina la ejecución de la represión primaria como operación defensiva de “expulsión” de la pulsión en tanto investidura intolerable que cubre a la percepción. Y como sabemos, no hay aparato psíquico ni sujeto antes de dicha operación.

²⁵⁷ Freud, S. “*Los dos principios del funcionamiento mental*”. p, 1640.

El Sujeto no es el Yo

Pues bien, ¿De qué hablamos cuando hablamos del Sujeto? ¿Dónde se halla la conciencia en relación al sujeto y en qué condiciones emerge?

Como mencionamos en el capítulo anterior, Lacan introduce en 1954 esta distinción fundamental la cual permanecerá a lo largo de su toda construcción teórica. Lacan señala: “Sin duda, el verdadero yo (je) no es yo. (...) Es otra cosa, un objeto particular en el interior de la experiencia del sujeto. Literalmente, el yo es un objeto: un objeto que cumple una determinada función que aquí denominamos función imaginaria”.²⁵⁸

El yo es una construcción de orden imaginario cuya génesis está determinada por la experiencia de la captura por parte del *infans* de su propia imagen especular y de la cual dependen las primeras conquistas en relación a la estructuración de su psiquismo. No obstante, esta captura, esta identificación con la imagen unificada de su cuerpo, será exitosa sólo en la medida en que el otro le conceda su reconocimiento. De esta manera, por vía de esta identificación, se conforma el yo como objeto imaginario, y con la intervención del Otro del lenguaje, se establecen las bases para la emergencia del *Je*, que sobrevendrá a partir de la división subjetiva ejercida por la acción de la *Metáfora Paterna*, concepto que se corresponde a la noción freudiana de la *represión primaria*.

Esta *operación inaugural* divide al sujeto en un *Je* simbólico, sujeto del inconsciente, y en un *Moi* imaginario, objeto capturado por el *espejo* de la conciencia que finalmente producirá la ilusión de transparencia de la totalidad del ser. Aquí es donde Lacan asienta la diferencia entre el sujeto y el yo. En el Seminario de *Las Psicosis* insiste sobre esto: “La tradicional *Selbst-Bewusstsein* o conciencia de sí se instaura en la relación imaginaria al otro. De ningún modo la unidad del sujeto puede realizarse en este sentido. El yo ni siquiera es el lugar, la indicación, el punto de alineamiento, el centro organizador del sujeto, él le es profundamente disimétrico”.²⁵⁹

²⁵⁸ Lacan, J. “*El Seminario. Libro 2. El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*” p. 73.

²⁵⁹ Lacan, J. (1955) “*El Seminario. Libro 3: Las Psicosis*”. Buenos Aires. Paidós.

El yo se concibe y percibe como tal frente al espejo *impersonal* de la conciencia, y en el reflejo ésta le devuelve al yo una imagen superficial que irremediablemente le oculta sus entrañas. Tenemos pues, al fenómeno de conciencia como evento inobjetivable, como la *función pura* del reflejar en cuya matriz imaginaria se forja el yo en tanto objeto.

Posteriormente a los avatares de su génesis, el yo se vale del espejo de la conciencia para la constante corroboración de su actualización, permanencia e identidad, esto es lo que denominamos *concienciación*, el aspecto subjetivo de la experiencia.

La distinción que hace Lacan entre *je* y yo establece las fronteras de acción de la conciencia. Como hemos señalado, el yo halla su génesis en el momento en que el infans *percibe* una imagen en el espejo que el otro le designa como la suya. Y aquí está la clave: la *percepción* de esa imagen especular sólo iniciará su transformación en un Yo a partir de la intervención del otro que dice, “*Sí, ese eres tú*”. Éste es el primer paso en el camino que lleva desde la conciencia a la *concienciación*. Esta incipiente diferenciación imaginaria establece la condición de base para que luego, en la dinámica edípica, sobrevengán complementariamente el sujeto del inconsciente (*je*) y el sujeto de la conciencia. El *je*, efecto de la incidencia del lenguaje introducido por el otro, permanecerá ajeno al campo de percepción imaginaria y resultará por tanto inconsciente.

En este contraste surge con claridad una de las dificultades en la comprensión de nuestro problema. Esto es lo arraigado del sentido que habitualmente se le asigna al término “conciencia”. Cuando hablamos de conciencia, tendemos a identificar a ésta con el yo, con la representación de nosotros mismos y con el curso del pensamiento, esa “voz interior” que encarna al uno mismo. En realidad, sin advertirlo, **en el uso coloquial de los términos no hacemos más que invertir los términos conciencia y *concienciación*. La cosa comienza a aclararse cuando separamos *conciencia* de *concienciación* dejando a ésta para remitir a toda experiencia subjetiva y a la primera exclusivamente como función pura.**

R, S, I.

Llegados aquí, ¿cómo podemos pensar a la conciencia desde los registros real, simbólico e imaginario?

Sabemos que ya tempranamente en el desarrollo de su obra Lacan propuso una topología del sujeto integrada por estos tres registros. Sin entrar en detalles sobre lo estrictamente propio a estos conceptos podemos provisionalmente asociar al registro simbólico con la estructura del lenguaje, luego al registro imaginario con el espacio donde se plasman los efectos de sentido, efecto de la articulación de las palabras con la percepción, (es decir, la representación) y finalmente al registro de lo real como aquello que cae por fuera de la posibilidad de representación, lo imposible de ser capturado en el campo de la realidad (entendida ésta como lo representable de manera imaginario-simbólica), lo que cae fuera del campo del saber.

Esta tríada categorial resulta aplicable, a su vez, a la estructura simbólica del lenguaje. El registro simbólico del lenguaje se corresponde al *código*, conjunto de significantes propio de cada lengua. El registro imaginario del lenguaje constituye el plano del sentido, de la significación de los significantes y el discurso. Finalmente, el registro real del lenguaje es aquello propio del significante excluido del código y del plano de la significación, esto es, la dimensión fonemática. Los fonemas componen un conjunto finito y cerrado de sonidos que eventualmente se combinan para elaborar palabras, pero son inherentemente asemánticos, es decir, separados de la significación.²⁶⁰

Pues bien, cuando Lacan denuncia que *“el inconsciente está estructurado como un lenguaje”*, ubica a este inconsciente en el plano de lo real del lenguaje, en la instancia de la letra, en el campo del fonema sin relación al sentido, o desde la perspectiva freudiana, en el conjunto de las representaciones-cosa.

El sujeto de la conciencia es producto de la articulación de los registros simbólico e imaginario del lenguaje, (diría Lacan: el lugar del Otro) en donde el

²⁶⁰ Rabinovich, N. *“El inconsciente lacaniano”*, p. 12 y siguientes.

significante cobra significación y se manifiesta como representación consciente o pensamiento reflexivo. Desde esta perspectiva, conciencia e inconsciente no son heterogéneos, ambos existen en el campo del lenguaje y están determinados por él. El sujeto del inconsciente se manifiesta en la irrupción del registro real del lenguaje en el campo simbólico-imaginario del pensamiento consciente generando una fisura en la trama del sentido.

Esta articulación imaginario-simbólica se produce en el instante en que el niño se apodera de su imagen especular por medio de la asistencia del ideal del yo aportado por el Otro materno. Y si este es el momento en que el niño se reconoce separado de la madre poseyendo un cuerpo integrado propio, veremos pues que coincide con la víspera en que, defensivamente, aquel reprime la pulsión que inviste al percepto puro a través de su nominación.

¿Quién sueña?

Ya en tiempos del *Proyecto*, Freud había considerado que la conciencia no estaba necesariamente restringida al yo y que era susceptible de participar en cualquier proceso Ψ , lo que es decir que es posible detectar procesos primarios siendo concientes. Este es el caso del sueño, del cual tenemos conciencia en el momento mismo de experimentarlo y a posteriori en su distorsionada reconstrucción por medio del recuerdo. Dice Domb sobre esto: “En el sueño hay conciencia, hay una imagen que se hace consciente, pero ¿hay un yo en ese momento, del estilo de un *moi*, no de un *Je*? El sueño es un fenómeno de conciencia sin un *moi*, y con un *Je*, con un sujeto del inconsciente”.²⁶¹

Tocamos aquí un punto crucial. La pregunta a realizarse es: *¿Quién sueña?* Para entender mejor este detalle resulta necesario pensar el problema en términos del par *conciencia-concienciación*. ¿Qué conciencia tenemos del sueño? La experiencia habitual es la reconstrucción del sueño, ya en estado de vigilia, a partir de un ejercicio de memoria, lo que equivale a decir que esto es la reconstrucción *secundaria*, con todas sus reglas y restricciones, de un

²⁶¹ Domb, B. et.al. (2007) “Seminario de lectura de ‘El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica’ de Jacques Lacan”. p. 39. Letra Viva. Buenos Aires.

fenómeno *primario*. Sabemos también que allí se despliega el ejercicio de la segunda censura trabajando sobre el olvido del sueño. Lo cierto es que despiertos, bajo el imperio del proceso secundario que estructura y regula el pensamiento, no es posible reproducir ese sueño si no es en forma de recuerdo, forma que dista mucho de la experiencia alucinatoria original del sueño. Al momento del despertar el yo retoma el dominio del individuo por medio de la prueba de realidad. La prueba de realidad que se ejerce en el momento del despertar, esencialmente no es más que la afirmación de la identidad del yo en el espejo de la conciencia perceptiva, es decir, un acto de concienciación de sí mismo donde el individuo corrobora su intimidad diciendo “*Si, soy yo*”.

Lo innegable es la experiencia misma del sueño, mientras ocurre no hay otra realidad y el convencimiento de lo que se vive es pleno (en la clara mayoría de los casos), pero al despertar esa experiencia se nos presenta como extraña y con frecuencia ajena. Incluso el registro del paso del tiempo durante el sueño es variable, no sólo del tiempo “real” sino también el del tiempo representado en la escena onírica. La experiencia del sueño es alucinatoria, y en tanto tal, se trata de una percepción que prescinde de un estímulo externo y del principio de realidad. *Esta percepción activa la conciencia como función, pero no estimula la concienciación del yo*; esta última se reorganiza en el momento del despertar, en donde el yo reconoce haber despertado adjudicándose a sí mismo el sueño vivido.

Dice Lacan en el Seminario 11:

“El proceso primario lo podemos captar a cada instante. ¿No fui despertado el otro día de un corto sueño con que buscaba descansar, por algo que golpeaba mi puerta ya antes de que me despertara? Porque con esos golpes apurados ya había formado un sueño, un sueño que me manifestaba otra cosa que esos golpes. Y cuando me despierto, esos golpes -esa percepción- si tomo conciencia de ellos, es en la medida en que en torno a ellos reconstituyo toda mi representación. Sé que estoy ahí, a qué hora me dormí, y qué buscaba con ese descanso. Cuando el ruido del golpe llega, no a mi percepción, sino a mi conciencia, es porque mi conciencia se reconstituye en torno a esta representación -sé que estoy bajo el golpe del despertar, que estoy knocked”.²⁶²

²⁶² Lacan, J. (1964) “*El Seminario: Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*”. p. 64. Paidós. Buenos Aires.

Es la percepción de los golpes en la puerta lo que interrumpe el sueño de Lacan y aquello alrededor de lo cual reconstruye “toda su representación”. Dice: “si tomo consciencia de ellos, es en la medida en que en torno a ellos reconstituyo toda mi representación”. El tomar consciencia aquí corresponde a la restitución de la concienciación de sí iniciada en el acto del despertar; a partir de la percepción de los golpes se da inicio a la recuperación de la representación de sí mismo y de la realidad circundante: “Sé que estoy ahí, a qué hora me dormí, y qué buscaba con ese descanso”. Al momento del despertar retorna la *reflexión* en el espejo, es el tránsito desde la conciencia alucinatoria del sueño al retorno de la captación del yo por sí mismo producido por la irrupción de la percepción del golpe.

Valiéndose del célebre sueño “*Padre, ¿acaso no ves que ardo?*” utilizado por Freud en *La interpretación de los sueños*, Lacan, entre otras cosas dice: “El despertar nos muestra el despuntar de la consciencia del sujeto en la representación de lo sucedido: enojoso accidente de la realidad, ante el cual sólo queda buscar remediarlo”.²⁶³ La consciencia “despunta” en la representación de lo sucedido. La representación de lo sucedido no es más que la corroboración del sujeto de que esa realidad es suya, en primera persona. El despertar habilita por medio de la representación, del recuerdo, el recuperar la certeza de la identidad del yo, aquello que le permite saber que esa desgracia le ha ocurrido a él y no a otro, es decir, el despertar habilita la concienciación de sí.

Conciencia de todo

La experiencia nos revela de manera continua que no tenemos consciencia de todo lo que nos rodea, innumerables cosas y detalles se nos escapan todo el tiempo quedándonos sólo con aquello que *juzgamos* relevante. El inmenso tren de la percepción pasa en silencio bajo la superficie. Sin que haya concienciación, la percepción deriva sus *excitaciones-imágenes* al

²⁶³ Lacan, J. “*El Seminario: Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*” p. 67.

sistema inconciente donde dejarán su registro o reactivarán uno ya existente y, en el caso de no representar riesgo de conflicto por alguna potencial asociación con la pulsión, la representación-cosa activada al entrar en articulación con el resto verbal correspondiente, accede al dominio preconsciente quedando en condiciones de *concienciarse*.

La percepción estaría permanentemente interferida si nos *concienciáramos* de ella al mismo tiempo que acontece. Se nos representa como imposible que cada percepción, incluso la más mínima e irrelevante, se presentara de manera plena en primer plano como anunciando: ¡*Estoy percibiendo esto ahora!* Así, sobre la premisa freudiana “*conciencia y memoria se excluyen mutuamente*” **nosotros diremos que lo que se excluye mutuamente es el percepto y la conciencia reflejada en primera persona de esa percepción.** Hay *conciencia* de la percepción pero no *concienciación* de la percepción, ya que la condición de la *concienciación* es la represión del percepto investido pulsionalmente. De esta manera, la conciencia, en tanto función pura, acompaña a la percepción, lo que no acompaña a ésta de manera continua es el anoticiamiento de que esa percepción *me ocurre a mí*.



CONCLUSIONES

La idea que dio origen al problema del presente trabajo surge de lecturas sobre la actualidad de la investigación en el campo de la Inteligencia Artificial. En diversas publicaciones distintos autores consideran posible alcanzar al mediano plazo el desarrollo de máquinas conscientes capaces de aprender y evolucionar por sí mismas. Sin interés de profundizar aquí en lo propio de una disciplina ajena a este trabajo, sólo señalaremos que en estas discusiones predominaba la idea de que una conciencia artificial semejante a la conciencia humana era posible de lograr sin tener en consideración dimensiones que para el psicoanálisis son fundamentales como el cuerpo biológico-psíquico, el semejante y el Otro, el deseo y la pulsión, sólo por mencionar algunas de ellas. Allí surgió el interrogante sobre si el saber psicoanalítico consideraría razonable a dicha hipótesis y a los métodos propuestos para alcanzar tal objetivo. Inmediatamente, en el intento de ir más allá nos hallamos, no muy lejos, ante la pregunta sobre qué saber tenía el propio Psicoanálisis sobre la conciencia. Tal circunstancia justificó la elaboración del problema que nos convoca en estas líneas.

El espíritu de la presente investigación fue, desde el comienzo, el mirar hacia el interior de nuestra disciplina con el fin de salir de sus fronteras y sumar a la discusión interdisciplinaria sobre la conciencia artificial, pero como señalamos, para ello era necesario determinar primero qué sabíamos “nosotros” sobre la conciencia.

Lo que a priori pudo parecer obvio, la naturaleza de la conciencia, no lo fue tanto a medida que avanzábamos en la lectura de las obras previstas. Consideramos haber alcanzado, a este punto, un nivel de síntesis satisfactorio en proporción al desconcierto que experimentamos en ciertos momentos de la revisión bibliográfica.

Lo primero que surge con mayor fuerza es lo relativo a la utilización de los términos “conciencia” y “conciente” en psicoanálisis. Freud utilizó estas palabras tanto en forma de adjetivos como de sustantivos, refiriéndose en ocasiones a una instancia concreta del aparato psíquico, en otras a una función perceptiva del aparato y en otros pasajes a la experiencia subjetiva propia del *ser conciente*.²⁶⁴ Esta indeterminación en el uso del término contribuyó a la generación de distorsiones en la captura del sentido último que Freud pretendió transmitir sobre la naturaleza y el rol de la conciencia dentro de su edificio teórico.

Pudimos ver que la formación científica de Freud se deja apreciar en algunos tramos de su obra con clara nitidez. Vimos esto en sus artículos tempranos donde ensaya explicaciones con una dura raigambre biologista en donde el sujeto, es decir, la experiencia subjetiva del individuo, es soslayada sin ambages privilegiando una interpretación funcional de un “aparato” que sostiene interacciones determinadas con su entorno. Asistimos a esta postura tanto en el *“Proyecto...”* como así también en el más tardío ensayo *“Más allá del principio del placer”* donde Freud acude a una especulación de índole biológico para dar cuenta de la naturaleza de la pulsión.

Si bien, como sabemos, Freud se liberó necesariamente de las determinaciones biológicas para allanar el desarrollo de su teoría, en lo que respecta a la conciencia como concepto amplio esto no se corroboró tan claramente. Freud siempre pensó a la conciencia como fenómeno ligado a la función percepción, postura que, irremediablemente, lo puso frecuentemente frente al escollo del interrogante *¿conciencia para quién?*

Como señalábamos antes, la síntesis más elaborada que logró Freud sobre la conciencia la hallamos en el artículo de la *Pizarra Mágica*. Allí consiguió establecer un sólido marco de relaciones entre las diferentes funciones del aparato psíquico, pero en donde la conciencia se reduce a sólo una imagen, efecto inmediato de la función perceptiva, que aparece y desaparece alternadamente. Sin embargo, logrado esto, se detuvo ante el siguiente paso, esto es, la pregunta por el sujeto que finalmente interpreta tales

²⁶⁴ Circunstancia que se da tanto en los textos originales en alemán como en sus traducciones al inglés y al castellano.

impresiones, ese sujeto que ejerce la *función de discernimiento* entre lo que se corresponde con la realidad exterior y lo que no.

Nuestro aporte fundamental consiste en divisar esta característica exclusivamente funcional-fenoménica de la conciencia despojada de cualidad subjetiva a lo largo del desarrollo del corpus teórico freudiano. Si revisamos veremos que la conciencia del *Proyecto* es de carácter meramente perceptivo. En el aparato psíquico de *La interpretación de los sueños* la conciencia ni siquiera figura en el esquema gráfico, quedando así su cualidad absorbida por el “polo perceptivo”, y en la segunda tópica la conciencia es sólo el fenómeno resultante de la función de la percepción. Finalmente, en su obra póstuma *Compendio del Psicoanálisis* pareció rendirse ante el problema caracterizando a la conciencia como “un hecho refractario a toda explicación y descripción”. No obstante ello, es cierto que muy tempranamente Freud hizo mención y señaló la existencia de dos conciencias, la perceptiva y la reflexiva, pero de esta última sólo refirió que surge como efecto de la articulación entre representación-palabra y representación-cosa sin adscribir nada más al respecto sobre dicha experiencia tan singular. Sobre esto es donde Lacan asienta su reflexión crítica de la conciencia en Freud, denunciando sus extravíos y las dificultades de sus esquemas. Así, el trabajo de Lacan y Pommier terminan por complementar el desarrollo freudiano sobre la conciencia introduciendo en el problema la dimensión del Sujeto y su experiencia.

En lo que concierne estrictamente a la obra freudiana *sostenemos que el pensar el problema desde el par conciencia-concienciación facilita la comprensión del fenómeno a nivel general, elimina las confusiones de términos y señala el campo que el autor dejó sin explorar.* De esta manera **entendemos finalmente a la conciencia como el efecto resultante de la acción de la percepción que se manifiesta como *imagen*, como reproducción, como *representación* de lo percibido, sea de origen externo o interno.** Según Lacan, ésta conciencia es ese espejo donde las imágenes de lo percibido se muestran... ¿para quién? Para el Yo.

La concienciación será entonces el acto por medio del cual el Yo, en tanto objeto imaginario surgido por la división del sujeto por el orden

simbólico, percibe esa imagen en el espejo y la identifica con su propia experiencia.²⁶⁵

Como consecuencia de lo expuesto consideramos que este esquema díptico propuesto nos permite, además, pensar con mayor claridad el vínculo que sostiene la conciencia con el resto de los conceptos psicoanalíticos

La importancia del aporte de Pommier en esta discusión reviste dos dimensiones. La primera es la introducción del *Sujeto de la Conciencia*, articulación imaginario-simbólica, portadora de la palabra y residente en el Yo que ostenta el acceso a la memoria y se instituye como garante de la identidad histórica del individuo. La segunda es la puesta en valor del rol del cuerpo psíquico, el vínculo primario con la madre y la represión del percepto investido pulsionalmente como condiciones esenciales para el surgimiento de la subjetividad conciente.

Como corolario de estos aportes destacamos especialmente la idea de que ***el sujeto de la conciencia depende en última y más importante instancia del soporte del cuerpo, en su doble registro orgánico-psíquico.*** El sujeto de la conciencia emerge a partir de la represión del percepto. Sin cuerpo, no hay percepción posible.²⁶⁶

Aproximándonos al final, resulta interesante destacar también que tanto Freud como Lacan y Pommier no perdieron oportunidad de expresar en distintos tramos de las obras citadas su inquietud sobre la cualidad inefable de la conciencia humana y la alta complejidad que la caracteriza, considerando que el problema continúa completamente abierto.

Por último, quedaría pendiente para potenciales investigaciones futuras el interrogante sobre las razones que determinaron que Freud no avanzara sobre el costado subjetivo de la conciencia, de la misma manera que Lacan, a pesar de reconocer la importancia y necesidad de un conocimiento más acabado de aquella, decidió dar por cerrado ese camino.

²⁶⁵ Destacaremos al paso que esto sólo ocurre en el estado de vigilia porque, como vimos, en el sueño hay conciencia sin concienciación en donde el protagonista de tal experiencia es el *Je*.

²⁶⁶ Argumentos que ponen en duda las hipótesis mencionadas sostenidas por distintos autores del campo de la Inteligencia Artificial respecto a la posibilidad de alcanzar una conciencia artificial de características humanas sin contar con tal soporte biológico-psíquico.

AGRADECIMIENTOS

“Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo”

Arquímedes

Comenzaré por agradecer a la Universidad Nacional de Mar del Plata, a la Facultad de Psicología y a la Maestría en Psicoanálisis por honrarme al permitirme cursar en sus claustros y por la oportunidad de aprender de profesores de tan alto prestigio.

Un agradecimiento y reconocimiento muy especial a mi Director, Mg. Horacio Martínez, por su justa y esclarecedora guía, por sus prontas respuestas y por el apoyo y aliento que me supo brindar en momentos difíciles que tuve que atravesar en el período en que se escribió esta tesis.

A mis compañeros de cursada, amigos y colegas, inestimable sostén y compañía en los días que viajaba lejos de casa desde la Patagonia a Mar del Plata. Ellos representaron un estímulo invaluable en momentos de gestación de este trabajo. Para todos mi cariño y respeto.

A la maravillosa ciudad de Mar del Plata que supo cautivarme y generar en mí siempre el deseo de volver.

A mi hermano Ricardo, por el apoyo y contención.

A Claudia, por su paciencia y cariño y por darme el empujón que necesitaba para terminar este trabajo.

A mi padre Ricardo, quien siempre me acompaña en mis sueños y recuerdos.

Para finalizar, quiero agradecer especialmente y expresar mi inmensurable amor a mi hija Montserrat, quien siempre tendrá la edad de esta tesis.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes Primarias

- Aristóteles (2010) *“Acerca del alma”*. Buenos Aires. Colihue.
- Assoun, P. (1982) *“Introducción a la epistemología Freudiana”*. México DF. Siglo XXI.
- Assoun, P. (2002) *“La metapsicología”*. México DF. Siglo XXI.
- Bercherie, P. (1988) *“Génesis de los conceptos freudianos”*. Buenos Aires. Paidós.
- Brennan, J. (1999) *“Historia y sistemas de la Psicología”*. México. Prentice Hall.
- Casalla, M. (1995) *“El sujeto cartesiano”*. Buenos Aires. Serie Materiales de Cátedra. UBA.
- Descartes, R. (2004) *“Discurso del método”*. Buenos Aires. Colihue.
- Domb, B; et. al. (2007) *“Seminario de lectura de ‘El Yo en la Teoría de Freud y en la técnica Psicoanalítica’ de Jacques Lacan”*. Buenos Aires. Letra Viva.
- Ferrater Mora, J. (1970) *“Diccionario de Filosofía”*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana.
- Freud, S. (1894) *“Las neuropsicosis de defensa”* en Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
- (1895) *“Estudios sobre la histeria”*, Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
- (1895) *“Proyecto de psicología para neurólogos”* Obras Completas.

Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1896) "*Carta 39*" en "*Los orígenes del Psicoanálisis*", Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1896). "*La etiología de la histeria*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1900) "*La interpretación de los sueños*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1911) "*Los dos principios del funcionamiento mental*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1912) "*Tótem y Tabú*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1914) "*Recuerdo, repetición y reelaboración*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1914) "*Introducción al narcisismo*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1915) "*Los instintos y sus destinos*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1915) "*Lo inconciente*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1915) "*La represión*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1915) "*Duelo y melancolía*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1915) "*Adición metapsicológica a la teoría de los sueños*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1920) "*Más allá del principio del placer*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1923) "*El yo y el ello*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1925) "*Autobiografía*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1925) "*La negación*". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1925) "*El block maravilloso*". Obras Completas. Biblioteca

Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1926) *"Inhibición, síntoma y angustia"*. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1932) *"Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis"*. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.
(1938) *"Compendio del Psicoanálisis"*. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Buenos Aires. Editorial El Ateneo.

Isacovich, Lila A. (1994) *"Lo real de la conciencia"* en "La Porteña. Revista de la Sociedad Porteña de Psicoanálisis" no. 1. Sociedad Porteña de Psicoanálisis. Buenos Aires.

Jones, E. (1953, 1955, 1957) *"Vida y obra de Sigmund Freud"* Vol. I, II y III. Barcelona. Editorial Anagrama.

Lacan, J. (1966) *"Escritos"*, Tomo 2. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.

Lacan, J. (1954) *"El Seminario, Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica"*. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J (1956) *"El Seminario, Libro 3: Las Psicosis"*. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (1959) *"El Seminario, Libro 7: La Ética del Psicoanálisis"*. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (1964) *"El Seminario: Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis"*. Buenos Aires. Paidós.

Paín, S. (1998) *"Estructuras inconscientes del pensamiento: la función de la ignorancia"*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Pommier, G. (2010). *"Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis"* Buenos Aires. Letra Viva.

Pommier, G. (2004). *“¿Qué es lo Real?”*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Russell, B. (1962) *“La sabiduría de occidente”*. Madrid. Aguilar.

Safouan, M. (2003) *“Lacanian I: Los seminarios de Jacques Lacan 1953-1963”*. Buenos Aires. Paidós.

Sahakian, W. (1982) *“Historia y sistemas de la Psicología”*. Madrid. Tecnos.

San Agustín (2009) *“Contra los académicos”*. Madrid. Encuentro.

Fuentes Secundarias

Assoun, P. (2003) *“El freudismo”*. México DF. Siglo XXI.

Assoun, P. (2004) *“Lacan”*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Aulagnier, P. (1975) *“La violencia de la interpretación”* Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Baudes de Moresco, M. (2011) *“Real, Simbólico, Imaginario: Una introducción”*. Buenos Aires. Letra Viva.

Bleichmar, S. (2009) *“Inteligencia y simbolización: una perspectiva psicoanalítica”* Buenos Aires. Paidós.

Botella, C. (2003) *“La figurabilidad psíquica”*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Busch, F. (2004) *“A missing link in psychoanalytic technique: psychoanalytic consciousness”* en *“The International Journal of Psychoanalysis”* Vol. 85, no. 3. Londres

Correas, C. (2002). *“El deseo en Hegel y en Sartre”*. Buenos Aires. Editorial Atuel/Anafora.

Davidman, H. (1975) *“Teoría de la conciencia”* en *“Teorías neopsicoanalíticas de la personalidad”* / AAVV. Buenos Aires. Paidós.

Dor, J. (1994) *“Introducción a la lectura de Lacan”* Vol. I y II. México DF. Editorial Gedisa.

Eidelsztein, A. (2010) *“Modelos, esquemas y grafos en la enseñanza de Lacan”*. Buenos Aires. Letra Viva.

Ey, H. (1976) *“La conciencia”*. Madrid. Editorial Gredos.

Evans, D. (1996) *“Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano”*. Buenos Aires. Paidós.

Feinmann, J. (2008) *“La filosofía y el barro de la historia”*. Buenos Aires. Planeta.

Ferenczi, S. (1932) *“¿Qué es el acceso a la conciencia?”* en *“Diario clínico: Sandor Ferenczi”*. Buenos Aires. Conjetural.

Ferenczi, S. (1932) *“Naciente autoconciencia en B (niña)”* en *“Diario clínico: Sandor Ferenczi”*. Buenos Aires. Conjetural.

Fontova, A. (1997) *“La conciencia. Estudio psicoanalítico a partir de la obra de Sigmund Freud”* en Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados no. 23. Buenos Aires. Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados

Friedlander, K. (1981) *“La formación de la conciencia”* en *“Psicoanálisis de la delincuencia juvenil”*. Editorial Barcelona. Paidós.

Frydman, A. (2012) *“La subversión de Lacan”*. Buenos Aires. Ediciones Continente.

Gerez Ambertín, M. (2007) *“Las voces del superyó: en la clínica psicoanalítica y en el malestar en la cultura”*. Buenos Aires. Letra Viva.

Gillerault, G. (2009) *“Dolto/Winnicott: El bebé en el Psicoanálisis”*. Buenos Aires. Paidós.

Godoy, C. (2007). *“Conciencia y muerte en la neurosis obsesiva”*. Buenos Aires. Editorial UBA.

Green, A. (1996) *“La Metapsicología revisitada”*. Buenos Aires. Eudeba.

Joseph, E. (1987) *“The consciousness of being conscious”* en Journal of the American Psychoanalytic Association Vol. 35. N° 1 1987.

Kojève, A. (2012) *“La dialéctica del amo y el esclavo en Hegel”*. Buenos Aires. Leviatán.

Koolhaas, G. (1962). *“Las raíces de la conciencia”* en Revista Uruguaya de Psicoanálisis. -- Vol. 4, no. 4. Montevideo. Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Kuri, C. (1994) *“Introducción al psicoanálisis”* Rosario. Homo Sapiens.

Lagache, D. (1949) *“Relaciones entre angustia y conciencia”* en *“Obras III”*. Buenos Aires. Paidós.

Lévy, R. (2008) *“Lo infantil en Psicoanálisis”*. Buenos Aires. Letra Viva.

López, H. (2011) *“Lo fundamental de Heidegger en Lacan”* Buenos Aires. Letra Viva.

Maldavsky, D. (1988) *“Estructuras narcisistas: constitución y transformaciones”*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Maldavsky, D. (1998) *“Conciencia originaria”* en *“Casos atípicos: cuerpos marcados por delirios y números”*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Ogly de Dupuy, S. (1988) *“Una formulación acerca de la conciencia”* en *“Revista de Psicoanálisis”* Vol. 45, no. 2. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

Rodriguez, F. (2007) *“Correspondencia inconsciente-conciente”* en *“La práctica analítica actual: encrucijadas, teóricas, clínicas y técnicas”* Secretaría Científica de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

Roudinesco, E. (1993) *“Lacan: Esbozo de una vida, estructura de un sistema de pensamiento”*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Ruiz, G., et. al. (2007) *“La conciencia: emboscada para el inconsciente”* en VVAA *“¿Qué será el inconsciente?”*. Buenos Aires. Editorial Grama.

Sánchez, M. et. al. (2003) *“La descomposición de la conciencia”*. Buenos Aires. Editorial Grama.

Schuster, F. (et. al.) (1971) *“La conciencia en la obra de Freud”* en *Revista Argentina de Psicología* no. 7. Buenos Aires. Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.

Slemenson, P. (1990) *“Lógica del preconciente”* en *“Acerca del inconsciente”* / Encuentro Anual de Discusión 13, Simposium 8 de la AEAPG.” Buenos Aires. Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados.

Smith, D. (1999) *“Sigmund Freud and the crick-koch hypothesis; A footnote to the history of consciousness studies”* en *“The International Journal of Psychoanalysis”* Vol. 80, no. 3. Londres. The Institute of Psycho-Analysis.

Taricco, M. (2008). *“Apuntes para una lectura de “El desarrollo temprano de la conciencia en el niño””*. En Fleischer, D. comp. *“Lo que la Escuela Inglesa de psicoanálisis nos enseña”*. Buenos Aires. Editorial JCE.

Tato, G. (1993) *“Psiquis y soma: un dualismo de la conciencia”* en *“Temas de psicoanálisis”* Vol. 20. : Montevideo. Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Trosman, N. (2013) *“Interlocutores filosóficos de Lacan”*. Buenos Aires. Letra Viva.

Tustin, F (2006). *“El cascarón protector en niños y adultos”*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Tustin, F. (1987). *“Estados autísticos en los niños”*. Buenos Aires. Paidós.

Yafar, R. (1998). *“El funcionamiento de la conciencia en la neurosis obsesiva”* en *Revista Actualidad Psicológica*. Vol. 23, no. 251. Buenos Aires.